



AÑO 8.º

NUM. 93.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

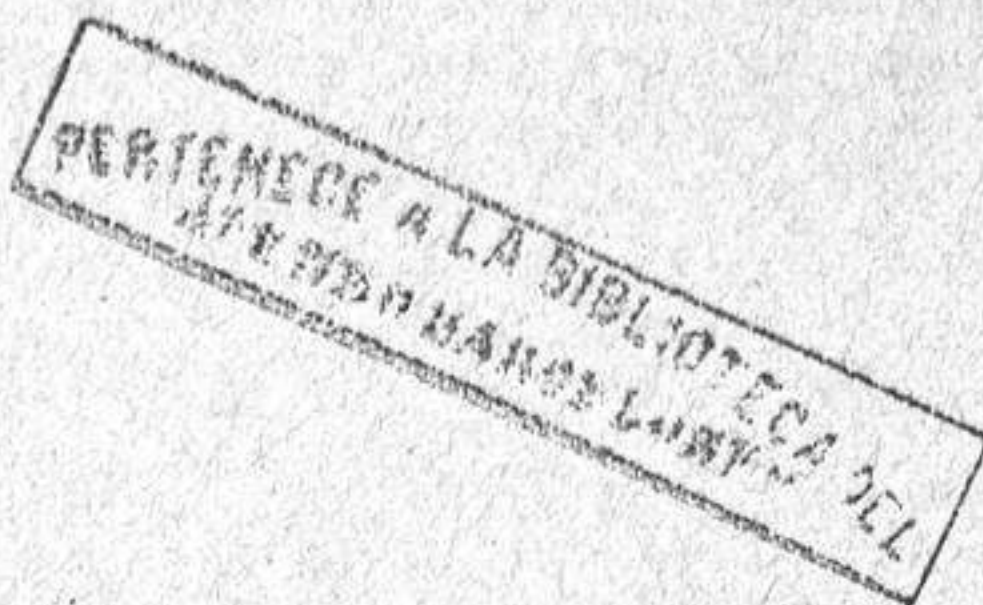
SEPTIEMBRE 1896

MADRID

IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE F. MARQUÉS

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.



Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LOS SEÑORES DE HERMIDA

(CONTINUACIÓN)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

VI

AQUEL señorito, D. Numa Alvaredo, que algunas tardes iba á tomar café con el Sr. Hermida, era un joven como de veintiocho á treinta años, que olía á cigarro habano y á cognac Martell desde media legua; y además era alto, lominhiesto, fuerte como un roble; y lo que era mejor aún, estaba cargado de millones. Solía pasear á caballo por las calles de Nuvarada, y al traqueteo de los cascos de su potro, en el pavimento amorrillado, salían á los balcones no pocas niñas casaderas, para recibir un saludo que Numa hacía con la solemnidad de un monarca aclamado por la muchedumbre. Sabía bien él, que así como se franqueaban á su paso muchas vidrieras, abríanse también los corazones de aquellas chicas al fuego de sus ojos, y á la sonrisa protectora de sus labios. Contentábase, sin embargo, con la callada admiración que veía á su alrededor, y su divisa era pasar de largo. Sólo Ana le había hecho detenerse más de la cuenta, sin duda porque le hería la indiferencia de la joven, hacia un seductor de tal prestigio y fama.

Alvaredo nada sabía de las relaciones de la muchacha con aquel pobre Raimundo, que sólo una vez al día osaba pasar por delante de la casa donde habitaba su amor. Era el de am-

bos un cariño tímido y hondo, que buscaba desahogo en cartas apasionadas llenas de juramentos, repletas de todas las esperanzas de los que creen en la realización de los sueños.

Un día en el café le dijo un amigo á Numa:

—¿Ves ese tipo?

—Sí... ¿por qué...

—Por nada; ahí donde le ves es el novio de Ana Hermida.

Sonrió Numa como un Dios y dijo:

—Vamos, tienes ganas de *quedarte conmigo*... De lo que tiene facha ése es de colillero...

Y mordió con fuerza su riquísimo habano, un manantial de aroma; y después de mirarse á un espejo con el rabillo del ojo y de arreglarse la corbata, continuó:

—¿Te parece á ti que así se deja vencer este barbián, cuando toma las cosas en serio?... Te has caído de un nido...

Decidió Numa aquella misma tarde visitar á D. José, á quien el lechuguino admiraba por su historia, por su tiesura y gravedad. Vería á Ana de camino, y al ciego indicaría nuevamente algo acerca de sus pretensiones á la muchacha, con más interés y vehemencia que lo había hecho otras veces. Las estrechas relaciones de Numa con D. José, tenían su origen en asuntos de juego. El magistrado, más listo que Cardona, siempre había tenido al joven como un monigote muy pulido, sin maldito el pesquis: un señorito cursi de Nuvareda, que nadaba en oro. Lo que no se había escapado á la perspicacia del viejo, era la admiración, el respeto que él inspiraba á Numa, el cual, considerándole como un maestro, envejecido en la ciencia del mundo, se tenía por muy honrado no dejando escapar ocasión de mostrarle su idolatría, complaciéndole en todo, con la sumisión y acatamiento debidos á la experiencia del gran veterano. Una vez conocido el flaco de Numa, D. José no dudó jamás en penetrar cuantas veces fuera necesario, por aquella brecha que le conducía hasta el bolsillo mismo del acaudalado petrimetre. Sí; mil veces, después de jugar y perder, le había pedido dinero muy frescamente. Hoy mil pesetas,

mañana cien duros, otro día quinientos. Durante mucho tiempo, el viejo disfrutó á su gusto de semejante breva. A Numa, que lo que menos le importaban eran los cuartos, tratándose de halagar su amor propio, bastábale la satisfacción de que todo el mundo le viera en confidencias con D. José, pasándole la mano sobre el hombro; y en el afán de conservar tal amistad, dejaba correr el oro de su bolsa como el agua de un caño, sin ocurrírsele nunca desairar á D. José, que era maestro consumado en estas pedigüeñerías, y él mismo se adelantaba á ofrecer una garantía cuando la cantidad era considerable:—«Porque somos mortales, amigo Numa.» En fin, que no había más remedio que agradecerle la confianza, por lo campechano, fino y llanote, y además, porque, qué diablo, era «hombre de arranque,» como decía el pollo.

Pensando en el noviazgo de Ana con aquel pobretón que había visto en el café, fuése Numa al tocador de su casa, y allí, rodeado de esencias y pomadas, acicalóse lo mejor que supo; se pulió las uñas, frotóse los dientes con un cepillo, atusó y domó algunos pelos rebeldes del bigote; y después de mirarse al espejo de frente y de soslayo, empuñó el junquillo, encendió un veguero, y se plantó en la calle más gallardo y luciente que nunca. El día era hermoso, y hasta el cielo parecía sonreír de gusto por tener bajo su manto aquel mozo garrido, espejo y modelo de elegancia, en capital tan respetable y heróica como Nuvarreda. En cambio el mancebo ingrato, sin pensar en bóvedas celestes, deslizóse con paso lento y medido por las aceras de sombra, hasta llegar al portal de la casa habitada por su amigote. Y pensaba entonces el señorito Numa:

—Pues no faltaba más que ese escribientillo... de eso tiene facha... se atreviera..... Sería gracioso. ¡Bah! Pues no se hablaría poco en el pueblo..... Y la verdad es que el tonto fui yo en hablar á cuatro amigos de la frialdad de Ana..... Y la verdad es que la chica me gusta... Y la verdad es que confío en D. José..... Y la verdad es que ese mequetrefe.....

Y Numa siguiera diciéndose verdades, á no verse con el cordón de la campanilla en la mano. Tiró de él.

Un instante después estaban sentados frente á frente joven y anciano. Aquél, adorado aún por la naturaleza, que derramaba sobre él la esplendidez de sus alientos; y éste, mustio, envuelto en el desprecio de aquella madre, que dándole un empujón todos los días, parecía decirle: «Estás de sobra aquí, hijo mío; bastante tiempo te otorgué mis favores..... Deja el puesto á otros. Ahí tienes achaques, ahí tienes canas; hártate de arrugas y dolores; quédate sin luz.....»

Parecía D. José más cabizbajo que otras veces. Acababa de tomar café, y aún permanecía sobre el velador el servicio de porcelana, una botella de cognac y una copa. Fumaba el ciego un habano, y de tiempo en tiempo, agitando el dedo meñique, quitaba al cigarro la ceniza, que caía en la alfombra como una cosa muerta. Una franja de sol entraba en el aposento. Ana había corrido la butaca de su padre, buscando el sol, hasta colocarla de modo que diera en los pies del enfermo.

—Bueno, hombre, bueno..... Usted tan valiente, tomando el sol—dijo Numa, por decir algo.

—Cariños de mi hija, amigo Numa, que se empeña en calentarme los pies..... Lástima que no sintiera la luz como siento el calor.....

Y guardó silencio. Luego preguntó al pollo:

—¿Y usted, qué tal? ¿Qué hay por el mundo?

Creía Numa, como muchas personas, que á los enfermos debe de hablárseles con la mayor alegría y despreocupación. Colocóse bien en la silla, agitó el junquillo, que nunca abandonaba, y soltó este párrafo:

—Pues nada... Ya ve usted... El Casino tan soso como siempre, los paseos desanimados. Lo que es de día no merece la pena salir de casa; créalo usted, D. José... En cambio, si viera usted... ¡vaya una mujer la tiple de la compañía de zarzuela!... ¿No le leen á usted los periódicos? ¡Vaya una garganta, vaya unas caderas, vaya unos movimientos! ¿Y cuando

se arranca con las sevillanas? ¡nada! ¡el acabóse! querido don José... ¡Ja, ja, ja! (Aquí Numa pegó con el bastón dos golpe-citos cariñosos en los pies del viejo.) ¡Si usted la viera!...

—Eso ya no reza conmigo... Ustedes los jóvenes, los sanos, son los encargados de ese negociado, amigo Numa—dijo don José, añadiendo luego:

—Vamos, tendré el placer que usted me acompañe á tomar una copa de cognac.....

—Ya he tomado, gracias... pero en fin, lo probaré.

Tocó D. José el silbato que le servía de llamador, y no tardó en aparecer Ana. Saludóla Numa cordialmente, haciéndose almíbar, y contestóle ella, si no con displicencia, con tibieza, y salió en seguida á buscar una copa, que dejó en el velador, diciendo á su padre:

—¿Me permites que te corra la butaca? Ya no te da bien el sol.....

Después que el anciano estuvo colocado á gusto de su hija, ésta preguntó:

—¿Se te ofrece algo más?

—Nada, chiquilla.

Y se retiró la joven, tan seria como había entrado, sin dignarse apenas mirar al Tenorio de Nuvareda.

—Amigo D. José, tiene usted la suerte de tener en su hija la muchacha más sensata y formal de la población... y la más hermosa—dijo Numa. Y después cambiando de tono:—Pero vamos á ver, ¿qué motivos le habré dado yo á Ana para mostrarse tan seria y displicente conmigo?

—Cosas de niña... No haga usted caso.

—Es que me lastima eso, D. José; me duele por venir de quien viene..... ¿Para qué andar con rodeos?... Usted sabe lo mucho y lo muy seriamente que yo he pensado siempre en su hija—dijo Numa, al parecer cada vez más exaltado.—Recordará usted las cosas que le he dicho en distintas ocasiones acerca de mis simpatías hacia ella... mejor dicho, de mi cariño... ¿No le he hablado á usted mil veces con el corazón en la

mano? Yo siempre franco... ¿No le he dicho que Ana era la única mujer capaz de hacerme feliz?... Yo siempre franco... Pues bien; cada día pierdo terreno, sin saber por qué. Ahora ni me mira de frente, D. José; y la verdad es que esto me cohibe para venir á esta casa... Yo siempre franco...

—Cosas de niñas... Ya ve usted, á esa edad no piensan en nada serio—murmuró el viejo después de sorber media copa de cognac.

—A mí, D. José—contestó el lechuguino con acento triste—desgraciadamente, en este caso me parece que no le falta seriedad á Ana... ¿Usted no sabe que tiene un novio?

—¿Un novio?

—Me lo han asegurado hoy... Vea usted si tengo ó no razón para descorazonarme...

—Pero, hombre, no es posible... ¡Si apenas sale de casa!... Además, ¿dejaría yo de saberlo?...

Quedóse el ciego pensativo algunos instantes. Más de una vez Numa Alvaredo le había expuesto bien claramente sus preferencias por Ana, y él siempre había contestado: «Esas son cosas de ustedes». Pero en el fondo del alma anhelaba que el joven se entendiera con su hija. Semejante unión significaba mucho para el Sr. Hermida. En primer lugar, las deudas garantidas quedarían solventadas, como quien dice: y además él libraría á su conciencia de un peso enorme, que aumentaba de día en día. Según avanzaba el tiempo, preocupábale más y más á D. José la situación tristísima de su esposa y de su hija el día que él falleciera... Su herencia consistía en deudas; la viudedad que correspondía á doña Socorro era una bicoca, en el caso feliz que no fuera embargada para responder á los débitos... ¡Hermoso porvenir le esperaba á su hija, un ángel, que nada sabía de sus dilapidaciones, y que le amaba con el santo cariño que se tiene á un padre bueno; y para su esposa, la compañera mártir, siempre callada, sumisa, disimulando lacerias, ahogando penas, con resignación aterradora! Estas ideas lúgubres adquirirían una densidad espantosa en el cerebro

del magistrado, el cual, como hombre práctico, experto en sortear los escollos que en la vida le habían salido al paso, como egoísta empedernido, buscaba el medio de expulsar de su alma la turba de remordimientos, resolviendo la situación de un modo halagüeño para todos. Siempre que su inteligencia planteaba tal problema, salía á colación Numa, que era una providencia, un asidero, una incógnita despejada, que lo aclaraba todo. Sólo él podía salvar á la familia. Las veces que el joven le había hablado de Ana, D. José, tratando de ocultar su complacencia, no había buscado medio alguno ni camino que condujera al enlace de su hija con el ricachón... Eso nunca. Confiaba en su buena estrella, dejaba á la suerte obrar, ayudada por los encantos de Ana y la terquedad de Numa. Al tener, sin embargo, noticia de que un nuevo pretendiente se presentaba, como un espantajo, en medio de la escena, amenazando tal vez destruir sus proyectos, no pudo menos de experimentar gran inquietud y disgusto.

—¿Y tiene usted noticias de ese muchacho?—preguntó al joven, saliendo de su meditación.

—Sólo de vista le conozco... Nada... Un abogadillo, sin posición, sin fortuna... Hablo por referencias, ¿sabe usted?...

—¡Diablo de chicuela!—exclamó D. José sin poder disimular la ira.—Me parece que habrá que atarla corto... ¡Ya lo creo! Porque á mí no me gusta que se me oculte nada, y le prometo á usted que todo se arreglará... ¡Vaya! Y si el pájaro quiere volar, yo me encargo de cortarle las alas... Felizmente no creo que habrá necesidad... No; ¡cosas de niñas! Ya verá usted cómo de aquí en adelante cambia la tortilla...

Y después, arrepentido de haberse expresado así, dijo sonriendo:

—Usted no ha probado el cognac... Pues no es de lo peor.

Siguieron hablando de cosas triviales, y al despedirse habló así el Sr. Hermida:

—Si por casualidad eso que usted me ha dicho resulta cierto, y la encuentro algo díscola, adelantaré el viaje á Rocamar,

querido Numa, á ver si olvida á ese mentecato... ¡No faltaba más! En fin; ya le escribiré... y usted supongo que no dejará de hacernos alguna visita...

Lo mismo fué quedar solo el viejo, y entrar Ana en el despacho diciendo:

—Si mañana está el día tan hermoso como hoy, debes de aprovecharlo para salir á paseo. ¿Te parece? Tanto estar sentado no puede ser bueno.

—Como tú quieras... Saldremos; tú has de acompañarme. De paso hablaremos como dos amigos...

Así quedó convenido. Aquella noche, antes de dormirse, pensó Ana cien veces en la frase de su padre «hablaremos como dos amigos»; y sin poderlo remediar sospechaba que había en ella un amago de ataque á sus quisicosas interiores, tal vez un atentado de Numa á la tranquilidad y sosiego de su corazón. Pensó en si turbarían aquel pobre amor, que había ocultado como cosa sagrada.

Durante cuatro meses, ilusión sobre ilusión, sueño tras sueño, había formado Ana en su pecho el nido del amor primero, como el pájaro hace el suyo, tejiendo y enmarañando hoy un hilo, mañana una hierba... Quizás peligraban sus horas de arrobamiento y de ensueños pasadas con la imagen querida en el rincón del alma, donde viven y mueren escondidos los sabrosos idilios de la juventud. ¡Amar á Numa, dejar á Raimundo!... Era lo mismo que arrancar de la pared de la sala el retrato de su padre y poner allí el de un cualquiera. No: las personas buenas no le exigirían un imposible...

Amaneció un día claro. A la hora en que Ana dejó el lecho, ya las riquezas del sol bajaban á la tierra, desde un cielo azul sin una bruma. Después de trajinar en la cocina, la joven salió al balcón, regadera en mano, y como de costumbre, roció con agua las flores que parecían colorearse y revivir bajo aquella lluvia fina y refrescante. Aún sentía Ana el temor á las palabras pronunciadas por su padre, «hablaremos como dos amigos;» pero la verdad es que al sentir en su rostro el

aire libre, cobró ánimos como si el sol de la mañana trajera en su luz imágenes alegres, y el aire le contara al oído cuentos muy sabrosos. Llegó á creer que su amor no corría peligro alguno. Todo estaba alegre y tranquilo. El vecino de enfrente salía á la hora acostumbrada, encendiendo un pitillo á la puerta de casa; en medio de la calle había un grupo de criadas, que reían y accionaban como locas. Ana se apoyó en el balcón un momento y envuelta en las delicias del ambiente, sintióse acariciada por una ráfaga de dicha.....

A la una de la tarde, hora señalada para salir, halló á Don José más plácido y animado que de costumbre. Una vez en la calle cogióse suavemente del brazo de Ana, y dijo al criado:

—Tú vete detrás.....

Vestía la muchacha un traje azul, sin arrequives ni ringorringos, y empuñaba una sombrilla color crema, llena de caireles, y más fresca y risueña que el cáliz de una flor. Padre é hija caminaron despacio, hasta salir de la población, hablando de mil cosas. De vez en cuando, decía Ana:

—Si te cansas dímelo.

Don José procuraba adivinar los sitios por donde pasaban.

—Ahora estamos en la plaza..... Aquí á la derecha está el mercado..... Ese ruido es el de la fábrica de D. Fulano.....

De este modo, llegaron á un arrabal del pueblo; y después de caminar un rato por la carretera, el ciego se detuvo. El piso estaba seco y sin mucho polvo. Los árboles, desgarrados, sin hoja aún, no oponían gran obstáculo al paso del sol, que dibujaba en el suelo las sinuosas figuras de los pobres palitroques desnudos. En algunos, la hoja asomaba timidamente su verdor por las yemas entreabiertas.

—Debemos de estar cerca del canapé—dijo el ciego aludiendo á un largo asiento de piedra, para él lleno de recuerdos, que había al borde del camino.

—A cuatro pasos de aquí lo tenemos. Si te parece sentémonos..... Lo que es hoy estarás rendido.....

Sentáronse. Desde aquel sitio se veía amplísimo horizonte.

Tenían delante de sí un paisaje lánguido y monótono; grandes tierras de labor, extensas praderas, cuatro ó cinco caseríos muy blancos y allá muy lejos una sierra de montañas azules con crestería nevada.

—Aquí veníamos á estudiar de muchachos, cuando se aproximaban los exámenes—dijo D. José.—Ese castaño de Indias que debe de estar ahí al lado, le llamábamos nosotros el amigo de los vagos... porque nos daba sombra... ¡Qué tiempos!...

Y mientras Ana miraba con respeto la lozanía de aquel árbol que había prestado sombra á la niñez del anciano, éste, enfrascado en los recuerdos de su mocedad, permaneció callado hasta que preguntó:

—¿Está sano ese árbol, Ana?..... ¿Tiene ya hoja?

—Comienza á brotar..... Es un castaño muy hermoso.....

—¡Cuánto viven, cuánto viven!...—exclamó tristemente Don José.

Después de unos instantes, cambiando de conversación, dijo:

—Ayer hemos hablado de ti, Numa y yo.

Ana tembló de inquietud, sin poder remediarlo.

—Sí...—prosiguió D. José.—¿Sabes que eres mala y severa, chiquilla?..... A Numa le tienes muy disgustado y triste.....

—¿Triste?.....

—Sí, hija, al menos eso me ha dicho... y allá él..... Vamos, que el caso tiene gracia. Al verle tan desazonado, cualquiera creería que le había sucedido una desgracia irremediable ¡qué sé yo! Ahora, figúrate lo que me habrá chocado el saber por su boca, que la causante de semejantes pesadumbres eras tú, loquilla. En fin, que es para reirse..... El hombre está empeñado en que tú le pones la cara seria... y ahí lo tienes explicado todo.....

—Me parece que tiene gana de broma ese D. Numa..... ¡Seria, seria! Como siempre. ¿O espera que me eche á reir en cuanto le vea? ¡Bah!

—Pues sí; le tienes preocupado. El pobre, la verdad, es un muchacho muy sensible y á ti te quiere, ¡vaya si te quiere!

¡Y pocas veces me lo ha dicho! por cierto que no recuerdo si te he indicado yo á ti algo.....

—Sí, algo me has dicho.....

—Bueno, pues el chico, cada día se aficiona más á ti, y como es natural le pasa lo que á todos los enamorados, que no ven la realidad y se imaginan cosas que no existen... Ya se lo he dicho yo: amigo Numa, usted no ve más que visiones. Ana no tiene motivos para mirarle con despego, muy al contrario; estoy convencido de que le distingue á usted entre todos los jóvenes que conoce... ¿Pues querrás creer que no hubo medio de convencerle? Nada, erre que erre, que tú no le miras con buenos ojos, que le pones una cara que asusta, y en fin—dijo D. José haciendo esfuerzos para reir—¿qué creerás que se le ocurrió?

—No sé.....

—Pues bien... ¡que tienes un novio! ¡ja ja!

Ana se puso roja de indignación, como si aquello fuera una delación vergonzosa.

—Sí, hija, un novio oculto, secreto; una verdadera novela, ¿qué te parece?...

—Me parece—dijo Ana con entereza—que tiene razón, que ha dicho la verdad.....

No quiso mentir. D. José, al hacerse cargo de la confesión, volvió el rostro hacia su hija; y ésta, como si el viejo fuera á recobrar la vista de repente, y á expresar con los ojos su disgusto, dirigió hacia el suelo la mirada, mientras que sus dedos jugueteaban nerviosamente con los flecos de la sombrilla.

—¿Que ha dicho la verdad?... ¡Niña, niña! ¡Sin yo saberlo! Estás loca.....

—Pues es cierto... Ya sabes que no sé mentir—dijo Ana con voz agitada.

—Pero chiquilla, ¿tú ignoras la trascendencia de eso? ¿No sabes que has obrado mal... ¿me oyes? muy mal, al ocultárnoslo todo á mí y á Socorro.....? ¿Acaso tienes tú la experiencia

necesaria para decidir en asunto tan serio, el más grave de la vida?...

D. José daba á su voz una entonación cada vez más cavernosa y severa. Prosiguió:

—¿Sabes tú acaso la importancia que tiene para la mujer la elección del hombre que ha de acompañarla toda la vida?... Ese Raimundo, por lo que me ha dicho Numa, es un abogadillo obscuro, sin posición, sin nada... mientras que Numa.....

—Dicen que juega—se atrevió á decir Ana.

—Jugará por pasatiempo, como todas las personas acomodadas, hija. Ese no es defecto teniendo fortuna para ello..... Pero en fin—dijo el ciego procurando no dar importancia al asunto—estoy diciendo cosas, y pronunciando sermones que no vienen al caso, porque todo eso, picarilla, no pasará de ser unos amoríos pasajeros, y á ti te sobran cordura y formalidad para no hacer caso de mequetrefes, y guiarte por lo que te digan tus padres... ¿verdad, loquilla?

Ana calló.

—Contesta, niña.....

Contestó con un sollozo. Y luego dijo en voz baja:

—Por Dios, papá... Si es que le quiero.....

—Pues hay que olvidar, olvidar—exclamó D. José con impaciencia.—Eres muy joven para querer al primero que llega.....

Y diciendo esto, se puso en pie el anciano y siguió así:

—Vámonos hacia casa, y piensa bien lo que he dicho, hija mía, que no es más que por tu felicidad. En esta vida, no puede uno dejarse llevar del primer impulso. Es preciso tener valor, luchar, reflexionar mucho; y cuando no se posee la experiencia suficiente para vivir, como te sucede á ti, que has nacido ayer, es necesario dejarse conducir por nosotros los viejos, los maestros probados en el combate, niña..... ¿Comprendes?

—Sí, papá.....

—Pues basta por hoy. Dame el brazo, si no te fatigas...

Dentro de unos días, lo más pronto posible nos iremos á Rocamar... Y á ver si allí entras en vereda y no das un disgusto á este vejestorio... Ahora dame un beso.

Enjugó Ana con el pañuelo la humedad de los ojos, posó sus labios en la frente del anciano, y ambos enderezaron los pasos hacia Nuvarada, la joven pensando en sus cosas, y don José disfrutando del sol que le prestaba fuerzas.

Encerróse Ana en su alcoba aquella tarde, sacó de la cómoda la *caja de secretos*, buscó papel y pluma y escribió largo y tendido. A veces levantábase del asiento, daba una vuelta por la habitación, quedábase mirando los dibujos del papel que cubría las paredes, se ponía ceñuda, meditaba como un hombre de Estado, y volvía á la brecha, á la carta, con nuevos bríos. En una de estas interrupciones, después de empañar con el aliento uno de los cristales del balcón, escribió en él un nombre que borró en seguida... Y vuelta á rasguear en el papel... Era preciso anunciarle á Raimundo el próximo viaje á Rocamar, pero sin decirle palabra de la escena que había tenido con su padre, ni dejarle comprender los proyectos de Numa. En los momentos de agitación y de impaciencia, Ana tenía por costumbre el jugar con una sortija de oro que siempre usaba; y en ocasión tan grave, el anillo saltó de un dedo á otro cien veces en los momentos de vacilación, mientras la pluma descansaba en la mesa, hasta que al fin quedó en su puesto, tranquilo y reposado... La carta estaba escrita como Ana quería, sin tachaduras ni enmiendas, y con toda la perfección sintáctica que sólo tienen las mujeres cuando hablan de amor.

Finalizada la peliaguda tarea, Ana abrió de par en par el balcón. Eran las seis de la tarde, hora en que pasaba Raimundo. Esperó, esperó con impaciencia tal, que miraba con tirria á todos los transeuntes que cometían el pecado de no ser *él*... «Vaya un tipo... ¡Cuidado con el tonto aquél», decía Ana para sí, dando golpecitos con el pie en los hierros del balcón. Apareció el muchacho, y la verdad es que pese á todos los mira-

mientos, y á despecho de las opiniones de D. José, Ana, con el alma toda en los ojos, le besó con una mirada insistente, terca, muy honda, y no se quedó atrás el galán, que procuró sorber con la vista aquellos anhelos de amor, hasta que desapareció, volviendo siempre la cabeza.

Guardó la carta Ana para echarla al correo, y después intentó tocar el piano; pero volvieron á ella las ideas tristes, los presentimientos lúgubres, el miedo á la alegría..... Y no tocó.

Nadie en la casa volvió á hablar á Ana de sus amores. Don José seguía aislado y solo con sus pensamientos, y doña Socorro evitaba toda ocasión de recordar á Numa, el cual dos ó tres veces más había tenido cabildeos con el magistrado, pero sin ver á la joven. Este silencio en torno suyo interpretábalo Ana como favorable á sus deseos; pero ocasiones había en las que el temor le embargaba de nuevo, y pasaba las horas abatida y quejumbrosa.

Un día al anochecer D. José dijo á su costilla:

—Mira, Socorro, lo mejor es que nos vayamos á la aldea mañana mismo. El tiempo no puede ser más hermoso, y yo siento ganas de marcharme.....

—Así lo haremos si quieres.

Y aquella misma noche la casa se convirtió en un baturrillo. Los baúles mundos en medio de las habitaciones, los trebejos de la cocina invadiendo la galería, cuerdas que se arrastraban como culebras por los pasillos; aquí funcionaba la escoba, allá el plumero; cortinas que se venían abajo, armarios vomitando ropa, y al frente de tan complicada maniobra, doña Socorro dando órdenes, y Ana, que estaba muy á su gusto zambullida y arrebatada por aquel torbellino de cachivaches que pasaban de mano en mano.

Los viajes encantaban á Ana, y cuando se vió en el coche reclinada en los almohadones, abrió la ventanilla para contemplar el paisaje de aquel camino tan conocido por ella. Mientras D. José parecía dormitar, envuelto en el gabán, y

doña Socorro leía, la imaginación de Ana hizo sus correrías por los campos; trepaba á un monte para visitar una ermita lejana; encaramábase á un vericuetto tapizado de musgo; bebía agua en la fuente de un castañar sombrío..... ¡Cuánta luz, cuánta hermosura, de la cual apenas nadie disfrutaba, vió Ana desde el coche! Lo que más le gustaba eran los bosques, no los de pinos tristes, sino los de encinas y robles de hojas bordadas, los de viejos castaños roídos, medio huecos, que sacando fuerzas de flaqueza, chupaban á la tierra el jugo, y lo convertían en el pobre fruto que nos ofrecen en sus últimos días. Apetecía á la joven correr por las praderas, bien rapadas por la güadaña del aldeano, y luego después, sudorosa y jadeante, tumbarse á la bartola á la sombra de un bálago de hierba. ¡Lástima no poder hacerlo! ¿Qué valía la casa de Nuvareda comparada con aquel caserón inmenso, del cual disfrutaban los pájaros?

El carruaje corría cada vez más. El cochero animaba á los caballos con gritos brutales, y mientras doña Socorro y don José dormían, Ana seguía desarrollando su monólogo:

«¡Cuidado que es grande todo esto!... ¿Qué harán allí aquellos aldeanos?... ¡Ah! están sembrando... ¡Pobre papá, que no puede ver nada!... Nunca vi sembrar. Dios, que está en todo, de seguro que está metido en la tierra recogiendo la semilla... Después dirá: Bien, ya que este año fuisteis buenos, y oisteis misa, os daré mucho trigo, mucho trigo; pero con la condición de que habéis de pagar la renta al amo... cuidado conmigo... La verdad es que mejor era todo para los aldeanos, que son los que todo lo hacen; pero Dios lo manda, y chitón, se acabó. Y dirá Dios también: Si os portáis bien este año, ¡veréis qué vacas tan gordas y qué cerdos os criaré!... En cambio, [si me dais un disgusto, os seco todos los plantíos, ó á lo mejor, hago de modo que caiga una nevada tan grande, que habrá que hacer suscripciones en los periódicos... ¿Qué hará Raimundo á estas horas?»

Entretenida en estos comentarios acerca de todo lo habido

y por haber, y si á mano venía, enmendando la plana á la misma Providencia, á la muchacha se le pasó el tiempo volando, y comenzó á notar que el panorama cambiaba de aspecto. El paisaje verde, las tierras oscuras, recién labradas, el terreno fértil, había pasado poco á poco, diluyéndose allá lejos, apareciendo en su lugar los montes escarpados, muy escuetos y crespos, llenos de anfractuosidades, veteados con tintas azuladas. El cielo era más transparente y puro, el aire más fresco. Allí, muy cerca, respiraba el mar, inundando el espacio con la humedad de su aliento.

—Ahora, ahora pronto... en dando esa vuelta se verá— dijo Ana en alta voz.—¡Allí está, allí está!....

Y despertó á doña Socorro, que abrió los ojos diciendo:

—¿Qué pasa, niña?....

—¡El mar, el mar!... ¡Mira!...

—Es verdad, sí... Pero me has asustado... ¡Qué azul y qué hermoso! Al fin estamos en Rocamar.....

Comenzó el coche á subir una ligera cuesta. Se veía ya la casa. Asomó Ana la cabeza por la ventanilla, y en cuanto vió á la *Mandila* al balcón, agitó rápidamente el pañuelo:

Todavía la marinera ayudaba á D.^a Socorro á bajar del carruaje, y ya Ana, hecha una pólvora, había entrado en el jardín sin reparar en *Nolo*, que estaba en un rincón gorra en mano. Colóse en la casa como una racha de viento, abriendo puertas; todo lo anduvo y husmeó; y después de dejar el sombrero en una silla, salió con el pelo al degaire encontrando en el portal á sus padres, á la *Mandila* y á *Nolo*.

—¡Hola, granujilla!... D.^a Ramona, pero ¿es este el hijo nuevo de que usted hablaba en una carta?... ¡Ven acá, chiquillo!...

Nolo, tieso como un huso, se apartaba de ella sin decir palabra. Corrió hacia él Ana, manoseóle la cara, y á pesar del brusco esguince del rapaz para desasirse, le plantó un beso en cada mejilla.

—Quite, que la empuerdo...—se atrevió á decir *Nolo*.

—Creí que no tenías lengua...

—Le sobra la mitad, señorita—interrumpió la *Mandila*.—
Es más prea y malo que Caín... Mire, mire cómo le rebullen los ojos y qué pinta se le ve... Pero ¿ónde te has metido, maldito, que voy á tener que fregarte esa cara de gorrino, con perdón de los presentes?...

Nolo no chistó.

—De ese lavatorio yo me encargo... Mañana te meto en el pozo del jardín, ¿oyes?—dijo Ana.

—¿Se pué hablar, señá Ramona?—preguntó con gravedad el pillete.

—Si te dan el permiso y la autorida...

—Güeno... ¡Quiero oír esa música!...

—El mismo demonio, mal año pa él—dijo la marinera—no se atreve á lo que tú, indino...

—¿Qué música es esa, *Nolillo*?

—La que está arriba metía en un armario...

Hasta que Ana prometió formalmente sacar cualquier día á relucir la música misteriosa, *Nolo* no quedó satisfecho, y después de obtener la promesa, hizo unas cabriolas sin atender á las amenazas de la señá Ramona, y se alejó silbando.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS
VII

Pasaron días. Las delicias de Mayo esparciéronse por la aldea, y había en los árboles hoja nueva y luciente, en el mar bonanza, murmullos dulces, y en el cielo mucha luz. Los marineros estaban contentos, y mientras la *Mandila* no se apartaba de sus señoritos y trabajaba en la casa, *Tolete* solía aparejar el bote y lanzarse al agua en compañía de *Nolo*; y tal ma-

ña se daban ambos, que raro era el día que no llevaban á don José pescado fresco, y á Ana una cestita de percebes, erizos, mejillones ú otros mariscos.

Nolo, á pesar de la severidad con que le amonestaba la *Mandila* por su desparpajo, ya no se mordía la lengua delante de los señores; antes bien, animado con la bondad y el cariño de Ana, andaba todo el tiempo que podía pegado á sus faldas como un perro de la casa. Tenían diálogos de este tenor:

—*Nolillo*, ¿cuándo me traes *bígaros*?

—Diez... ¡Haberlo dicho... Volando!

Y sin atender á razones ni esperar respuesta, echaba á correr, dando con los talones en el trasero, y al cabo de una hora volvía con la gorra llena de tan sabrosos moluscos. Ana se los engullía tranquilamente sentada en un banco de la huerta.

Cuando Ana observaba que *Nolo* tenía la cara sucia, cosa que era frecuente, le anunciaba un lavatorio en el alberque del jardín. Pero lo mismo era verla venir armada de pastilla de jabón y esponja, y ya *Nolo* ponía pies en polvorosa, y no era fácil darle caza, porque subía á los árboles con la rapidez de un mono.

—Baje usted ó llamo á *Tolete*...

—Eso no, que atiza...

—Pues al agua enseguida.

—¿Me ha de dejar *aoler* el jabón?

—Sí; pero antes hay que lavarte.

—¿Y si me pican los ojos ¡diez! como el otro día?

—No tengas cuidado.

Ana encaminábase hacia el caño, y *Nolo*, ya blando y convencido, bajaba del árbol, corría hacia ella, y al poco tiempo ya estaba desnudo de medio cuerpo arriba, con la cabeza envuelta en copos de espuma que levantaban al frotar las manos de la joven.

—¡Dios, no apriete!... ¡Por los ojos no, que arden!—exclamaba *Nolo* agarrándose al brocal, como si trataran de degollarle.

—Ya pasó todo—decía Ana riéndose.

Y luego poniéndole la mano en el cogote empujaba la cabeza del rapaz hasta tenerla cerca del agua; dábale tres ó cuatro chapuzones, soltábalo, y *Nolo* daba algunos respingos y corcobos como un perro de aguas después del baño.

—Ya eres otro, *Nolillo*... Ahora se te puede besar...

—Un día púsose *Nolo* muy serio y sin mirar á Ana, mientras que con un clavo se entretenía en hacer rayas en la pared, dijo casi entre dientes:

—*Tolete* diz que yo no tengo rispeto á naide... y que falto á toos... ¿usted qué diz?

—¿Yo?—contestó Ana.—Que no te falta nada de eso, *Nolillo*.

—Lo mismo que digo yo, ¡recontra! Pero él arrea ca morrá á mano vuelta...

—¿Y tú qué haces?

—Saltar patrás, por si hay madera...

—¿Qué es eso de madera, *Nolo*?

—¡Diez, y no lo sabe!—exclamó el granuja estupefacto.—Pues la estaca, señorita, la estaca... Quiero soltar una cosa... ¿Dígola?

—Di lo que se te ocurra...

—Quiero oir toa la música que usté tié guardada... ¡Ya está dicho! ¡Amuélate, *Mandila*!

—Bueno; pues la oirás esta tarde. Quédate por el jardín... pero cuidado con subir á los árboles. Cuando yo te llame, dentro de una hora, subes en seguida...

En tanto que Ana y el niño sostenían este palique, doña Socorro, no lejos de ellos, regaba sus plantas favoritas, y las escamondaba con unas tijeras.

—¿Qué hace papá?—le preguntó Ana.

—Ahora ha llegado el correo... Sube, sube, por si le hace falta algo.

Todas las tardes la joven leía los periódicos á su padre, sin perdonar el artículo de fondo; verdad es que á veces hastiada

de oirse á sí misma frases que no entendía, pasaba por alto los párrafos más enrevesados y enigmáticos, sin que el ciego lo notara. En cambio, cuando tropezaba con el relato de un crimen espantoso, no perdía ripio.

Aquella tarde, después de terminar tan escabrosa tarea, dijo á su padre:

—Quisiera tocar un rato; ¿te molestaré?

—Nada, hija mía.

Salió al balcón Ana, y

—Sube, *Nolillo*; pero límpiate los pies.

Apenas terminó la frase, ya estaba el chiquillo en el gabinete. Sentóse en el suelo, á respetable distancia del piano, y dijo:

—¡Ahora toa la maquinaria!...

—¡Toda!

Levantó Ana la tapa que cubría el teclado, y observó la sorpresa de *Nolo*, que creyó ver abrirse la boca de un animalote aterrador.

—¡La dentadura!—exclamó asombrado.

—¿Qué te parece?

—¡Por ahí canta! ¡Diez!—seguía *Nolo* como hablando consigo mismo.—¡Echala, échala, bocona!—dijo alegremente dirigiéndose al piano, como si éste le entendiera.

—Pronto la *echará*, *Nolillo*—contestó Ana llena de júbilo, tomando asiento en la banqueta.—Vas á oirle; verás, verás...

Y la joven tocó, tocó con entusiasmo. Parecíale que bajaba á sus dedos un flúido misterioso, que pedía al piano acentos hondos, que dijeran algo sobre el amor; las teclas, electrizadas, respondían dócilmente, y vertían risas y lloros, que salían por el balcón abierto, atropellándose en el espacio y perdiéndose en las lejanías... El autor escogido al azar era Chopín... Ana olvidóse de *Nolo*, vivió en sí misma, oyendo notas, gozando de la hermosa sinfonía de su alma unida y enmarañada con el raudal de melodías que brotaba del instrumento... ¡Qué cosas decía aquella música! Era una voz extraña que cantaba

desde otro mundo, con arranques terribles, que inspiraban al alma una fuerza brutal, un ardor sublime para amarlo todo. Parecía aquella voz la de un héroe, un personaje de músculos de hierro y alma tierna, que vivía escondido en un sitio ignoto entre las nieblas del misterio, y desde allí nos cantaba los milagros de su vida y las energías de su alma... A veces este mistagogo hercúleo, que franqueaba caminos jamás soñados, como por arte endiablado de encantamiento, trocábase en un sér blando, risueño, que también sabía hablar del amor apacible y sonreír como un bendito. Y parecía entonces un buen señor, ameno y dicharachero, que le gustaba vagar por los prados, oler las flores y recoger con cuidado todas las cosas que se les ocurren cuando cantan á los arroyos y á los pájaros.

Zambullida Ana en aquel hervidero de notas, que revoloteaban á su alrededor, halagándola y dándole sahumeros de poesía, maldito el caso que hizo de *Nolo*, el cual, como un lagarto ipnotizado, se fué poco á poco arrastrando por el suelo, hasta ponerse á la vera del piano, con el oído pegado al instrumento... Después el muy zángano quedóse dormido al arrullo de aquel oleaje de armonía. Las cosas estupendas que *Nolo* vió en sueños, no son para dichas, porque jamás Morfeo inspiró á nadie epopeyas más espeluznantes, ni aventuras más extraordinarias... Vióse ¿dónde creerán ustedes? vióse en el patache, en el cual había navegado antes del naufragio; pero ¡diez! todo estaba de otra manera. En primer lugar, el patache era de color rojo, todo rojo, arboladura y casco; en la popa había dos sillones muy grandes, y en uno estaba sentado un señor que tenía la cara como una gaviota, y empuñaba una larguísima y descomunal pata de ganso marino, con la que jarreaba cada zurriagazo á *Nolo*! El otro asiento ocupábalo gravemente *Tolete*, el cual, reniego del pecado, si no estaba vestido de sacerdote, y el muy animal echaba por la boca toda clase de sapos y culebras, como si nada le importara la vestimenta... El único marinero que había era *Nolillo*; él solo para

todo el tejemaneje de á bordo... ¡y nadie echaba una mano!... Estaba lavando el suelo, y manejaba el lampazo con brío, bajo las miradas vigilantes del *señor gaviota*, cuando de pronto, el diablo, que no duerme, hizo que comenzara á oirse una música muy extraña en el mar; las olas cantaban cosas que daba gusto escucharlas, con un vozarrón que nunca se había oído... Dejó entonces la labor *Nolo*, y observó que sus compañeros estaban pasmados y medio lelos; y decía *Tolete* al *señor gaviota*: «Finómeno como éste, el demonio me lleve si lo han visto los nacidos... ¡Cristole! y desta, ó se acaba y embarulla el mundo too, ó yo no sé dónde tengo la mano derecha ni la zurda...»

Dejó de tocar Ana de repente, buscó al rapaz con los ojos, y vióle dormido al lado del piano; pero apenas se extinguió el rumor en la caja sonora estremeciósese *Nolo*, se restregó los ojos, y dijo desperezándose:

—¡Diez! el mar cantaba cosas de sustancia.....

—Ya ves *Nolillo*, lo que es esta maquinaria. ¿Te gusta?

—¡Si quisiera él cantar conmigo igual que con usted!.....

—Acércate á ver.....

El chiquillo oprimió una tecla con un dedo, y al ver que el piano no le desairaba bailó como un loco.

—Ya puedes decirle á la *Mandila* lo que has visto.

—Que se amuele.....

Estando en esto, Ana oyó claramente un toque de silbato dado por el ciego, y dejando á *Nolillo* acudió con presteza á la habitación del enfermo. Lo halló en la cama vestido; hablaba débilmente:

—Tengo fatiga, me ahogo Ana..... ¡No sé qué es esto, Dios mío!..... Hace días que siento una opresión aquí, aquí en el pecho..... Llama á Socorro.

Angustiada la joven al ver la cara lívida y sombría del anciano, bajó al jardín á llamar á su madre, y un instante después *Nolo*, más veloz que un corzo, avisaba á D. Laureano, el médico del pueblo. Llegó el buen señor, y encerróse con el

enfermo para examinarlo atentamente, mientras D.^a Socorro y Ana se quedaron en otra habitación gimoteando.

Nolo, que andaba por la casa sin que nadie se fijara en él, comprendió que allí ocurría algo muy serio; aquello de venir el matasanos tan apurado, y meterse en el cuarto con el señor, no le daba buena espina.

—¿Qué hará con él D. Laureano?—pensaba *Nolo*.—A lo mejor lo raja por el ombligo, le saca las mantecas y ya está... ¿Pero y después?..... Después ¡ris, ras, pun! le güelve lo mismo que estaba.....

Y andando cautelosamente, logró acercar los ojos á la rendija de la puerta del aposento misterioso, teatro de operación, tan espantosa; vió á D. José completamente despechugado, y al médico que le arrimaba el oído encima del corazón..... De pronto incorporóse D. Laureano, registróse los bolsillos y cuando *Nolo* estupefacto, esperaba ver relucir la hoja de un cuchillo descomunal... sacó el estetoscopio que el rapaz tomó por una trompeta.

—¡Diosla, va á tocar!.....

Sintió *Nolo* entonces una mano poderosa, que agarrándole por la trasera del pantalón, lo arrastró hasta las escaleras. Quiso protestar, pero le dejó mudo, la cara iracunda de *Tolete*, que se acercó á la suya hasta tocarle casi con los bigotes, por debajo de los cuales salieron como bocanada de fuego estas palabras terribles:

¡Tas llamado á morir á mano airada! ¡Crístole!

VIII

—Veremos, veremos..... Por ahora no es cosa de cuidado... Mucho reposo..... Cada dos horas la cucharadita esa, y mañana Dios dirá...—dijo D. Laureano, y se despidió de D.^a Socorro.

Apoderóse del magistrado un aplanamiento que le dejó sin pizca de energía. Amodorrado, vuelto hacia la pared, oía lo que hablaban en la habitación inmediata, oía el gargoloteo del caño del patio, murmurando el soliloquio eterno que había escuchado él en su niñez. La imaginación del enfermo, aguijoneada por la calentura, sacaba á la escena mil hechos heterogéneos y raros; tan pronto entablaba un diálogo con una persona á quien D. José no había visto hacía muchos años, como dejaba al interlocutor con la palabra en la boca para visitar y recorrer una población lejana. Aparecíansele á lo mejor rostros sonrientes, que se hundían en la sombra. Y estas visiones de panorama misterioso, mescolanza de realidad y sueño, no mortificaban, no herían al enfermo, el cual veía aquella pantomima de espantajos que le bailaban en la cabeza, como cosa ajena á él.

Así pasó el magistrado la noche del día que cayó en cama. Al amanecer D.^a Socorro le llevó un caldo.

—¿Qué tal se presenta el día?—interrogó el enfermo.

—Muy claro... ¿Cómo te sientes?

—Así, así... algo sofocado... ¿No podrías abrir esa ventana?...

—Puede ser malo, muy malo... el fresco del mar, Pepe... Cuando venga el médico le preguntaré...

Aproximó D. José la taza á los labios, y después de beber un sorbo de caldo, quedóse atento como quien escucha. Oíase el tañido de una campana que venía de lejos.

—¿Qué día es hoy, Socorro?

—Domingo... tocan á misa de alba.

—Verdad, verdad... Estoy en babia.

—Procura dormirte un rato... Ana y yo iremos á esa misa. Entretanto aquí quedan *Tolete* y Ramona por si algo se te ofrece...

D.^a Socorro abrió la contraventana, y la claridad de la alborada acoquinó la luz que ardía en un vaso colocado encima de una silla.

Un instante después el enfermo quedó solo. La campana seguía tañendo á lo lejos, sembrando por los campos los ecos de su voz que llegaban á oídos de D. José, amortiguados, sin sonidades alegres, como ecos de un lamento, como suspiros cansados de recorrer el espacio en busca de un oído amigo. El ciego escuchaba como si un antiguo conocido le hablara en voz baja, de cosas para él muy olvidadas. Aquella voz le llamaba á misa, y él hacía muchos años que no había oído ninguna... Apesar de su desvío, la campana le había llamado año tras año con el mismo cariño, con amor idéntico. Todas las mañanas aquel tañido triste que era una súplica tierna, salía de la iglesia y corría, corría, atravesando el aire, deslizándose entre los ruidos del Cantábrico, y no paraba hasta llegar casi sin alientos, hasta la alcoba del magistrado para decirle: «¡eh, arriba!; yo soy la de antes ¿no te acuerdas? Todos los días al rayar el alba me cuelo en este cuarto; á veces no te encuentro; andas por sitios lejanos adonde yo no llego, pero me consuela el pensar que otras compañeras mías te llamarán como yo, donde quiera que estés. Hoy en cambio sé que estás aquí, sé que me oyes, y que me desairas, que desprecias mis consejos volviéndote hacia la pared... ¡Cuántos años de súplica! ¿Quién te dice que he de perdonarte?»

Sintió D. José viva inquietud y dió una vuelta en la cama. La voz continuó diciendo quedo, muy quedo: «¿No te acuerdas cuando eras niño, y dócil á mi acento venías con tu madre á mi iglesia?... ¡Cuántos años pasaron y cuántas cosas tristes! Recuerdo aún, como si fuera hoy, cuando tú subías al balconcillo del campanario acompañado del tagarote del sacristán, que te enseñaba á repicar... Y poco me has tirado tú de la lengua, haciéndome decir mil disparates que sacaban de sus casillas al señor cura!... ¡La verdad es que parece mentira, Pepe, las vueltas que da el mundo!... ¡Cuántas veces volteé alegremente al impulso de tu mano de niño! ¡Parece que te estoy viendo; eras un chiquillo ágil y espigado, que trepabas por la escalera, tirabas de la cuerda, y llamabas por mi boca á los

pescadores de Rocamar, para congregarlos en la casa de Dios! ¡y hoy, qué diferencia! Parece un sueño... Eso de que tú, el incrédulo, el indiferente, el hombre mundano, hayas sido en un tiempo tan sumiso á mis ruegos, tan dócil á mis consejos, me parece imposible... Yo siempre aquí, atada á mi hogar, canta que canta, toca que toca, dando al aire mis regocijos, murmurando mis penas, y tú en cambio, el diablo sois los hombres, corraste el mundo, olvidásteme, como si no existiera la pobre campana de la aldea, que para ti no tiene más oficio que alborotar el pueblo y quitar el sueño á las gentes... Yo sigo aquí, ya ves, siempre igual, llamando, llamando á los devotos... ¿Qué quieres! ¿No es verdad que tengo razón al quejarme?

Sintió el ciego una agitación, un estremecimiento como si le asaltara el miedo. Se revolvió en el lecho, y entre la obscuridad que le rodeaba, vió claramente el campanario de la iglesia, y oyó la voz que le hablaba desde lo alto de la espadaña. De pronto la voz delicada se convirtió en un vozarrón rudo, que vomitaba cosas tremendas, doblando lentamente: «Estás viejo y enfermo, y aún no piensas en las cosas que más te importan, desdichado. Has gastado la vida; y dentro de poco tendrás que entenderte con la tierra y con Dios..... Fíjate en tus años pasados, examina tu conciencia, si aún la tienes, y mira á ver si hallas un asidero para tu alma..... Piénsalo bien. Aquí no termina todo... Si vas al jardín y coges un puñado de barro, puedes decir: esto es mi cuerpo, pero no mi alma. ¿Oíste tú á Dios decir que aquí terminaba el drama de tu espíritu? Sólo bajo su palabra pudiera creerse eso... Tal vez morir es nacer en la eternidad. Tú creerás que la materia no se pierde nunca, como dicen los sabios; que nada es inútil, que todo cambia y se transforma... Esa vela que se agota ¿adónde va? ¿qué fué de ella? En el universo quedan sus partes; no lo dudes. Ahora dime, ¿por qué ha de ser menos un alma que una vela?... ¿Por qué crees en la eternidad de una piedra, y no en la del espíritu?... Quisieras tú que todo se extinguiera aquí; que la tumba aniquilara todos tus pecados, para hallar en la nada el eterno

descanso... La fe que niegas á Dios la tienes en la nada... ¡La nada! Créeme á mí: no existe. En todas partes hay algo. En la naturaleza todo es movimiento, energía, *algo*, y sin embargo, tienes esperanza de zambullirte en lo que nunca has visto, y crees que ha de darte el descanso, apagando tus remordimientos, matando tus dolores, consumiendo tus ideas, y destruyendo tus picardías! Mírate bien, y no te fíes de ti mismo, que otros más lince que tú vieron flores donde sólo había cardos. Desconfía de ti, porque el inventor de la mentira es el hombre. No creas en quien puede equivocarse; cree en Dios, que te habla desde mil partes, y si te estremeces de espanto pensando en la historia de tu alma, piensa en esta casa, donde aún no te hemos olvidado..... Acércate, hombre, acércate; eres ya muy viejo, estás hecho un vivero de achaques y de alifafes, por lo cual no me negarás que es cosa de pensar en la muerte. Más vale un por si acaso, que un quién lo creyera. Si te presentas ante quien ha de juzgarnos á todos con ese bagaje de pecados de todas clases y categorías, desde luego te digo que estás aviado, Pepe, y que mal año para ti; porque de nada te han de servir tu aplomo y hábitos mundanos, en que siempre has sido un maestro; así es, que haz lo que te digo, y ya que te sientes resbalar hacia el sepulcro, ruega á Dios, pídele con fervor la suavidad de sus bálsamos, y no te guíes por tus locuras. Tienes un camino recto y seguro, que es la oración... ¡Orar! ¿Sabes lo que es eso? Es dirigirse á Dios, es hablarle... En el fondo del alma hay unos ojos, Pepe, que pueden ver á nuestro Padre. Orar es ver con esos ojos, es despojarse de pensamientos terrenales, y dejar que el alma pura y sola suba hasta el Creador, para verle y adorarle... ¿Recuerdas?... Viviste ¡ay! al ras del suelo, pastando vicios, y educaste á tu alma como una esclava de tus placeres carnales... ¡Qué lástima da ver unas alas entumecidas!... Además, ¿no te avergüenza tu egoísmo? ¿Has pensado cristiana y noblemente en el porvenir de tu hija, el día que Dios te llame á sí? Tu obra fué esta: en vida hiciste una mártir, y á la muerte harás dos pobres.....»

Un sudor frío humedeció la frente del magistrado; sintió opresión en el pecho, y haciendo un esfuerzo, sentóse en la cama, buscó el cordón de la campanilla, y después de tirar de él, reclinó la cabeza en la almohada. No tardó en oír las pisadas de unos rudos zapatones, que pretendían ser ligeros y suaves; después presentóse en la habitación *Tolete*, con la pipa en la boca, y una blusa muy limpia, que olía á jabón. El sol alumbraba ya claramente la estancia.

—¿Manda algo, D. José?

—Nada, *Tolete*; siéntate... Llamé por si acaso... no estoy tranquilo.....

—Na, en total... Dentro de dos días se ha de ver el señorito como un roble.

—Dios te oiga, *Tolete*.

—¿Pos no ha de oirme, D. José? ¿En qué día vivimos?... Hoy domingo, güeno. Lunes, martes... Pal miércoles ya estamos andando por la carretera palante, con la fiambarrera en una mano, y unas lágrimas de vino en la otra... ¡y ande que preste! ¿Se acuerda, D. José, de aquellas langostas que nos zampábamos solicos, después de dar un *saleo* pol agua?

—Eran otros tiempos, *Tolete*.....

—Pero señor, á este tiempo otro le arrrea, D. José... Si el hombre, es un decir, se siente estremeció, y por mor de una laceria le tembla una pierna ¿tá bien que el hombre temble too él como la pata? Una cosa ¡recristole! es la pata y otra el individuo... En fin, yo me entiendo, y si se me salió de la boca alguna animalada, no es chocante; porque como icen son más los burros que nacen que las albardas que se hacen... No sé si me habrá entendió... En resúmene: na de melecina, y como decía un capitán mío, con aire limpio en el pecho y güena tajada en el pellejo se marcha viento en popa...

Y *Tolete* después de propinar al viejo consejos tan sabios y profundos, se dejó caer en una silla muy satisfecho. D. José volvió hacia él el rostro, y la verdad es que el marino quedó sorprendido. Nunca había visto al señorito tan demacrado y ali-

caído. Aquellos ojos sin vista parecían dos ventanas cerradas, detrás de las cuales un alma prisionera pugnaba por asomarse.

—¿Y si me muero, *Tolete*?—dijo el enfermo.—Yo nunca tuve la vida en peligro ¿oyes? Y ahora ¡quién sabe! Estoy muy débil... Tú ya *la* has visto de cerca ¿no es verdad? ¿De qué te acordabas, qué sentías?...

—Déjese de esos pensares y no haga caso del cerebro, que siempre da en lo peor... ¿Qué tien que ver usté, ahí en la cama, conmigo cuando andaba pol mar?

—Dime, contesta, ¿qué pensabas?...

—Bah, señorito, ¡pos en Dios!...y en la *Mandila*... ¡Cristole! paecía que allí estaban los dos conmigo, de tan fijos y claros como yo los veía en la cholla. Júrolo. Paecía que los dos me decían á un tiempo: ¡hala, *Tolete*, aférrate á ese madero con las uñas, hombre, miá que la mar es el mismo demonio en persona, y cuando se empeña en dar de beber á la gente, le cura á uno los cólicos pa *sicula sicular*...

—Dices que Dios te animaba?—dijo D. José—¿le viste tú?

—Tan claro como esa luz que da en la ventana... Estaba allí con la *Mandila*, mientras yo braceaba pol mar...

—De modo que tú estás seguro que hay un Dios...

—Acabara de verle de broma como antes, señorito... ¡Güena señal es!—interrumpió *Tolete* alegremente—Cuando yo digo que el miércoles ó jueves nos zampamos una...

—No es broma, *Tolete*... Hay hombres que no creen en Dios...

Quedóse *Tolete* pensativo, con la pipa ladeada en la boca, y luego dijo:

—Basta que usted lo diga, y ahora me ricuerdo oir hablar de tierra de moros... Pero acá, por la costa, en jamás oí tal... Blasfemas, sí las soltamos, porque too el mundo se acalora, y entonces el pico charla cuando el corazón no lo manda... y así va ello...

—Pues es cierto, *Tolete*, hay hombres para todo...

—Cosas de desocupados, señorito... Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo espanta moscas...

D. José no contestó. Habló consigo mismo un buen rato.

—¿Tardarán mucho en venir Socorro y Ana? —preguntó al fin el enfermo.

—Ni dos Jesuses. D. Gregorio despacha toa la misa volando...

—Tú no la has oído...

—No, señorito, pero cuando el hombre tiene la intención... Alguno se había de quedar en casa.

—Mira, *Tolete*... ¿Y el médico cuándo vendrá? Esto va de mal en peor...

Incorpórose el marinero, dió un paseo por la alcoba murmurando entre dientes:

—Enseguida, D. José... ¡Cristole con las melecinas y los facultativos que se usan!

JUAN OCHOA.

(*Se concluirá.*)

UN INSIGNE PINTOR DE HISTORIA, APENAS CONOCIDO
DON JOSÉ DE MÉNDEZ

de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

(CONCLUSIÓN.)



IV.

LA elección de asuntos, cosa de no escasa entidad, es indicio del propósito de hacer llano, popular y hasta casero el arte.

He aquí varios ejemplos de pinturas ó esculturas que han tenido algún éxito:

Una joven, que engreída con la pequeñez de su pie, lo enseña á una amiga.

Una cocinera pelando una gallina.

Un cura, retardado, que anda de prisa.

Dos jóvenes que abanicán á una señora que tiene calor.

Una criada planchando.

Dos albañiles, tendidos, descansando.

Coloquio amoroso entre un patán y una mujer que friega un caldero.

Etcétera, etc., etc.

Toda la vulgar llaneza de estos asuntos y otros de semejante índole, en número infinito, queda á distancia del citado cuadro de Murillo, *La Vieja espulgando á un galopín*.

Nadie niega á los pintores y escultores la facultad de entregarse deliberadamente en la concepción de sus obras á la

más sandia é inocente trivialidad. Algunas de estas obras son admirables por el primor de ejecución, por la verdad imitativa; pero ¡qué lástima que tanta habilidad se emplee con preferencia en obras sin emoción, sin pensamiento, sin asomo de elevación moral!

En París un artista eminente, Meissonier, cuyos cuadros han sido llamados en Francia *microscópicos*, contribuyó con la perfección extraordinaria de su pincel, á suscitar el entusiasmo del público vulgar en favor de lo primoroso y de lo pequeño.

Ciertamente, el fiel trasunto artístico de escenas, de actitudes y de situaciones comunes de la vida, cautivan siempre la atención, y no es dable negar que

Le joueur de flûte;

Le graveur;

L'amateur de tableaux;

La partie d'échecs;

Le liseur;

Jeune homme jouant de la basse;

Un fumeur;

La partie de boules;

Jeune homme choisissant une épée;

Jeune homme qui lit en déjeunant;

Le jeu du tonneau;

Un homme à la fenêtre;

La rixe; (se vendió en 20.000 francos).

Cavaliers se faisant servir à boire;

Charge de cavalerie; (se vendió en 150.000 francos.)

Le maréchal ferrant;

La partie de piquet;

Le corps de garde;

Un homme en attente;

Joueurs de luth;

Etcétera, etc., etc.

Y otras muchas pequeñas, pero lindísimas obras de Meis-

sonier tienen la magia de la verdad, aunque esta sea insignificante.

Pero algunas de sus obras deben convencer á los que han dado en la mala doctrina de sacrificar la idea á la ejecución, y se atreven á sostener que el triunfo del arte estriba exclusivamente en la exactitud plástica, y no reconocen que las fuerzas morales (por ejemplo la significación histórica) dan á las pinturas especial valor y prestigio.

Une lecture chez Diderot perdería gran parte de su atractivo sin la resonancia del nombre del filósofo enciclopedista. Pero donde se ve más patente el realce que da la significación moral á las obras de arte, es en los cuadros de mayor alcance del mismo Meissonier, que representan las fases características de la epopeya imperial: 1806, 1807, 1814.

Cuando llegó á su colmo la apasionada admiración que inspiraban á sus compatriotas las obras del famoso artista, no había bastante oro para comprarlas. Un entusiasta millonario, fuera de toda proporción entre el precio y el mérito, no titubeó en adquirir por la enorme cantidad de 850.000 francos, el cuadro titulado «1814» (la retirada de Rusia). (1)

(1) Sólo en los tiempos del entusiasmo helénico y de la vanidad romana se encuentran ejemplos de tan inverosímil largueza en la adquisición de las obras de arte.

Cuando Roma, después de haber desdeñado las artes de la Grecia como indicios de afeminación, comprendió su envidioso error, los magnates (Pompeyo, Cicerón, etc.), cifraron su gloria en transportar á sus ostentosos palacios, á costa de verdaderos tesoros, las obras maestras de los artistas griegos... El opulento cónsul *Scaurus*, para adquirir algunos cuadros de un solo pintor, *Pausias*, pagó las crecidas deudas de la ciudad de Sy-cione. (*Plinio*, lib. xxxv, cap. xi.)

Entre los cuadros famosos vendidos en los tiempos modernos á exorbitantes precios, pueden recordarse en primer lugar, los siguientes:

Esta pintura es maravilla de minucioso esmero y de destreza en la factura. Botones, ribetes, agujetas, dragonas, todos los pormenores están pintados con tan prolija exactitud que, según el juicio de un crítico francés, llaman demasiado la atención, y dañan de este modo á la impresión general del cuadro.

Los modernistas cifran el mérito esencial y casi exclusivo de los pintores en la perfección técnica y en la fidelidad con que retratan los objetos; pero en este cuadro «1814» no pueden menos de reconocer que el pensamiento moral é histórico ha debido ser el mayor atractivo de los admiradores de la pintura, y probablemente el avasallador incentivo que ha llevado hasta la exageración el entusiasmo de los millonarios compradores.

Quitad á Napoleón su sombrero y su tradicional levita, al-

AUTORES.	TÍTULOS DE LOS CUADROS.	PRECIO DE LA VENTA, EN FRANCO.	ACTUALES POSEEDORES.
Rafael	<i>La Virgen de Ansidei</i>	1.750.000	National Gallery, de Londres
Rafael	<i>Las tres Gracias</i>	625.000	Duque de Aumale.
Rafael	<i>La Virgen de los candelabros</i>	500.000
Rafael	<i>Retrato de César Borgia</i>	600.000	Alfonso de Rothschild.
Rémbbrandt....	<i>Retrato del burgo- maestre Day de Alkmar</i>	750.000	Gustavo de Rothschild.
Rémbbrandt....	<i>Retrato de su mujer.</i>		
Rémbbrandt....	<i>Dos retratos de mujer</i> , ambos	1.200.000	Sra. de Guinness, de Londres.
Rúbens.....	<i>Retrato de Rúbens y su familia</i>	1.250.000	Alfonso de Rothschild.
Rúbens.....	<i>Retrato de la familia de Rúbens</i>		
Van Dyck....	<i>Retrato de la Marquesa de Spínola</i>	500.000	M. Sutton, de Norte-América
Murillo	<i>La Asunción</i>	600.000	Museo del Louvre.
Gainsborough.	<i>Tres retratos de mujer</i> , (los 3)	1.875.000	Alfonso de Rothschild.

terad los detalles característicos de los uniformes del Imperio francés, de modo que el ejército que tristemente camina, no se refiera á nación determinada, y pierde la prestigiosa significación que le da el inmortal caudillo; el cuadro sería igualmente admirable, pero entraría en la categoría de los estudios escrupulosamente fieles á la verdad, como *Los jugadores de bolos* y casi todos los de Meissonier, y no se habría encontrado ciertamente un Mr. Chauchard, que, en un vertiginoso arranque de ilusión artística, no titubeó en dar con visible heroísmo una cantidad tan exorbitante por un cuadro *de género*, precioso sin duda, pero que ni es creación sublime, ni en la ejecución misma, aunque delicada y primorosa, aventaja á los Dow, los Breughel, los Teniers, los Terburg, los Metzsu y los Van der Meer.

Cuadros de artistas muy posteriores al ilustre pintor inglés Gainsborough, que, como paisista, no tuvo rival en su época, se han vendido también en elevadísimos precios. Como ejemplo nada más, pues son innumerables, citaré algunos:

J. F. Millet....	<i>La Pastora</i>	1.000.000	M. Chauchard, de París.
J. F. Millet....	<i>L'Angelus</i>	750.000	M. Chauchard.
Munkaczy	<i>Cristo ante Pilatos</i>	500.000	Fué á América.

Obras de David, Ingres, Delacroix, Corot, Th. Rousseau, Troyon, Daubigny y otros fueron enagenados en precio desde 150 mil á 350 mil francos; pero ninguna venta de pinturas contemporáneas pareció más sorprendente que la del exiguo cuadro de Meissonier «1814.» (75 centímetros de ancho, 43 de alto.) El opulento Vanderbilt ofreció 400 mil francos. Según las noticias propaladas entonces en París, el engreído y afamado artista juzgó insuficiente la oferta. Mr. Bagne lo adquirió en 500 mil francos. Al día siguiente lo vendió en 850 mil á Mr. Chauchard, antiguo dueño de los almacenes del Louvre.

V.

Al hablar del malhadado *modernismo*, es imposible no traer á la memoria las injustas y deslucidas consecuencias que al prestigio del arte español acarreó la obcecación vanidosa de la flamante escuela. A causa de un despótico alarde de Meissonier, pontífice entonces del *modernismo* francés, hermosos cuadros españoles de eminente valía fueron con desdeñosa frialdad juzgados en la última Exposición Universal de París. Su tacha principal consistía en que eran lienzos de gran tamaño, históricos ó religiosos, y contenían demasiados reyes católicos, frailes y guerreros de los antiguos tiempos. ¡Singular criterio, que no aplican por cierto ni áun los más intransigentes *modernistas* de la nación vecina á los cuadros en que asoma alguna gloria del suelo francés!

¿Son por ventura de traza más simpática y de significación histórica más interesante y provechosa que nuestros monarcas, nuestros ilustres capitanes y nuestros sabios religiosos, los sanguinarios corifeos y los feroces energúmenos revolucionarios de la nación vecina, que no pocas veces han sido reproducidos en obras de artistas franceses?

No habían de desalentarse por ello los cultivadores de las bellas artes en España. No cabe más genuina y fecunda inspiración que la que emana de los sentimientos y de los recuerdos de la patria. Este sello de nacionalidad y de peculiar cultura se advierte en todas las obras de los grandes florecimientos del arte.

¡Bueno fuera que, por ser reyes ó héroes, no pudieran entrar en las composiciones artísticas Alfonso VIII el de las Navas, héroe principal del gran cuadro del Sr. de Méndez, ni el

conquistador San Fernando, ni el Gran Capitán, ni Hernán-Cortes, ni el caballeresco Carlos V; ni tampoco pudieran tener cabida en creaciones pictóricas ó esculturales el gran Jiménez de Cisneros, el sabio Fray Luis de León, ó los insignes auxiliares de la sublime empresa de Colón, Fray Diego de Deza y Fray Juan Pérez, porque vestían el tosco sayal de los frailes!

Con respecto á la perfección técnica hay siempre mucho que aprender en las obras exóticas de cualquier tiempo; pero si se trata de la sincera creación del arte, de la misteriosa intuición de la belleza, no hay que buscarlas en la imitación y en la enseñanza: sólo se encuentran en el fondo del alma, donde el genial espíritu del artista se forma con las influencias é impresiones de la raza, del clima y de la educación. Patente ejemplo hallamos en Murillo. Dió en Madrid mayor ensanche á su estilo con el estudio de los grandes maestros italianos; pero quedó siempre el inimitable pintor de la idealidad mística y de la fantasía religiosa que constituían la esencia moral y fisiológica del pueblo sevillano, cuyo poético influjo fué el principal despertador de su genio.

El *cosmopolitismo*, en el sentido de la fraternidad humana, es un hermoso sentimiento cristiano; pero aplicado al deleite estético, es mera ilusión. Cada raza ve y siente la belleza de diferente modo, y como no puede existir en el mundo unidad antropológica, resulta de ello que ni la creación ideológica, ni las fuentes de emoción fantástica ó moral, ni aún la perfección de las formas externas de los seres humanos pueden ser iguales ni tener carácter absoluto en todas las naciones. En unas produce grima y aversión lo que en otras causa admiración ó embeleso, y esto en dogmas, en costumbres, en artes y en ideas. ¿De qué serviría el famoso *cánon* artístico, de proporción y de armonía, de los escultores y pintores de la Grecia antigua, entre los kalmucos, los etioopes, los tártaros y los lapones?

Jamás romperá el hombre por completo las poderosas raí-

ces que le sujetan al territorio donde vió la luz primera, donde en el dulce regazo de su madre aprendió la amada lengua de la patria. Las naciones de progenie indo-europea nunca verán, á despecho de la ley divina, ni en la raza amarilla del Asia, ni en la cobriza de América, ni en la atezada de Africa, tal unidad de genealogía humana, tal íntima y sincera hermandad entre estas razas y la suya, que las decida á confundirse con ellas y á considerarlas como absolutamente iguales á los pueblos semíticos en jerarquía moral, intelectual y estética.

«Genio y figura hasta la sepultura», dice con relación á los individuos la filosofía instintiva del pueblo. Aplicarse pudiera también esta máxima, sin impropiedad ni violencia, á la personalidad de las naciones.

Ved lo que ocurre en nuestra España. El torrente transformador nos arrastra. Nosotros mismos, como renegando de nuestra raza y de nuestra historia, nos afanamos por *extranjernarnos* en usos, ideas, idioma y costumbres. Y sin embargo, nuestra obra destructora, si bien nos quebranta y desnaturaliza algún tanto, no ha logrado arrancar todavía de nuestros corazones el vigoroso sentimiento de nacionalidad que nos hizo tan grandes en los días venturosos de nuestra preponderancia y de nuestra gloria.

Si en el curso de los siglos futuros Dios dejase de su mano á la gran familia española de ambos mundos, hasta el punto de que se apagase la santa hoguera de su fe, de su honor y de sus épicas tradiciones, ¿qué sería España? Una nación transformada; esto, es, desvirtuada, y para valerme de un símil literario, sería una nación *refundida*; y ya se sabe lo que suelen ser las refundiciones: antipáticas á la sana crítica, porque con pretexto de adaptar las obras á las nuevas ideas, formas y costumbres, no se consigue por lo común, al *modernizarlas*, sino alterar su legítima traza; su espontaneidad, su íntimo sentido, su primitivo encanto.

Por temerarios antojos de falsa estética no han de desmayar los artistas que en España cultivan el arte elevado, ni han

de dejar de inspirarse en las grandezas de nuestro antiguo carácter y en los heroicos hechos de nuestra historia. Pero deben escoger con acierto: deben buscar lo que en los patrios anales es verdaderamente hermoso, consolador é ilustre; deben meditar con más ahinco de lo que en España suele hacerse, la composición de las obras en su parte psicológica y en su disposición material. Conviene, además, apartarse de la tendencia, adoptada en los últimos tiempos por insignes pintores, de traer á la memoria de las gentes escenas sangrientas de contiendas civiles; trasunto antipático de azarosas y amargas pasiones, que deben quedar, para triste enseñanza, en las inexorables páginas de la historia.

Los sofistas del arte dicen que, perdido éste en esferas ideales, en devaneos simbólicos y en nebulosas abstracciones, habían cerrado la puerta los pintores de la religión, de la historia y de la mitología, al retrato de la realidad contemporánea, de las costumbres populares, de la verdad inmediata y visible de la vida humana; y que esto había hecho indispensable una reacción en la estética de las bellas artes. Y la reacción se imponía ¡pretensión irrisoria! para dar mayor libertad, ensanche y atractivo á la escultura y á la pintura.

Ya hemos indicado que el rumbo nuevo que se atrevían á presentar como escuela reformadora nada tenía ni de novedad ni de reforma. Movidos por el impulso anti-espiritualista y vulgar de la época, no se contentaban con ensalzar la superioridad, según ellos, de los cuadros de *género*, con perfectas representaciones plásticas de asuntos de interés prosaico y baladí, sino que condenaban, denigraban y hasta proscribían las pinturas de gran tamaño, y las creaciones sublimes de la gloria histórica, de la idealidad mística y de la libre fantasía. Imaginaban que no debe entrar en el arte lo que no es materialmente terrestre y humano.

¡Pues qué! ¿no son también humanos los peregrinos frutos intelectuales que, en esfera *suprasensible*, produce el genio de los artistas privilegiados, con las facultades supremas que Dios

les concede para gloria y elevación de la especie humana.

Porque son metafísicas, ideales y grandiosamente subjetivas, ¿habría que considerar como errores del arte, la pintura de los *Héroes que se embarcaron con Jason para ir á la conquista del Toisón de oro* (1); la *Destrucción de Troya*, asombrosa composición de Polygnoto, inspirada por Homero (2); la *Disputa del Sacramento* y *El Parnaso*, de Rafael; *La Destrucción de Jerusalem* y *La Torre de Babel*, de Kaulbach; *El ciclo de los Nibelungen*, las ilustraciones de la *Divina Comedia*, los frescos de *Los Héroes* y de *Los Dioses*, de Cornelius (Glyptoteca de Munich) y otras innumerables creaciones, de elevada y poética fantasía?

¡Ni religión, ni historia, ni creación dramática, ni fantástico ó pintoresco simbolismo, ni nada de lo que saca al hombre del triste prosaismo de la realidad terrestre y material!

Cerrando así todos los caminos del arte grande y elevado, diríase que intentaban cerrar los veneros de la verdadera inspiración.

Uno de los preceptos más aventurados era el del tamaño de los cuadros, que, para mayor perfección, había de ser pequeño. Risa causó esta caprichosa doctrina al Sr. Méndez, que estaba acabando de pintar un lienzo de doce varas de largo (*La batalla de las Navas*).

Las dimensiones de las pinturas deben acomodarse al asunto, al sitio donde han de estar colocadas, al objeto para que son creadas. Por regla general, las pinturas decorativas no pueden ser pequeñas. En esto, como en todo, la proporción y la armonía dependen del tino y del buen gusto del artista. Y en verdad que en esta parte no quedó ni pudo quedar triunfante en las Exposiciones la imposición arbitraria y materia-

(1) Esta celebrada pintura mitológica era obra del pintor ateniense *Micón*. Estaba en el templo de los Dioscuros. (Pausanias, *Descripción de la Grecia. Ática*, cap. XVIII.)

(2) Pausanias describe detenidamente esta obra. (Fócida, cap. XXV y siguientes.)

lista. Siempre grandes pinturas de los artistas eminentes fueron motivo de admiración y aplauso, porque sólo en ellas cabe el desarrollo de asuntos de excepcional amplitud y grandeza.

Sin acudir á las antiguas pinturas colosales, como el *Juicio final*, de Miguel Angel, el *Juicio final*, de Rubens (Pinacoteca de Munich), la *Escuela de Atenas*, de Rafael, la *Gloria del Paraíso*, del Tintoretto, (Venecia) y otros innumerables, bastará recordar algunos de gran tamaño que en Exposiciones de París han alcanzado premios y despertado en alto grado el entusiasmo público.

MUNKACZY. El techo colosal para el Museo de la Historia; de Viena. Grandiosa alegoría del Renacimiento italiano.

MACKART. *Entrada de Carlos V en Amberes* (Gran medalla de honor, 1878.)

JEAN PAUL LAURENS. Inmensa pintura decorativa destinada al palacio municipal de Tolosa. *Defensa de los tolosanos contra Simón de Monfort*. (Salón de París, 1890.)

ROYBET. *Carlos el Temerario entrando á caballo en la iglesia de Nesles*. Cuadro desmesurado: figuras de tamaño natural. (Salón, 1893.)

MUNKACZY. *Arpad, primer duque de Hungría, recibiendo los homenajes de sus súbditos*. Lienzo asombroso por la composición exuberante, por la belleza, por la inagotable inspiración. Mide 60 metros. Fué pintado para el salón de Sesiones del Parlamento de Hungría. (Salon de los Campos Eliseos, 1893.)

PUBIS DE CHAVANNE. Inmenso *panneau* decorativo destinado al Hôtel de Ville de París. Composición simbólica: el *Invierno*. (Salón, 1892.)

MUNKACZY. *Cristo ante Pilato*. Obra de profundo estudio etnográfico y de extraordinario sentido psicológico; no el que se busca con pedantesco dogmatismo, sino el que natural y virtualmente emana del fiel retrato de las pasiones de raza y de doctrina, de la ira de un populacho desalmado, y de las demás circunstancias especiales que daban tan singular carác-

ter á la vida de Jerusalem en aquellos terribles momentos.

MUNKACZY. *Antes de la huelga*. Cuadro sorprendente por la verdad y el interés. Página admirable de la *realidad* moral de nuestra época. Ese es el realismo artístico que cabe y se aplaude en cualquiera edad, porque en él campean, hermanadas, la fidelidad material y la penetrante emoción de la sensibilidad y del pensamiento.

También merecieron recompensas y fervientes encomios, innumerables cuadros de asuntos místicos, mitológicos, antiguos, simbólicos y fantásticos, que contrastaban con las tendencias del inexorable materialismo de la descaminada escuela. Basta recordar algunos ejemplos:

LHERMITTE. *L'ami des humbles*. Cuadro magistral, inspirado por el sentimiento cristiano.

GERVEX. *Venus y el Amor*. Hermosa pintura mitológica.

PARROT. *Flora y Céfito*. Precioso cuadro alegórico, delicadísimo é ideal.

BURNT JONES, imitador de Mantegna. Asunto místico; pintura arcaica.

LEIGHTON. *La cautividad de Andrómaca*. Cuadro mitológico.

MUNKACZY. *Las santas mujeres al pie de la Cruz*.

MUNKACZY. *La Crucifixión*.

ALMA TADEMA. *El festín de Eliodora*, y los demás cuadros de este insigne pintor, todos de antiguas costumbres romanas y griegas, etc., etc., etc.

El resultado de aquellas varias Exposiciones artísticas demostró palpablemente cuán caprichoso é injusto fue el desdén de Meissonier para con los hermosos lienzos españoles, únicamente porque eran religiosos é históricos y no correspondían á las exiguas medidas y á los asuntos de escaso vigor moral del arte pequeño, que el mismo Meissonier, más que nadie, había acreditado con su peregrina destreza.

Erró indudablemente el gran *modernista* en su infecundo é intolerante espíritu. Reinó la libertad del arte en aquellas Ex-

posiciones, y allí brillaron todas las escuelas, todos los estilos: visiones místicas, inocentes idilios, realidad de modernas costumbres festivas y burlescas, escenas históricas de íntimo y profundo sentido, variedad infinita de asuntos.

Los grandes triunfos, por la fuerza misma de la necesidad y del buen sentido, fueron principalmente para las pinturas históricas del húngaro Munkaczy y de otros artistas excelentes, aunque no tan admirables como él.

No faltaron ciertamente aplausos para los cuadros *de género*, amenos y primorosos, cabal reproducción de escenas frusleras y divertidas de la vida común; pero allí, como en todas partes y en todos tiempos, las más gloriosas palmas del arte fueron tributadas á las obras en que más claro resplandece un pensamiento elevado y se presenta más viva y profunda la impresión de la vida moral.



VI.

De esas manifestaciones del arte en que brilla ante todo la fidelidad perfecta de la imitación material, se paga grandemente, y no sin razón, el vulgo de las gentes; pero las almas poéticas no se satisfacen con la reproducción de las cosas plásticas y de las escenas de prosáico linaje que continuamente se hallan á nuestra vista. Aun reconociendo y admirando el gran valor de la habilidad práctica en las artes, quieren algo más que no se encuentra en la mera reproducción de la verdad tangible; quieren ver con los ojos del alma, al través de lo externo, algo que levante el espíritu á más alto nivel que el de las comunes impresiones; quieren, en una palabra, la *inspiración*; y ¿quién la encuentra con modas y sistemas?

La inspiración es don de esencia misteriosa y divina. Fuera insensato pretender imponerle leyes ó señalarle en forma estrecha y temeraria el sendero de su desarrollo y de su gloria.

Cosa secundaria, aunque importante, fué siempre para el genio lo técnico, lo aprendido. ¿Qué son las perfecciones *científicas*, por decirlo así, tan admiradas en las obras de Leonardo de Vinci, de Rembrandt, de Rafael, de Miguel Angel, de Rúbens, de Murillo y de tantos otros, en comparación de la fascinadora y original grandeza psicológica de sus concepciones ideales?

El idealismo ha sido siempre una necesidad del espíritu humano, y aún en estos tiempos de prosáico materialismo, así lo sienten y lo declaran almas escogidas que Dios pone al abrigo de la fuerza enervante con que el interés y el egoismo apagan la llama del sentimiento estético en las sociedades decadentes.

Un simpático marino que no sigue más escuela que la observación de la naturaleza, ni más impulso doctrinal que el noble instinto de su mente, no ha titubeado en proclamar solemnemente (á despecho de la popularidad del *realismo*, poco amigo de los esplendores de la fantasía), que el *idealismo* es inmortal (1).

(1) Este marino es el celebrado novelista *Pierre Loti* (Julien Viaud). Ha pasado gran parte de su vida en la soledad de los mares, y no se han viciado sus sanas ideas en el contagio literario que ahogaba el buen gusto en París. Al entrar, con no poca sorpresa suya, en la Academia Francesa, se apresuró á declarar paladinamente, sin temores ni afectados miramientos, cuán odioso le parecía el *naturalismo* triunfante. He aquí las vigorosas palabras de Viaud, que constituyen un hecho importante de historia literaria, por haber sido pronunciadas con aplauso ante un Instituto de tanta autoridad como la Academia Francesa (7 de Abril de 1892):

«Le *réalisme* et le *naturalisme* qui en est l'excès, je suis loin de contester leurs droit; mais, comme de grands feux de paille impure qui s'allument, ils ont jeté une épaisse fumée par trop envahissante. La condamnation du *naturalisme* est d'ailleurs en ceci, c'est qu'il prend ses sujets uniquement dans la lie du peuple des grandes villes. N'ayant jamais regardé que cette flaque de boue... ils se trompent outrageusement... Et voilà

En los poetas es todavía más fácil encontrar entusiastas del idealismo. Citaremos uno sólo: Víctor Hugo. Al paso que se presentaba gloriosamente en la palestra literaria, rompiendo con brios de reformador las cadenas, las rutinas y los artificiales atildamientos de la escuela clásica, y dando ejemplo de *realismo* á su manera, no concibe el arte sin idealidad, y sin las grandezas de la religión y de la historia.

Bien claramente lo manifiesta en sus hermosos versos *Al Estatuario David*. Citaré sólo algunos de ellos, aunque la inspiración ideal rebosa en la composición entera:

«La forme au statuaire!—Oui, mais, tu le sais bien,
la forme, ô grand sculpteur, c'est tout et ce n'est rien:
ce n'est rien sans l'esprit; c'est tout avec l'idée.....

.

Il faut, si l'art chrétien anime le sculpteur,
qu'avec le même charme elle ait plus de hauteur;
qu'Âme ailée, elle rie et de Satan se joue;
que, Martyre elle chante à côté de la roue;
ou que, Vierge divine, astre du gouffre amer,
son regard soit si doux qu'il apaise la mer.

.

Les grands hommes, héros ou penseurs,—demi-dieux!—
tour-à-tour sur le peuple ont passé radieux,
les uns armés d'un glaive et les autres d'un livre:
ceux-ci montrant du doigt la route qu'il faut suivre:

.

Ce roi, juste et profond, pour l'aider en chemin,
a pris la liberté franchement par la main;
ces tribuns ont forgé des freins aux républiques;

pourquoi le *naturalisme*, tel qu'on l'entend aujourd'hui, est destiné à passer, quand la curiosité malsaine qui le soutient se sera lassée.

»L' *idéal*, au contraire, est éternel. Il ne peut qu' être voilé, ou bien sommeiller momentanément,—et déjà, sur la fin de notre siècle, il est certain qu'il reparaît, avec le mysticisme son frère: ils se réveillent ensemble, ces deux berceurs très doux de nos âmes... On recommence à plus nettement les voir, derrière ce nuage du *réalisme* qui s'est levé sur eux, des bas-fonds effroyables.»

E. M.—Septiembre 1896.

4

ce prêtre fondateur d'hospices angéliques,
 sous son toit, que réchauffe une haleine de Dieu,
 a pris l'enfant sans mère et le vieillard sans feu.....

.
 Le sculpteur ébloui contemple ces figures!—
 il songe à la patrie, aux tombeaux solennels,
 aux cités à remplir d'exemples éternels.»

.
 Así vibra el arte en el alma de los grandes poetas, así anteponen á la imitación servil de la materia el mágico poder con que saben expresar los grandes artistas los encumbrados vuelos de la mente y las nobles emociones del corazón.

Si asaltan á los insignes artistas de espíritu creador las ideas puras y grandiosas de la piedad, del heroísmo, del patrio fuego, del amor sublime, de cuanto aparta al hombre de las miserias de la vida, ¿habrán de cerrar los ojos ante aquel cielo de luz y de ilusión, donde resplandece la hermosura ideal? ¿Habrán de bajar desde las altas esferas donde se recrea y vigoriza su mente, á la región prosaica de lo vulgar y de lo positivo, sólo porque una evolución doctrinal, sin fundamento filosófico, desdeña los más nobles impulsos de la fantasía, y únicamente admite lo trivial y lo externo como gloriosa aspiración del arte? (1)

No calumniemos á las gentes que no han cultivado su sentido estético, y *miran* las obras de arte sin *ver* su oculto he-

(1) El alto sentido de las pinturas siempre se ha considerado esencial en el arte magno. Estas palabras pone un curioso libro en boca de un extranjero que visitaba la pinacotheca de Scaurus:

«Si les peintres célèbres que vous venez de me nommer, n'ont produit que des imitations serviles de la nature, comme cette vieille qui boit dans un verre..... je les tiens pour des hommes qui, par la faiblesse de leur génie, ont trahi la dignité de leur art. La peinture, ainsi que la poésie doit parler à l'âme; sa destination est de transmettre à la postérité le souvenir des grandes actions, les traits de personnages célèbres, etc.

(*Le Palais de Scaurus, ou Description d'une maison romaine.*)

chizo, sin sentir el embeleso de sus perfecciones ideales en épocas en que la frivolidad, el positivismo ó la política embotan la sensibilidad artística; pero en las grandes épocas del arte, el pueblo (la nación entera) era quien promovía el arranque creador, quien fomentaba la emulación, quien encendía la llama del entusiasmo en el corazón del artista.

Aquellos pueblos no habían aprendido doctrina estética, pero instintivamente la sentían, la adoraban, y sin sospecharlo, imperiosamente la imponían.

Cuando el desarrollo del arte es inmenso, el impulso que le da vida no puede ser individual, y es crítica pobre y menesterosa censurar las tendencias artísticas de una civilización determinada: ya la profusión ostentosa de los asirios y de los judíos, ya la rigidez hierática de los egipcios, ya el antropomorfismo heróico y religioso de los griegos, ó ya el espíritu místico del arte italiano y español en los siglos XVI y XVII. Las tendencias morales de cada nación y de cada época son las que despiertan, encaminan y galardonan la inspiración de los grandes artistas.

Consecuencia del extravío doctrinal, que llega como hemos visto hasta el punto de desdeñar los asuntos históricos ó religiosos de alta inspiración, es considerar como cosa *anticuada* y enfadosa, inadecuada para hacer sentir la vida y la emoción, las creaciones sublimes que en tan distintas edades y naciones han sido objeto de la admiración universal.

Con la intención despectiva y la indiferencia que implica la calificación de *anticuado*, intentan, al parecer, amenguar ó desvirtuar el culto unánime, rendido sin tregua á las creaciones de los artistas inmortales. Polygnoto, Fídias, Praxiteles, Scopas, Miguel Angel, Rafael, Murillo, Rúbens y varios otros de igual poder artístico, son unos infelices desdeñados, que se atrevieron á llegar con su intuición celestial á donde los modernistas no llegarán jamás.

¡Anticuado! ¡Cuán ridícula paradoja! Las obras de arte que tienen visiblemente estampado el sello humano con fidelidad

y nobleza, no envejecen jamás. Por más que, á causa de circunstancias accidentales, pertenezcan á una civilización ó á una época determinada, como hayan entrado en las leyes universales de la belleza esencial y verdadera, bien pueden desafiar la trastornadora carrera de los siglos. ¿Qué persona culta ha de hallarse tan exhausta de sensibilidad estética, que, al contemplar las peregrinas obras del arte griego (nacidas en una atmósfera moral y religiosa tan diferente de la nuestra), no se sienta arrebatada de admiración, poseída de inefable embeleso, ante aquellos frutos sublimes de una inspiración sobrehumana?

Pueden cambiar las caprichosas tendencias del gusto, pueden abrirse al arte nuevos rumbos con nuevas ideas, instituciones y costumbres; pero su esencia metafísica, hija de las ideas puras é inmutables de la belleza primordial, emanación del cielo, no puede ser alterada, y menos todavía suprimida por sistemáticos antojos doctrinales de las épocas de decadencia.

¡Anticuados el Júpiter de Olimpia, la Minerva y los frisos del Paternón, los mármoles de Egina, etc.! ¡Qué desvarío!

El arte de aquellos hombres que á nivel tan alto levantaban la inspiración, no era sólo el arte contemporáneo: era el arte de la humanidad.

No cabe ofuscación en materia tan luminosa y elevada. Las leyes fundamentales de la belleza son de origen divino, y no menos universales y constantes que las leyes de la moral.

Si el arte ha de ser conmovedor, sublime, cabal expresión de las facultades creadoras del hombre, es indispensable que abarque al hombre entero, y no se contente con el mero retrato de lo material y de lo objetivo, cuya acción no va mucho más allá de los sentidos.

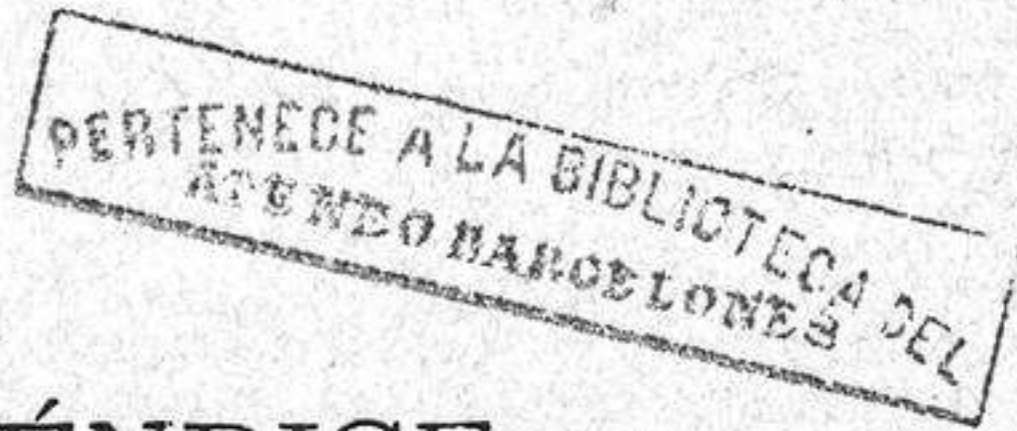
El arte de trascendental y fascinadora belleza, es patrimonio del genio, y el genio no envejece jamás. Las obras maravillosas de los siglos de oro, por su hechizo perenne y verdadero, vivirán admiradas mientras haya civilización en el mun-

do. Siempre será *moderno* lo que lleva impreso el sello de la naturaleza y de la humanidad.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

De las ideas estéticas que aquí he expuesto (con desaliño y rapidez, pues ya me falta aliento para estudios de mayor detenimiento y meditación) participaba en un todo mi digno amigo el académico D. José de Méndez, á cuya gloria consagro las presentes páginas. No debo terminar sin rendir á su memoria el homenaje que merece; y me complazco en declarar que jamás he conocido varón de alma más recta y delicada, y que resplandecían en él, de un modo excepcional, prendas que valen aún más que la aptitud artística: la nobleza del carácter, y la pureza de los sentimientos morales.

VALMAR.



APÉNDICE.

Debo á la bondad del Sr. D. Francisco de Asís Méndez, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Madrid, las siguientes interesantes noticias de la vida y obras artísticas de su ilustre padre.

Datos para la biografía del Sr. D. José de Méndez y Andrés, fallecido el día 9 de Noviembre de 1891.

Nació en Madrid el 30 de Septiembre de 1818. Desde muy niño empezó á estudiar el dibujo, asistiendo á la Academia de San Fernando, teniendo por profesor á D. Vicente López, Ribera y Ferrant.

Era tal su afición, que pasaba muchas noches sin dormir

más que dos ó tres horas, dedicando las demás á copiar á pluma estampas. Muchas de estas copias se conservan aún en sus carteras.

Cuando ya sabía componer, para ejercitarse más, tenía costumbre de echar sobre un papel cinco bolitas de papel, y donde caían hacía otros tantos puntos, colocando en ellos los cinco extremos de una figura, y variando después sucesivamente el sitio de la cabeza, los pies y manos; de suerte que unos puntos le servían para hacer cinco figuras con distintos escorzos. De estas figuras se conservan algunas.

En 1851 fué á París, donde trató á Paul Delaroche, dibujando y pintando bajo su dirección.

En 1852 fué nombrado pintor de cámara, y empezó á pintar, por encargo del rey D. Francisco, el cuadro de la *Batalla de las Navas de Tolosa*, que mide diez metros de largo, por cuatro de alto. Este cuadro, que por su composición y estudio llama la atención de cuantos le ven, ha quedado sin terminar. Lo dejó en suspenso durante treinta y ocho años, y cuando ya al fin de su vida se dedicó á concluirlo, le sorprendió la muerte.

En 1855, el Gobierno le propuso enviar, por cuenta del Estado, á la Exposición Universal de Bellas-Artes de París, los cartones de la mencionada batalla. El Sr. de Méndez no accedió por temor de que los cartones se extraviasen.

En 1858 fué comisionado por carta autógrafa del rey don Francisco para copiar la imagen del Pilar de Zaragoza.

En 1862 próximamente le fué encargado el decorado de la capilla del Real palacio de Madrid, habiendo dejado concluído el cuadro del *Triunfo del Arcángel San Miguel* (ocho metros de alto por tres cincuenta de ancho) para el altar mayor, y dibujadas las composiciones y hechos los cartones de los demás lienzos, llamando la atención la pureza del dibujo y la disposición de las figuras en estrechos límites. No llegó á colocarse el primer cuadro, ni se concluyeron los demás por haber ocurrido la revolución de 1868, en cuyo año estaba trabajando en esta obra.

Formó parte del jurado en las Exposiciones de Bellas Artes de los años 1864 y 1867.

En 1886 fué elegido individuo de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Escribió su discurso de entrada, para cuya contestación fué designado el Académico de número Sr. Marqués de Valmar. La inesperada muerte del insigne Académico electo impidió que se realizara el acto solemne de su recepción en aquel ilustre instituto.

OBRAS DE D. JOSÉ DE MÉNDEZ.

Dejó terminadas las siguientes obras, entre otras muchas que no recuerdo:

Capilla del Sr. D. Jaime Girona.—Calle de Fuencarral, número 117.

Cuadro de ánimas.—Iglesia de San Luis, de Madrid.

Cuadro de ánimas.—(Composición distinta de la anterior.)
Iglesia parroquial de Valdepeñas.

Cuadro de ánimas (distinto).—Salamanca.

Cuadro de varios Santos.—Convento de Sor Patrocinio, en Guadalajara.

Cuadro de la Cena.—Palacio del Sr. D. Francisco Maroto, Madrid.

Sagrados Corazones de Jesús y María.—Capilla del Santísimo Cristo de la Salud.—Plaza de Antón Martín, Madrid.

Sagrados Corazones (distinto del anterior) para la iglesia de San Isidro.

Una Virgen del Pilar.—Para el Real Palacio.

La Sagrada Eucaristía.—Palacio Arzobispal de Toledo.

Un techo y oratorio.—Excmo. Sr. Conde de Cerrajería, calle Quintana, Madrid.

Techo y tapices.—Señora viuda de Gallo, calle del Arenal, Madrid.

Techos y tapices.—Sr. Céspedes, calle de Atocha, números 57 y 59, Madrid.

Techo de iglesia.—Convento de las Reparadoras, Paseo del Obelisco, Madrid.

Retablo de la iglesia de San Jerónimo formado de composiciones distintas. En el Prado, Madrid.

Una imagen de San Ligorio.—Capilla Real de Madrid.

Una Purísima Concepción, para el templo de San Jerónimo.

RETRATOS.

Del Emmo. Sr. Cardenal Moreno.—Palacio Arzobispal de Toledo.

Del Sr. D. Demetrio Goyri.—Calle de la Colegiata, Madrid.

De la familia del médico Sr. D. Alfonso Pellico.

De la Excma. Sra. D.^a Josefa Page.

Del Ilmo. Sr. Lluch, Obispo de Salamanca.

Del Excmo. Sr. San Román.

Del Sr. D. Miguel Gallo.

De la venerable Madre Agreda.

De Sor Patrocinio.

De los Sres. Marqueses de Arenzana.

Además, otros muchos, cuyos nombres no recuerdo.

Entre los muchísimos dibujos que existen en sus carteras hay más de novecientas composiciones distintas, y más de dos mil quinientos estudios y dibujos.

Pueden verse en la calle del Marqués de Urquijo, núm. 16.

FRANCISCO DE ASÍS MÉNDEZ.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

(CONTINUACIÓN.)

Sucesos de la Rápita.—Paz.—Corrida de toros.—Judíos.—La circuncisión.—Campamento marroquí.—Mis amigos los moros.—Númidas antiguos y modernos.—Anécdotas.—En pago de tus servicios te arrimo este puntapié.

EL hijo mayor del infante D. Carlos, pretendiente á la corona de España, se tituló conde de Montemolín, y en su cronología fantástica se llamó Carlos VI. En lugar de ayudar á sus partidarios en la guerra de Cataluña de 1847 á 49, llegó á la frontera española con el ridículo nombre de alférez Lirio, avisó á la policía francesa, y lo arrestaron. No acabaron aquí sus hazañas: convino con Napoleón III en cederle la izquierda del Ebro si le ayudaba á apoderarse de la corona de España, reconociendo sus fuerzas como beligerantes después que tomase una plaza fuerte. Crimen de lesa nación, hallándonos en guerra con Marruecos. Los carlistas ganaron á Jaime Ortega, capitán general de las islas Baleares; éste las abandonó, desembarcó en la Rápita con tres batallones, los cuales al comprender que los engañaban, vitorearon á Isabel II. A los hijos de D. Carlos los cogieron dentro de una tartana, renunciaron á sus derechos al trono, protestaron en el extranjero al verse libres, y murieron á poco de sarampión.—Unos caballeros.—A Ortega lo fusilaron.

La noticia de sucesos tan antipatrióticos llegó al Campamento de Tetuán el 3 de Abril de 1860. Recordé que hablando

del referido general en 1846 con un hermano de mi madre, antiguo oficial de la guerra de la Independencia, dijo con la exaltación que en los aragoneses produce siempre la memoria de la conducta infame y vil que observó Napoleón I con España en 1808: «Ortega no puede ser bueno. Es hijo de su padre; éste servía con el tuyo en granaderos de Palafox, lo comisionaron entre el primero y segundo sitio de Zaragoza para que fuese á Madrid á comprar vestuario para los oficiales de dicho cuerpo, al volver encontró la ciudad cercada y se quedó con el odiado enemigo. Después se arrepintió, pero la mancha era indeleble.» Hallándose la nación en guerra con el extranjero, ni á Montemolín ni á Ortega ni á cuantos en la conspiración los ayudaron, que se cree eran muchos y muy favorecidos por la reina, perdonará jamás la historia. Todos debieron sufrir el castigo que la antigua y sabia ordenanza militar señalaba á los parricidas.

En 20 de Abril entraron en Tetuán los plenipotenciarios marroquíes. Uno era el siervo del emperador, representante y confidente, el abogado Sid-Mohamet-el-Jetif, y el otro el Caid de la caballería Sid-el-Hadch-Asinad-Chabli-Psem-Abd-el-Melek. Este último, alto, joven, de fisonomía agradable, conocido porque varias veces se había presentado como parlamentario, y el primero, ya célebre siendo ministro en Tánger de relaciones exteriores del Sultán de Marruecos; anciano venerable, de cutis sonrosado, barba blanca, envuelto siempre en un jaique de finísima lana. Montaba una hermosa mula, perfectamente enjaezada, con adornos de seda verde.

Precedían á los embajadores cinco moros á caballo, con espingardas, vistiendo todos caftán de diversos colores; marchaban con su característica seriedad, seguían detrás ocho negros con túnicas blancas, conduciendo otros tantos caballos que el emperador regalaba á O'Donnell y á los principales generales, varias acémilas cargadas, cubiertas con alfombras, en seguida algunos moros y una sección de lanceros de Farnesio.

Las negociaciones comenzaron al siguiente día, con el ge-

neral García, jefe de E. M. G., y un individuo del cuerpo diplomático.

Los calores aumentaron el cólera, muriendo en Tetuán el virtuoso padre Sabaté, prefecto de nuestras misiones en Africa; el que dijo la primera misa en la expresada ciudad.

En el llano que se extiende desde el puente de Buceja al valle del Fondak, se hallaba situada el 25 de Abril una magnífica tienda blanca, adornada con florones de paño azul. Detrás formaban media luna más de doscientos jinetes moros, con armas y estandartes; á derecha é izquierda de la entrada de la tienda estaban una porción de magnates del imperio; dentro de ella se veían sentados, conferenciando por última vez, á Muley-el-Abbas y O'Donnell, mientras tocaban dos músicas del ejército. La escolta de los cristianos, en batalla, daba la espalda á Tetuán.

Los enemigos se mezclaron, como harían en igual caso nuestros ascendientes; y para que en todo se pareciesen, los antiguos y modernos, un moro de Tánger, que montaba un hermoso caballo atigrado, corrió con el capitán de caballería marqués de Valmediano, saliendo éste vencedor, con gran satisfacción de los españoles.

El contraste de los flotantes trajes africanos con nuestros desairados uniformes europeos no podía ser más notable; el todo constituía un cuadro interesante, pintoresco, original, magnífico. Siempre lo tengo presente.

A poco llegó el sherif de Wassan, descendiente de Fatima-Zora, hija del profeta ó del tío de éste Alí-Psen-Taleb, al cual, como á todos los de su prosapia, recomienda el Korán sean respetados por los creyentes, y más si son virtuosos. Dicho personaje, uno de los más notables de Marruecos, era de estatura mediana, fisonomía simpática, color moreno, ojos grandes y negros, sus maneras graves y finas. Prim le dió la mano y dispuso le proporcionaran una silla de tijera. Su traje se diferenciaba completamente de los demás, á excepción del gorro ó fez. Usaba calzón y chaqueta á lo argelino, de paño

azul celeste, con adornos de seda negra, botas altas de charol, y gabán azul turquí á la europea. Le acompañaban dos pajes ó ayudantes, con trajes de igual corte, bordados de oro, armados de revólver, que sujetaban á la cintura con correa de charol, en cuyas chapas se veían las armas de Inglaterra. Los dos tendrían unos dieciocho años, blancos, hablaban perfectamente el español. El sherif se cansó de esperar á que acabara la conferencia, preguntó la hora á sus pajes, que ambos usaban relojes iguales, y el descendiente de Fatima montó en una buena jaca con silla de terciopelo, bordada de oro, y seguido de sus elegantes criados, se marchó por el camino de Tánger; muchos moros, ricos y pobres, le besaron respetuosamente el hombro.

Los moravitos ó sacerdotes observan con el mayor rigor la ley de Mahoma, la intepretan, la explican, enseñan el Korán á los que después llegan á Tolvas ó letrados, los cuales intervienen en matrimonios y divorcios, sirviendo de maestros de escuela ó escribientes del Cadí ó juez; aquellos son considerados como santos, elevándoles, á los que llegan á adquirir más fama, monumentos que generalmente son edificios pequeños y cuadrados.

En prueba de que la nobleza religiosa se hereda, un armero moro de Tetuán, de alegre y bella fisonomía, señalándome á un joven de aspecto pobre y cara triste, me dijo con ademanes de mucho respeto y admiración levantando los ojos al cielo: «Este es santo, santo; hijo de santo grande, grande.»

Se firmó el tratado definitivo de paz entre España y Marruecos en Tetuán el 26 de Abril de 1860 de la Era Cristiana, que corresponde á cuatro del mes de Chual del año de 1266 de la Egira.

El 29 de Abril formaron los ingenieros con tablas en la plaza de España un circo taurino. Los oficiales se colocaron, para presenciar la función, de espaldas á la Iglesia, la tropa á la derecha de dicho edificio, los moros á la izquierda, y los judíos al frente en los terrados de su barrio.

Se lidiaron tres toros de muerte por los soldados disfrazados de toreros con los corpiños de las hebreas. Los picadores montaban en camellos; causaba risa ver correr á escape tan desgarrados y pacíficos animales cuando los becerros les pasaban por debajo arañándoles la barriga con los cuernos. Un guardia civil, gitano de pura raza, fué el que más se lució.

A pesar de las escenas originales, ridículas y grotescas que hubo durante la lidia y la corrida de vacas que después se verificó, capaces de excitar la hilaridad á un muerto, los moros las miraron impasibles, sin dar muestras de curiosidad ni de alegría, formando gran contraste con los gritos, animación y algazara de los cristianos. Como los berberiscos estaban sentados con las piernas cruzadas y llevaban caladas las capuchas de sus parduscas chilabas, parecían maderos puntiagudos clavados en tierra.

El último espectáculo que presencié en Africa era pintoresco en extremo por la diversidad de trajes, formas y colores de la apiñada muchedumbre que ocupaba la gran plaza de Tetuán alumbrada por el esplendente sol de Africa.

Los soldados de infantería, con sus ponchos pardos, formaban una masa oscura sobre la que brillaban los cascos de lanceros y coraceros. Algunos jinetes africanos envueltos en sus blancos jaiques, al atravesar la calle entre la valla y la judería, miraban un instante la función con desprecio y seguían su camino. A los acemileros que en escuálidas mulas llevaban provisiones á los campamentos, era preciso echarlos para que no interrumpieran la comunicación. Fatalidad es que tales escenas no se hayan repetido por causa de los mercaderes políticos civiles y militares. Ellos son los responsables de que España no se haya extendido por el Sur y unido al pedazo que se desprendió por el Oeste.

En un ejército hay de todo; músicos, danzantes, cómicos, toreros, anticuarios y coleccionistas. Conocí uno de éstos durante la corrida. Nos burlamos de la indumentaria tauromáquica y nos reimos de la facha que hacían los picadores mon-

tados en camellos. Pocos días después me dijo mi colega en la puerta de la judería: «Voy á buscar un magnífico candil que he ajustado; como los judíos son como los ropavejeros de España, temo que si han ofrecido más...» «¿Es este?» le interrumpí, enseñando un candil colosal que yo ocultaba con un pañuelo. No quise cedérselo. Por poco me pega. Conforme yo perdía el entusiasmo militar, me entraba el furor por las antigüedades.

La mayoría de los judíos expulsados de España en 1492, se establecieron en las costas del Mediterráneo, y conservan más ó menos corrompido el idioma y las costumbres de sus antepasados.

Los hebreos de Tetuán hablan el árabe con los moros; entre ellos y con los españoles el castellano antiguo, adulterado, por el estilo:

«¡¡Malogrados de mosotros!! Mos han baldonado los moros; dempues todo lo han rompido y robado. ¡¡Viva España!! ¡¡Viva la Reina y la Señora!!»

Para que no los entiendan ni unos ni otros, se valen de la algarabía, mezcla de las dos expresadas lenguas. Al entrar en alguna casa de su barrio, gritaba un sucio chiquillo:

«¡Madre, un cristiano!»

Tan persuadido me hallaba de serlo, que me chocó mucho la primera vez que me lo llamaron.

El rabino Bendaján me enseñó con gran misterio varias monedas romanas, después de hacerme esperar mucho rato figurando que no las encontraba. La principal sabiduría de los sabios consiste en saber vender mejor que los demás. Bendaján era el tipo más perfecto encanecido en el oficio. Me pidió por ellas cien veces su valor, sin desconcertarle la carcajada que dí al escuchar tan exagerado precio, metiéndolas muy de prisa en un canuto de hoja de lata, diciendo le darían doble los ingleses. Al ofrecerle más de lo justo, cuando observó me marchaba, me las vendió, incluso una de Juva II de Mauritania, que reinó 53 años antes de J. C., y que en Roma ahogaron en un albañal.

Bendaján, viejo, seco, de barba larga cana, manchada con el rapé que le caía de su encorvada nariz, de ojos maliciosos, de aspecto bajo y repugnante, llevaba en casa el abrigo negro recogido en el hombro á manera de antigua clámide, y cubría su cabeza con un pañuelo asqueroso atado por debajo de la barba en la forma que lo usan las españolas; horrible tocado que distingue entre los hebreos á los intérpretes de la ley, rabinos ó sacerdotes. La mujer del mencionado judío, joven, gruesa, de color enfermizo y con los pechos al aire, amamantaba á un niño que, como todos sus hijos, padecían tiña. No puede imaginarse cuadro más asqueroso que el de dicha familia. Al manifestar su jefe ser también médico, le pregunté por qué no la curaba, y me contestó encogiéndose de hombros era imposible porque la producía el país. No exagero al pintar sabio tan sucio.

Otro hebreo colosal, Abraham Guajanón, poseía una moneda romana de oro; encareció su mérito, diciendo la estimaba su difunto padre, considerándola como alhaja de familia; me pidió por ella 50 duros, y se quedó frío al decirle no la vendiese por tan poco precio, en atención á que los objetos procedentes de personas queridas no deben enajenarse nunca.

El más instruído de la judería era Samuel Coriat. Hablaba francés, inglés y escribía perfectamente el árabe; en su casa había sofá, sillas y mesas; como todos los de su raza, le dominaba la avaricia; se le juzgó en un consejo de guerra después de dos meses de prisión, acusado de exigir dinero por los pases que extendía como secretario del alcalde moro de Tetuán.

También conocí á Judá Bem Mergué. Al oirme decir su mujer Jándara, de rostro hermoso, en el que se retrataba la bondad, que su hijo, guapo chico de quince años, haría un gallardo soldado de la reina de España, replicó:

«¡Ah, señor! Los judíos no sirven para la guerra; todos, todos gallinas.»

No asistí en Tetuán á ninguna ceremonia de religión mosaica; describiré la que vi en Algeciras, refugio, durante la

guerra, de muchas familias hebreas de Tánger y otros puntos de la costa marroquí.

La pequeña sala baja donde se celebró la ceremonia de la circuncisión, estaba cuajada de judíos y cristianos. Unos por cumplir la prescripción religiosa y otros por curiosidad, asistimos á un espectáculo nunca visto, poco moral y edificante para el pudor de las cristianas.

Colocaron sobre una mesa cubierta con un mantel, cinco velas encendidas, dos botellas de rom, un vaso, una copa y el libro de los Salmos. Encima de la mesa se formó un dosel con fajas de seda y oro de las que usan las hebreas, colgando en la pared un cuadro con la lista de los que componen la hermandad de hebreos de Tánger, cuyo objeto es sufragar los gastos que ocasiona la principal ceremonia de su antiguo rito, que es la circuncisión.

Un judío muy pobre se había convenido con el padre del niño en ser el padrino, recibiendo cinco duros para los gastos; pero exigía que su mujer llevase al incircunciso desde los brazos de la madre hasta los suyos, á lo cual se oponía el padre, deseando lo verificase un pariente inmediato. El sabio ó rabino dió la razón al padrino, multando al contraventor de la ley en cinco duros, amenazándole con la cárcel; el público se impacientaba porque no comenzaba el acto; el calor aumentaba; los hebreos gritaban en una mezcla de árabe y castellano, armando endemoniada y verdadera algarabía; las judías chillaban en un cuarto interior. Hasta que el auditor de guerra del campo de Gibraltar no tomó, como autoridad, parte en el asunto, no pudo restablecerse el orden.

Los judíos entonaron los salmos, avisó el rabino que sacasen al niño; el padre, atropellando á todos, se sentó á la fuerza en el sillón que debía ocupar el padrino durante la circuncisión; se interrumpió el canto; se alborotaron los hebreos; volvieron á chillar las mujeres; el rabino pidió auxilio á la autoridad, protestando del acto; el auditor mandó al comisario de policía que llevase á la cárcel al padre de la criatura, previ-

niendo inútilmente á un cabo de cazadores, que estaba de curioso, auxiliase á la justicia; las voces y confusión aumentaban; levantaron á la fuerza del sillón al que contravenía á la ley, y en nombre de ésta, á empujones lo echaron de su casa, conduciéndole la policía á la cárcel. Volvió poco á poco la calma; el sabio, después de limpiarse varias veces el sudor de la frente con la mano, recordó que no podía proseguir tan solemne acto sin la presencia del asendereado padre del niño, que pesoso, no quería volver al lugar de donde le habían arrojado.

En el momento que se desocupó el sillón, se sentó el padrino, y su mujer le trajo corriendo el niño sobre una almohada, manifestando los dos el mayor interés en llevar á cabo su propósito; entre judíos tienen por gran acto de caridad, muy meritorio á los ojos de Dios, lo que los cristianos en el sacramento del bautismo hacen las más de las veces por compromiso. Tales incidentes interesaban y divertían por lo originales, sufriendo con paciencia el baño ruso que tomamos al presenciarnos.

Por fin el pobre padre cedió; el padrino, que llevaba sobre la frente en un bolsito los mandamientos escritos en pergamino, arregló bien al niño en la almohada, el rabino le descubrió el bajo vientre, y mientras los hebreos rezaban y las hebreas daban alaridos, cogió el prepucio del niño, estiró la piel contra una chapita de plata, en la que se leían caracteres hebraicos, y se lo cortó con una grosera navaja de afeitar. Los hebreos permanecían impasibles, los semblantes de los cristianos manifestaban lástima al oír los lloros del niño, que se trocó en repugnancia, cuando el rabino, después de rociar con rom la herida de la que manaba abundante sangre, la chupó varias veces al circuncidado, echando desde la boca en un vaso rom y sangre, asquerosa mezcla con la que se lavó los ojos: bendijo una copa de vino, lo probó, derramó unas gotas con el dedo en los labios del niño, apurando el resto con ansia el padrino, los judíos y judías. Estas olían ramitos de arrayán.

La ceremonia terminó con una larga súplica que el sabio, con los ojos cerrados, dirigió á Dios en muy mal español, rogando al Rey de los reyes, al Santo de los santos, y al Señor de los señores, protegiese, ensalzase, hermosease y alegrase á la reina, al Gobierno, á su familia, al ejército y armada, á las autoridades, médicos, boticarios y vecinos de Algeciras, por su caridad, amabilidad, y porque les ponen buena cara á los pobres hebreos; cada vez que se repetía la súplica, contestaban todos: «Amén, amén.» Los infelices agradecían que los mirasen, acostumbrados á ser siempre despreciados, especialmente por los moros. Cuando éstos hablan de ellos, escupen al suelo.

El desgraciado padre pidió perdón al rabino llorando; recibió con alegría la gracia de conducir á su hijo desde los brazos del padrino á los de su mujer.

A los judíos en Marruecos no les permiten usar gorro encarnado, ni babuchas amarillas; al pasar por delante de las mezquitas les obligan á descalzarse. Durante la ocupación de Tetuán por los españoles, sus hijos y los de los moros jugaban y corrían en la plaza de España; unidos siempre, atacaban á los muchachos de los hebreos, haciéndoles retirar á su barrio, aún cuando éstos fueran en mayor número. La servidumbre los convierte en cobardes y bajos, vengándose de sus opresores con la astucia y el engaño. La raza dista mucho de ser bella, aunque las judías, con sus hermosos ojos, rostro bondadoso, pálido, negro cabello antes de casarse, después lo llevan siempre oculto, son muy agradables. A nosotros nos parecían mejor, porque no veíamos ni moras ni cristianas.

En los últimos días de Marzo, según las bases del armisticio, los moros de rey ocupaban la derecha del Guad-el-Jelú desde el puente Buceja hasta el mar; pusieron destacamentos en los vados y colocaron un campamento en el centro de la línea compuesto de unos 500 marroquíes al mando de un bajá, responsable de impedir á los kábilas que robasen y asesinasen como lo ejecutaron varias veces durante la guerra.

Supongo que á ningún oficial se le ocurriría antes que á mí

excitado por la curiosidad, visitar dicho campamento. Salí de Tetuán por la puerta Bab-el-Okla (de la Reina,) tomé la calzada á trozos empedrada que por entre huertos cercados de altos vallados conducía al expresado punto distante media legua de la ciudad. Expuesto era recibir un balazó sin poder adivinar dónde se ocultaba el que lo disparase. Encontré cuatro moros segando hierba, uno de ellos mulato, alto y fornido, que por la chaqueta encarnada con vivos verdes que llevaba debajo de la chilaba, conocí pertenecía al ejército imperial. Un caballo color flor de romero estaba trabado, levantó la cabeza y relinchó al ver el mío y el del ordenanza que me acompañaba. Los moros no se dignaron imitarlo, ni mirarnos. Me acerqué á un kábila y señalando al cuadrúpedo dije: «Bueno, bueno.» Contestándome: «Aut muchacho» (caballo joven.) Los otros tres continuaron su tarea como si no hubiera cristianos en el mundo.

Llegué á la orilla del río, pregunté á la guardia marroquí si podía pasar, sirviéndome un judío de intérprete, porque deseaba ver á un jefe moro con quien había hablado al día siguiente que se concluyó la guerra junto al puente de Buceja. No se me ocurrió otro pretexto; era buscar á un estudiante vestido de negro en Salamanca.

Me permitieron vadear el río, previniéndome lo verificara solo; lo ejecuté siguiendo al mulato de la chaqueta encarnada que llegó con una carga de hierba, el cual se levantó la chilaba para no mojarla, que con la chaqueta y babuchas componían todo su uniforme, como se vió al inclinarse á beber en mitad de la corriente, imitando á la mula, su compañera. Oí que me gritaban: «Guadalquivir» (río grande). Mojándome las piernas atravesé con exposición al otro lado donde estaba gravemente sentado en el suelo el Comandante de la guardia, junto á una tienda pequeña y á un pabellón formado por seis fusiles ingleses con cajas pintadas de encarnado. Era oficial, pues llevaba jaique y albornoz de paño azul. Los soldados dormirían al raso.

Un morito muy listo me condujo por entre huertos al campamento, compuesto de tiendas de diferentes formas y chozas construídas con ramaje. Echados ó sentados habría unos 200 moros de rey y kábilas, teniendo éstos siempre sus espingardas entre las piernas, dirigiéndome algunos miradas amenazadoras; la mayor parte no salieron de su natural indiferencia. Sólo entre aquellos salvajes de variadas y sucias vestimentas, atezados rostros y feas cataduras, temí que me costara cara mi curiosidad; de buena gana me hubiera vuelto atrás; sonriendo, disimulé el miedo; la procesión iba por dentro; reflexioné que si tuvieran intención de cortarme la cabeza, no habrían impedido pasar el río á mi ordenanza. A Mahoma sería más grato el presente de dos que de una.

El guía por señas dijo me apease junto á una tienda de mejor aspecto que las demás, detrás de la cual se hallaban seis caballos trabados. Encontré en ella al joven moro del puente de Buceja, que me reconoció enseguida, me dió la mano y me hizo sentar á su lado, presentándome á su anciano padre Sid-Hadch-Hamet, Bajá del campamento.

El suelo de la tienda, era cónica, se dividía en dos partes iguales; la opuesta á la entrada medio palmo más alta que la otra estaba cubierta de alfombras, y colchonetas forradas de seda. En medio se sentaba el Bajá, á la derecha su hijo, y á la izquierda su segundo Sid-Abdalá, árabe de agradable presencia, y cosa rara entre ellos, hablador y preguntón; encargado del dinero para socorrer la tropa, lo entregaba á un morazo colosal de aspecto feroz: había otros dos, oficiales también sentados; parecían estatuas de bronce por su inmovilidad y color. El Bajá hizo venir á un soldado muy joven natural de Tánger, que hablaba perfectamente el español; nos sirvió de intérprete.

Les gustó mucho mi sable, admirándose de la brillantez de la hoja; de debajo de las colchonetas sacaron los suyos y las espingardas que eran de lujo.

Al querer saber cómo me llamaba, entendí me pregunta-

ban de dónde era, y contesté de Aragón; como una de las familias principales de Tetuán tiene este apellido, me creyeron pariente de ella, se alegraron y hasta se empeñaron en ver en mi cara semejanza con un joven de la referida estirpe, añadiendo que era también rubio. Desde entonces los moros, incluso los de la expresada ciudad á los que comunicaron la noticia, me llamaban *Arágon* cargando el acento en la segunda sílaba; muchos decían señalándome: «Arágon, Arágon.» En Tetuán me paró en la calle un moro venerable vestido de blanco, que llevaba el rosario á la cintura y en lugar de cruz un peine que le servía para arreglar su canosa y enorme barba. Dijo se llamaba Aragón como yo, y que éramos primos. Nos dimos la mano y no le vi más. El pariente, aunque infiel, me hizo menos daño que otros más próximos, y según ellos muy católicos.

Los mahometanos celebraban el Ramadán (cuaresma) y ayunaban. No pudiendo obsequiarme con café ó thé, se empeñaron en regalarme una gallina y siete huevos; me resistí, mas tuve que aceptarlos. La tienda, los trajes, la fisonomía de los árabes y su noble hospitalidad, me hacían pensar en los tiempos bíblicos. Los soldados moros, al entrar en la tienda, se dejaban las babuchas en la puerta y saludaban llevando la mano derecha á la cabeza, besándose el dedo índice.

Quise marcharme y Sid-Abdalá me dijo: «Poco á poco» (que me esperase). Mandó poner la silla á su caballo y me acompañó hasta cerca de Tetuán. Ya me había olvidado de la gallina y los huevos, cuando al despedirme de mi nuevo amigo, un moro que le acompañaba sacó de la capucha de su sucia chilaba el regalo, que yo di á mi ordenanza, quedándome reflexionando si á pesar de tener por poco civilizados á nuestros tradicionales enemigos, son ó no mejores que nosotros. Dudo que un oficial francés en la guerra de la Independencia, hallándose en mi caso, hubiera vuelto sano y salvo á su campamento.

Para toda especie de ventas y compras necesitan los moros un documento en el que conste la firma de la autoridad. Los es-

cribanos se sientan en el suelo junto á la puerta del Alcalde; sobre la rodilla extienden el contrato en un pedazo de papel, escribiendo de derecha á izquierda, sirviéndose de un pequeño tintero largo, cilíndrico, de latón y de una cañita para pluma. En la cesta donde llevan el papel recogen los blanquillos (monedas) que les dan por su trabajo, meten en la faja el tintero, y trasladan su oficina á otro punto. Menos ladrones, no tienen necesidad de los inmensos registros que llevan sus colegas europeos; más religiosos, tienen mejor fama. La imprenta es desconocida en Marruecos. Por los preciosos manuscritos con arabescos de oro y adornos del mejor gusto encontrados en Tetuán, se conoce que hay iluminadores de mucha habilidad.

El canto monótono de unos muchachos me hizo entrar en una casa. Una docena de ellos, sentados sobre las piernas, cantaban á coro lo que habían escrito sobre tablillas apaisadas barnizadas de blanco que les servían de pizarra, borrando después con saliva las letras. Al verme los niños musulmanes cesaron de cantar; al maestro (tolva) que dormía sobre una tarima le despertó el silencio, se incorporó, me miró atentamente como preguntándome el objeto de mi visita, se volvió á acostar, contemplé la escena, dos moritos que conocía se sonrieron y salí á la calle.

Mahoma nació en la Meka; huérfano, pobre, con talento, redactó el Korán, mezcla de las religiones cristiana y judía, presentándose como profeta enviado de Dios.

El Islamismo prescribe la contemplación, la caridad, el amor al prójimo, la pureza del cuerpo, rezar cinco veces al día, ayunar en el Ramadán, visitar la kaba ó sepulcro de Mahoma en la Meca, creer en un sólo Dios y santificar el viernes, día que el profeta huyó á Medina, el 21 de Julio de 622 de J. C.- En él comienza su era ó egira (fuga). El Korán prohíbe las imágenes, beber vinos y licores y comer animales inmundos; les promete las delicias del paraíso y las huríes siempre vírgenes.

Los moros de Tetuán muy religiosos, pasaban las cuentas de su rosario diciendo entre dientes: «Mohamed-Alá»

(Dios y Mahoma). El ayuno lo observan no comiendo desde el amanecer al ponerse el sol. En su mayoría descendientes de los expulsados de España, conservan los apellidos de García, Jiménez, Salas, Vargas, etc.; se dividen en moros andaluces, castellanos y aragoneses; se consideran nobles comparándose con los originarios de Berbería. Indolentes, sobrios, siempre sentados en las calles, orgullosos, indiferentes á todo, jamás levantaban la vista cuando desfilaban escuadrones de coraceros ó batallones de cazadores, moviéndose sólo para evitar les atropellasen. Simpaticé con muchos vecinos de la ciudad morisca, pasé buenos ratos con ellos enterándome de sus costumbres, muchos hablaban el castellano, y creo que si perteneciera á España dicha población, me habrían nombrado diputado á Cortes. Varias veces en el Zoco (mercado) situado á la derecha de Guad-el-Jelú, se acercaron diciéndome al oído: «Hascar Sultán» (soldado de rey), «Montañero» (kábila) *Mucho, mucho ladrones: Aragón, ten cuenta, kábila mucho robador*. Al Zoco iba con frecuencia; en él se juntaban cristianos civiles y militares, judíos, soldados moros, rifeños, árabes y berberiscos. El referido mercado se hallaba entre el río Martín y el campamento marroquí. Al bajá que lo mandaba cuando lo visité por primera vez lo relevó Sid-Alí, negro, de nariz afilada, facciones regulares, noble ademán y franca fisonomía. Vestía con elegancia, siempre de blanco; llevaba una preciosa gumía con adornos de plata y tenía un hermoso caballo del mismo color que el ginete; me convidó á comer, colocaron sobre la alfombra que cubría el suelo de su tienda un pequeño taburete de madera redondo, pintado de verde, encarnado y oro; en él pusieron una gran sopera de china llena de alcuzcúz (seku) condimentado con manteca de vaca, cebolla y pedacitos de carne. El alcuzcuz es una sémola de trigo, de granos muy gruesos, que se sirve como el arroz á la valenciana.

Sid-Alí, como todos los moros, no usaba cubiertos, comía el alcuzcuz á puñados. Observó que no me determinaba á meter la mano en la sopera, dió un grito, vino su asistente y me

trajo una cuchara de metal blanco. Me gustó la comida nacional de Marruecos y los ojaldres que con miel nos sirvieron para postre; en lugar de vino ó agua, bebimos leche agria en un cantarillo de barro. La poesía de la vida patriarcal me hizo olvidar que por el brebaje y el ser curioso me exponía al cólera, en aquellos días muy desarrollado. Por la frugalidad del banquete de un Bajá ó General, se comprenderá la sobriedad de los soldados.

El segundo de Sid-Alí era el Caid-Galifá, natural de Marrasch (Marruecos) blanco, que no hablaba el castellano ni necesitaba intérprete; con la expresión de su mímica me dió á entender perfectamente se había hallado en toda la campaña, que le mató su caballo una bala de cañón, que no temían á nuestra caballería, que eran inútiles las lanzas, y se burlaba cómicamente de los kábilas como nosotros lo hacemos de la milicia nacional, los cuales al oír tocar ataque á los cornetas cristianos se quitaban las babuchas muy deprisa, ejecutándolo él imitándolos poniéndolas debajo del brazo, bajaban la cabeza y corrían por las montañas sin que el viento pudiera alcanzarlos.

También me hice amigo de un oficial negro, arrogante, soberbio, que llevaba turbante encarnado, túnica corta de lana blanca, jaique terciado luciendo sus desnudos brazos y piernas de color de ébano. Me pidió guantes como los que yo usaba, los cuales le gustaban mucho, y al día siguiente le di unos de cabritilla color de caña; se los puso tan contento como chico con zapatos nuevos; los iba enseñando á todo el mundo y se empeñó en regalarme un gran pedazo de carne de vaca que compró á un renegado valenciano. Rehusé el obsequio, se enfadó, sus ojos echaban chispas y no cedió hasta que le dije:—Los oficiales de la reina de España (áskar qui vir sultana hispania) no pueden llevar carne en la mano. Los renegados españoles no se distinguen de los moros berberiscos. La raza es igual.

Yo era muy popular entre los moros de la ciudad y del cam-

pamento; me hacían probar el café, y las moras que vendían higos secos en el Zoco, sentadas en el suelo, embozadas en sus jaiques, mirando por los agujeros de un lienzo asemejándose á postes de piedra berroqueña, querían las enseñase la fotografía de mi familia, exclamando al verla: *Mujera, muchachos*.

En Tetuán algunas viejas, también tapadas, pedían limosna.

Saltando terrados me llevó un capitán de cazadores de Tarifa á contemplar como cosa rara las caras de dos mujeres, madre é hija. Hablamos con ellas á muy larga distancia.

El joven alférez del mismo batallón, Gorostiza, herido gravemente en la batalla de Wad-Ras, enamoró á la niña y bajó varias veces á la galería donde las moras estaban.

Mi compañero las dijo que el mencionado oficial había muerto en Málaga. Al oirlo exclamó la chica cubriéndose la cara con las manos.

—¡Pobre, pobre muchacho!

En prueba de lo ocultas que tienen los moros á sus mujeres, nos contó el Alcalde de Tetuán que hacía 30 años se había casado su hermano y no conocía á su cuñada, viviendo en la casa inmediata á la suya. Al manifestarle que era demasiada exageración, añadió: «Así se evita pecar con el pensamiento.» ¡Hilan delgado los sectarios de Mahoma!

Les admiraba que yo conociese por la cara los que eran beberes, árabes, ó de Sus; oían que á la espingarda la llamaba amcojela, al frasco de pólvora duaya, al sable sequin, y exclamaban muy contentos: «Sab la arabia.» Ni siquiera sabía yo la algarabía. Observé que jugaban á las cartas con naipes españoles, dándoles los mismos nombres que nosotros á los palos, con pronunciación castellana muy pura, única civilización que entre ellos hemos introducido por medio de los presidiarios escapados de Melilla y Ceuta.

Es un adelanto para cuando España se extienda como debe, si ha de ser grande y poderosa, por el imperio Marroquí.

Me propusieron varias veces los moros sirviera al Sultán,

me harían bajá y les enseñaría el arte militar. Al manifestarles que los que reniegan de su patria y religión son siempre despreciados, abrían los ojos, colocaban la mano sobre el pecho y repetían: *Arágon, bueno, bueno*. No son, incluso los de las provincias del Sur, semisalvajes, tan malos como creemos los españoles.

En el campamento moro pregunté á un árabe por señas si me proporcionaría una espingarda; contestó mímicamente que al otro día. Para manifestar la hora señaló con el índice al Oriente, trazó el curso del sol, describió un arco en el cielo y lo terminó expresando que se hallaría en el sitio de la cita cuando el astro luminoso llegase al punto que marcó con el dedo. Fué puntual á la cita sin necesidad de reloj.

Cuenta Salustio: «Los romanos engañados con el incierto modo de pelear de los Númidas, recibían de lejos las heridas sin poder herir al enemigo ni llegar á las manos. Cuando cargaban á la caballería de Yugurta, ésta no se juntaba en cuerpo, dividiéndose en muchas partes, y como era superior en número, cuando cesaban de seguirla, cerraban con ellos por los lados y espaldas, y mejor si era escabroso el terreno, porque los caballos de los númidas enseñados á esto, pasaban fácilmente por las matas, mientras quedaban embarazados los romanos con la aspereza y poca noticia del lugar. Corrían esparcidos los africanos. Se retiraban, seguían el alcance, peleaban y resistían mezcladas las armas, caballos y hombres enemigos y romanos; no se hacía caso por consejo ni orden, pues gobernaba todo la fortuna.»

Lo mismo que refiere dicho historiador sobre el modo de pelear de los númidas con los romanos, lo verificaba la caballería marroquí con la nuestra en la guerra de Africa. Nunca esperaban el choque. Montada en caballos más ligeros, sin otro equipo que la silla ni más peso que el jinete, volvían caras, marchaban delante evitando el alcance de las lanzas y sables, siendo inmensamente mayor en número, dejaban las alas que las rebasasen nuestros escuadrones, y cuando éstos recibían la

orden de rehacerse, eran atacados por los flancos sufriendo el fuego que les hacían con las espingardas, mientras los que habiendo huído delante los acuchillaban por detrás. El mismo historiador dice que los romanos hacían pocos prisioneros, y que los númeridos se valían más de los pies que de las manos. Contados fueron los moros que los españoles cogieron en toda la campaña.

La infantería morisca sin organización ni instrucción, sólo servía para el combate individual, en el que dió muestras de gran valor y arrojo. Un oficial moro al decirme que nosotros durante la guerra habíamos tenido más pérdidas que ellos, le repliqué: «Cierto, y os hemos vencido siempre.» Se exaltó el marroquí y añadió con viveza: *Verdad, verdad, nosotros no sabemos atacar en montón como los gusanos, y vosotros sí.* Al mismo tiempo, muy deprisa, juntaba varias veces los dedos de la mano. Por instinto comprendía que á las masas disciplinadas marchando en orden ó en columna, como él quería dar á entender al unir los dedos, no pueden resistir las que no lo están.

En todas las acciones los moros se batían en desorden y atacaban en forma de cuña yendo delante el más valiente. Después que se firmó la paz, nunca los vi ejercitarse en maniobras militares, y sólo en el Ramadán los kábilas tiraron al blanco. Presencié la aplicación de un castigo á un moro de rey que volvía de Tetuán completamente borracho. Le colocaron tendido en el suelo boca abajo, abierto de brazos y piernas, y sujetándolo cuatro soldados fuertemente por los pies y las manos, le pegó un oficial con las bridas de su caballo cincuenta azotes. A los gritos del paciente, sus compañeros contestaban con carcajadas, echándole pullas por haber faltado al precepto del Korán, que prohíbe no sólo la embriaguez sino las bebidas que la producen.

El resultado de la campaña fué glorioso; además de los terrenos que nos cedieron al frente de nuestras plazas de la costa de Africa, infundimos respeto al Gobierno marroquí y á sus vasallos; dimos á conocer al mundo que no han degenerado

nuestros soldados ni carecemos de elementos para hacer la guerra fuera de la Península. Esto compensa la sangre vertida en los campos africanos; el vencido indemnizó los gastos.

El ejército español, desde la guerra de la Independencia, no podía enorgullecerse con sus triunfos conseguidos en discordias civiles; el que pudiera ostentar en su pecho la medalla de Africa sería envidiado de los demás; no siempre había tenido la desgracia de batirse con los hijos de su misma patria.

El ejército de Africa se componía de 45.000 infantes, 1.600 caballos y 135 cañones.

Al comenzar la campaña de Africa, preguntaron á un soldado en Cádiz: «¿Está muy malo el sultán de Marruecos?» «El día que salí de Ceuta le dieron el viático», contestó.

Un capitán andaluz decía: «En el Serrallo maté un moro con el revólver, en el boquete de Anghera á un kábila de una estocada, y á un centinela marroquí le tiramos un oficial y yo; ignoro si también lo maté.» «Cuenta usted dos muertos y medio, le interrumpí. Me encargaron la venta de un caballo, lo llevé desde Algeciras á Gibraltar, quisieron comprarlo unos hebreos, lo montaron cien veces, me preguntaron el precio, pedí 80 duros, hablaron en secreto unos con otros, me ofrecieron ocho, salté sobre el jaco, los llamé canallas, y exclamé exaltado: ¡Judíos habíais de ser! y sin hacer caso de los gritos que daban, salí á escape de la maldita plaza.

Un soldado aragonés decía: «Cuando entremos en la corte del rey moro, he de robar hasta el copón.»

Preguntó una vieja á un cabo andaluz después de la guerra de Africa: «¿Cuál ha sido el mayor trabajo que habéis tenido?» «Enterrar los moros que matábamos», respondió.

Recomendaron á un médico un soldado herido en la batalla de Wad-Ras, fué al hospital, olvidó el nombre, y al oír que uno exclamaba impaciente: «¡Rediós, á mí no me curan!» le preguntó: «¿Eres de Ainzón?» «Y no me *pena*», contestó el aragonés.

Un oficial durante la guerra de Africa supo habían robado

y asesinado á su padre. No tenía madre, y desde entonces no quiso recibir más cartas, pensando: «Mis parientes me dirán que ha muerto alguno, me pedirán dinero ó me darán disgustos.» Tenía razón.

El valor se tiene según las circunstancias. Al comenzar la guerra de Africa, á un oficial le entró un miedo cerval. Pidió la licencia absoluta, volvió á la Península, su novia le despreció, su familia lo echó de casa, y avergonzado, solicitó lo destinasen de soldado al ejército. En el resto de la campaña se portó muy bien, y le devolvieron el empleo.

A un teniente duelista, que no daba en una acción pruebas de energía, durante la guerra de Marruecos, le dijo su jefe: «Señor oficial, aquí se conocen los valientes.» Ofendido, se pasó á los moros, se arrepintió, y manifestó á éstos que lo considerasen prisionero. Regresó á España, no lo admitieron en el ejército, los muchachos se burlaban de él, y murió loco.

Era grande el entusiasmo que había durante la guerra de Africa. En Algeciras los chicos repetían los mandamientos siguientes:

- 1.º Amar mucho á España, y no armar cizaña.
- 2.º Jurar meter mano á Muley Abbas y á su hermano.
- 3.º Santificar las fiestas, persiguiendo á los moros por llanos y cuevas.
- 4.º Honrar á la española gente, siendo noble y valiente.
- 5.º Matar moros mil, con sable ó fusil.
- 6.º No fastidiar, dejando al moro escapar.
- 7.º Robar al moro de Mequinez el tesoro.
- 8.º Mentiras no echar, como la *Crónica de Gibraltar*.
- 9.º Desear las moritas, si son muy bonitas.
- 10.º Codiciar los bienes ajenos, si son agarenos.

Estos diez mandamientos se encierran en dos. Matar muchos moros, y que rabie Drumond (ministro inglés en Tánger).

Escribí en 1860 lo que observé en Marruecos: pensaba dedicarlo á uno que creía amigo, se enteró mi mujer, y me dijo: «Te ciega el cariño; serás recompensado con el desprecio; rom-

pe esos papeles.» Lo verifiqué. Quince años después que enviudé me convencí de que tenía razón.

En el campamento de Tetuán, hablando de los ideales de nuestra patria, dije: «Si no se repiten los motines militares y las asquerosas guerras civiles, si hay gobierno, antes de diez años se buscará otro pretexto para que el ejército venga á Marruecos.» «¡Qué desatino!» exclamó interrumpiéndome un jefe de los que no toleran les ocurra una idea á los de inferior categoría. Otro de más graduación, que encargaba al primero la facultad de pensar, añadió irónicamente: «Entonces vendrá usted solo». «Soy el único de los presentes que sale de aquí como entró, y es probable no vuelva», repuse incomodado. Ya sabía que, á pesar de las promesas, seguiría de capitán. No hay mal que por bien no venga. Los dos expresados compañeros de glorias y fatigas son responsables de que muchos años después diese yo trabajo á los impresores. Redacté nuevamente lo que ahora publico sobre la guerra de Africa, se empeñó en leerlo la esposa de uno de los anteriores colegas, ya general, y éste, al escuchar me elogiaban cuando él y otros de su ralea habían tratado de rebajarme, dijo en tono sentencioso: «Adelantó usted mucho en escribir». Tenía yo más de cincuenta años, me sonreí, y por llevar la contraria, como buen aragonés, me metí á *literatero*. También en mi pueblo contribuyeron á que yo fuera *escribidor* varios envidiosos de raza semítica. Miserias de la humanidad.

Nunca he olvidado la prueba de afecto que me dió el rico armador D. Miguel Martorell. En cuanto supo me habían destinado al ejército de Africa, me remitió la siguiente orden: «A los capitanes de los vapores *Tharsis*, *Pelayo* y *Vifredo* recomiendo á mi amigo D..., capitán del batallón cazadores de Tarifa.—Barcelona 24 de Febrero de 1860.»

El general que ofreció ascenderme no quiso, no pudo, ó era menor su influencia que la del que me honró echándome de su regimiento. Sé positivamente que éste me recomendó al que en la guerra de Marruecos llamaban el Arco Iris, porque siem-

pre aparecía cuando se acababan las batallas, para que yo no fuese comandante.

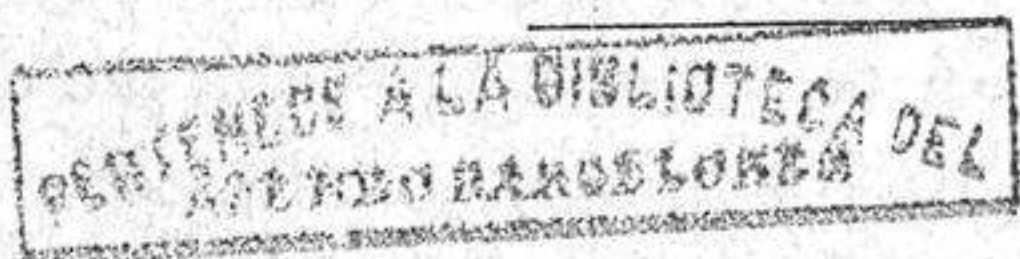
Durante la campaña fueron pródigos en dar empleos, sobre todo á los de E. M. y ayudantes de campo. Me propusieron por Wad-Rás para dar el grado de T. C., sin antigüedad. Nada. Tenía el de comandante desde 1854. No hay voluntad fuerte que pueda luchar con la mala ventura. Me preguntaron al disolverse el ejército á qué regimiento deseaba me destinaran de capitán. «A situación de reemplazo», contesté.

El 2 de Mayo, fecha notable en la historia de España, me embarqué en Tetuán, y mientras las tropas eran recibidas justa y merecidamente en todas las poblaciones á su regreso á la península con frenética alegría, abrumándolas con coronas y obsequios, yo llegué el mismo día á Algeciras, donde se encontraba mi familia, desengañado, desilusionado, perdido completamente el gran entusiasmo que tenía por la milicia; no la abandoné, por las circunstancias en que entonces me encontraba.

Los brazos de mi mujer y los besos de mis hijos me consolaron.

UN SOLDADO VIEJO.

LAS GENERACIONES POLÍTICAS.



TODAS las transformaciones que se indican en el artículo *La evolución de los partidos políticos en España* (1), comprenden un período histórico de desenvolvimiento, en cuyo período influyen varias generaciones.

La generación política ha sido estudiada más de una vez, y en ocasiones con tendencias positivas.

En el orden natural, la generación política no puede ser considerada como entidad aparte, sino como un aspecto de la misma generación que, colectivamente estudiada, tendría que apreciarse en otra infinidad de manifestaciones, constituyendo cada manifestación un estudio aislado.

Lo que ocurre es que ninguno de los aspectos de una generación es tan general como el aspecto político, y lo es, no solamente porque en la política interviene, de una manera mediata ó inmediata, toda ó casi toda la colectividad, sino porque es resultado de muy variadas influencias de la vida colectiva de cada generación y porque trasciende á muchos pormenores de esa vida.

Sin detenernos en otro género de análisis, que no constituye propiamente la especialidad del estudio que intentamos acometer, admitiremos, para entrar en la investigación de

(1) Véase *La España Moderna* del mes de Junio último.

las generaciones políticas españolas durante este siglo, dos principios ya formulados.

El primer principio manifiesta que toda generación política se distingue por iniciar y desenvolver en una de sus fases, y casi nunca totalmente, una tendencia que de ordinario corresponde á la evolución de tendencias anteriores.

El segundo principio indica, con bastante probabilidad, que la vida de cada generación política debe estimarse en treinta años.

Retrayéndonos ahora al estudio de las generaciones políticas españolas durante este siglo, aparece una dificultad considerable para la determinación del comienzo de la primera de esas generaciones, obligándonos á un estudio de precedentes é influencias políticas en el siglo XVIII que, sobre no constituir nuestro objeto, nos obligaría á un estudio retrospectivo, separándonos del objeto inmediato que nos guía.

Para obviar ese inconveniente, elegiremos el punto de partida más determinado por una manifestación que singularice de un modo esencial nuestro modo de ser político y que involucre todas las tendencias de los movimientos políticos posteriores. Esa manifestación es, incuestionablemente, la Constitución de las Cortes de Cádiz.

Todo el carácter de las generaciones políticas del siglo XIX en nuestro país, se condensa en el movimiento constitucional que plantea la Constitución de 1812 y que termina la Constitución de 1876, con las leyes complementarias establecidas posteriormente y cimentadas en 1890 con la ley del sufragio universal.

La Constitución de 1812 puede ser considerada como fecha de nacimiento de una generación política que inicia una tendencia, correspondiente á la evolución de tendencias anteriores, legándola como programa político á las generaciones venideras.

De este modo, admitiendo que cada generación política dura treinta años, nos resultaría una división, que luego ve-

remos si es caprichosa ó si corresponde á la realidad de los hechos, que reparte el ciclo constitucional en las generaciones políticas siguientes:

1.^a De 1812 á 1842.

2.^a De 1842 á 1872.

3.^a De 1872 á 1902.

Un estudio superficial de las tres generaciones conduciría á suponer que entre ellas no había caracteres esencialmente distintivos, pudiendo ser consideradas como generaciones naturales en que influye una misma tendencia política.

Considerando las tres generaciones políticas como un todo, no habría inconveniente en admitir el hecho, pero en ese todo se observarían determinadas gradaciones en la evolución de la tendencia influyente, y el estudio de esas gradaciones nos conduciría á establecer límites que, en suma, tenderían á determinar las influencias parciales de cada generación, dentro del desarrollo de la influencia colectiva.

Por ejemplo, en la primera generación, los elementos que luchan entre sí, representativos de lo *arcaico* político y de lo *moderno*, son los «constitucionales» y los «absolutistas,» predominando estos últimos en el desempeño del poder.

En la segunda generación, los elementos que luchan entre sí—descartado el elemento absolutista, que lucha como tendencia independiente—son los «progresistas» y los «moderados,» predominando también estos últimos en el desempeño del poder.

En la tercera generación, los elementos que luchan entre sí son los «liberales»—comprendida toda la serie liberal, desde los antiguos progresistas á los modernos demócratas—y los «conservadores,» no pudiendo señalarse ningún predominio en el desempeño del poder.

Bajo otro aspecto, si se estudia cada generación como obra natural, en cuyo desarrollo podemos admitir los preceptos clásicos de las obras escénicas, resultará que en la primera gene-

ración la exposición es *constitucional*, el nudo *absolutista*, y el desenlace incierto entre *progresista* y *moderado*. En la segunda, la exposición es *democrática*—declaraciones republicanas en las primeras Cortes de la regencia de Uzal, Mendez Vigo y Olavarría—el nudo *moderado* y el desenlace *republicano*. En la tercera, la exposición es *restauradora*, el nudo *democrático*, y el desenlace aún está por conocer.

En este esbozo, cada generación, por más que esté ligada á su antecedente, se manifiesta con rasgos peculiares que indican el esfuerzo parcial que cada una realiza en la obra que las tres generaciones cumplen.

Se distinguen por caracteres esenciales, y para precisarlos admitiremos que en el carácter de cada generación hay dos elementos: uno fundamental y otro adventicio. El elemento fundamental nos lo representaremos por el modo de ser histórico de nuestro carácter político, hasta que se manifiestan las influencias revolucionarias; y el elemento adventicio lo referiremos á las influencias revolucionarias con las primeras ideas de reforma constitucional.

En la teoría de Sergi, para la explicación del carácter de cada individuo, el elemento fundamental lo representa el esfuerzo acumulador de sucesivas generaciones que en cada período de formación del carácter ha constituido por acúmulo un estrato. Hay estrato que personifica la vida de la tribu, y hay estrato que personifica la vida de la familia. Formado el estrato superior, asume en sí casi toda la vida del individuo, y el inferior queda con su constitución orgánica adquirida, pero no funciona, y los estímulos de la vida no le afectan. De este modo resultará representativamente, que bajo el carácter de un hombre civilizado duerme el salvaje que fué, salvaje que puede despertar si un proceso degenerativo destruye los estratos más modernos, y pone en función el estrato más remoto. Así se demuestra que en la vida lo más inferior es lo más consistente, como en las construcciones materiales lo más consistente es el cimiento.

Probablemente, los historiadores que tengan sentido de biólogos, descubrirán en el carácter político nacional tres estratificaciones: representativa la una de nuestro modo de ser durante la edad media; la otra, de nuestras transformaciones durante la monarquía absoluta, y la tercera durante la monarquía constitucional.

Este último estrato simboliza todo el proceso de acumulación de un elemento adventicio, que empieza á formarse en el siglo XVIII, y que en la actualidad, con parecer definitivamente organizado, no ofrece la necesaria consistencia para afirmar que ya no pueda disgregarse. De este modo podemos decir que la formación de ese elemento político adventicio es lo que constituye el esfuerzo de las tres generaciones políticas que nos ocupan, esfuerzo que se conoce en dos manifestaciones concurrentes, siendo la primera la acentuación cada vez más especificada de ese elemento nuevo, y siendo la segunda la relegación, cada vez más creciente, del elemento antiguo ó fundamental.

Enumerando los sucesos culminantes de cada generación se demuestra una y otra ley.

La generación política de 1822-1842 empieza con una radical transformación de la monarquía absoluta y termina con una regencia genuinamente popular. La de 1842-1872 empieza con las declaraciones republicanas á que antes aludimos, y termina con la instauración de la república, después de haber derrocado y renovado el trono. La de 1872 en adelante realiza una doble obra restauradora, singularizándose por la restauración democrática que cierra el círculo que podría llamarse de 1812-1890.

A este incremento de los principios revolucionarios, hasta conseguir enseñorearse definitivamente en las leyes, corresponde una relegación acentuada de los que en el siglo pasado eran principios esenciales de la constitución política española. Lo demuestra el modo de reacción del elemento fundamental á cada incremento del elemento adventicio. En la primera ge-

neración, reacciona en sentido absolutista, y ese es el término medio del gobierno en los primeros treinta años. En la segunda, reacciona en sentido moderado, y ese es también el término medio del gobierno. En la tercera, reacciona en sentido conservador, y ya este sentido constituye nada más que un término concurrente.

De aquí dos series en los partidos políticos derivados de una ú otra tendencia, siendo decreciente la serie arcaica, que progresivamente se moderniza, y demostrando su incremento la serie liberal, que también progresivamente alcanza el logro de sus fines iniciales. El absolutista decrece en moderado y el moderado en conservador, con el apelativo liberal. El constitucional se acentúa en progresista y el progresista en demócrata. Aquellos, defienden gradualmente sus posiciones hasta transigir, siendo, desde el Estatuto hasta la Constitución de 1876, todas sus reformas constitucionales cada vez más transigentes, hasta transigir con las leyes democráticas. Estos, no decrecen de su abolengo constitucional, mostrándose tan resueltos como en 1812, en 1836, en 1869 y hasta en 1890. Así consiguen que el elemento adventicio se sobreponga al elemento fundamental, llegando á la formación del nuevo estrato que suplanta en gran parte la vida de su estrato inferior.

No obstante, la lentitud de este trabajo de fusión, que constituye las luchas de casi tres generaciones completas, indica una de dos cosas: ó que el empuje de la fuerza adventicia fué inicialmente tan pequeño que necesitó acrecentarse en el transcurso de tres generaciones, ó que la energía *misoneica* de la fuerza fundamental era poderosísima.

Las dos hipótesis son exactas. Cuando se estudie el carácter esencial de las revoluciones españolas, se advertirá que les falta el radicalismo que distingue á las revoluciones de otros pueblos de que hemos sido imitadores. En ninguna ocasión hemos llegado ni al radicalismo de la revolución inglesa, ni mucho menos al de la francesa. El revolucionario español ha llevado siempre dentro de sí y sin darse cuenta, una especie de

freno histórico que lo contuvo en los momentos en que sin trabas le era permitido dar expansión á sus más vehementes aspiraciones. Apenas si entre todos nuestros revolucionarios puede señalarse uno que ataque las raíces de lo que se propuso extirpar. A veces, creyendo destruir, poda y garantiza un retoño más lozano. La lealtad monárquica no ha sido entre nosotros una locución puramente palaciega. Dígalo la conducta de los constitucionales de 1820-1823 con Fernando VII, y dígalo la permanencia del mismo sentimiento monárquico, que hubiera podido sobrenadar en la misma revolución de 1868, y que quedó todavía á flote para poder ser un poco más tarde restaurado.

Si se descubre esta endeblez de la energía revolucionaria, se descubre á la vez é inversamente que la energía reaccionaria no adolece de ese género de tibieza. Comparadas las revoluciones y las reacciones en la política española, las segundas han sido casi siempre mucho más radicales que las primeras. En ninguna de las dos épocas constitucionales de la primera generación hay figuras que se puedan equiparar á lo que en las reacciones absolutistas representan Calomarde y el Conde de España. En cuanto á dictaduras, compárese la dicta dura liberal de San Miguel con la dictadura moderada de Narvaez.

De aquí un hecho que explicará seguramente la lentitud en el desarrollo de nuestra reforma constitucional, y que explicará también otra cosa más saliente, y es, que no obstante todo lo transcurrido, al final de la tercera generación subsisten, con las atenuaciones propias de los tiempos, las mismas, absolutamente las mismas representaciones políticas que inician la primera, sin haberse quebrantado fundamentalmente los factores que han intervenido en la lucha.

La coincidencia política de liberales y conservadores, hijos ambos del tronco constitucional, aunque con diferentes parentelas en los enlaces con partidos afines, viene á representar algo semejante á la intimidad entre progresistas y moderados, cuando se establece esta distinción en 1814 entre los

antiguos y los nuevos doceanistas, y á la fusión, también entre progresistas y moderados, cuando triunfa en 1843 el movimiento que derribó á Espartero y se forma el ministerio Olózaga. Es una coincidencia cíclica y más completa que en ninguna ocasión, pero que tiene el precedente de otras muchas coincidencias semejantes, demostrándose que las afinidades se realizan, aunque fuerzas contrarias lo estorben, en el transcurso de los tiempos.

Pero esta afinidad no es única. En el orden evolutivo se procede con suma lentitud y las manifestaciones nuevas aparecen ligadas con su antecedente inmediato y á veces no son más que un aspecto de ese antecedente. Mil ejemplos lo demuestran en el orden puramente natural, y más de un ejemplo puede demostrarlo en el orden puramente político.

En la serie constitucional de los partidos españoles, el elemento fundamental absolutista de nuestro carácter no desaparece por completo, sino que se ingiere y se transmuta en el partido más afin. De este modo el partido moderado fué expresión de una parte de las tendencias del partido absolutista, como más tarde lo ha sido, lo es y puede serlo el partido conservador, que, por su misma naturaleza conservadora, se distingue por una doble afinidad: la que lo liga con los partidos arcaicos, y la que lo liga con los partidos modernos.

Esta afinidad parece en cierto modo equilibrada para mantenerse establemente entre las dos tendencias, pero no es así. Por de pronto, hay desequilibrio de energía entre la consistencia del elemento fundamental y la endeblez del elemento adventicio; y de aquí que no sólo sean los partidos moderados expresión de parte de las tendencias de los partidos absolutistas, sino que los partidos liberales, aparentemente intransigentes, resultan partícipes en esa representación. Estudiando lo verdaderamente orgánico de la constitución nacional, que no está precisamente en las conquistas legislativas, la restauración de las tendencias del elemento tradicional es enorme,

mientras que la creación de tendencias correspondientes al elemento adventicio es casi insignificante.

De otro lado, ese elemento tradicional se mantiene constituido como fuerza política, dispuesto siempre á resurgir en cuanto se altere la compensación que hace innecesaria su intervención violenta. Es un factor tan poderoso, que vencido siempre, nunca ha sido verdaderamente derrotado. Del fondo de cada generación política ha salido armado de todas armas, y ha arrojado el guante de desafío. Lo han conocido las tres generaciones de ese modo, y lo puede conocer la venidera, si á la que está para morir, y en parte ha muerto, no le sucede una que con conciencia exacta del medio político, encauce el verdadero progreso, creando una fuerza mucho más poderosa y mucho más fundamental que la que ha alimentado las discordias civiles que distinguen este verdadero período plutónico de las tres generaciones políticas que representan nuestro esfuerzo constitucional.

¿Y qué es lo que representa en conjunto cada una de esas tres generaciones? Podría decirse que las tres edades evolutivas de un proceso político: la adolescencia, la juventud y la virilidad. Para demostrarlo sería indispensable un estudio minucioso de las manifestaciones de cada generación, que no cabe en las líneas generales de este somero apunte. Baste decir, como carácter distintivo, que según los progresos de nuestra edad política, se van manifestando los fenómenos de compensación de que hemos hablado en otro artículo, que fusionan las tendencias encontradas, determinando la creación de caracteres compuestos que atenúan progresivamente la violencia de las revoluciones y las reacciones, hasta conseguir establecer un carácter que, dentro del símil que nos guía, representa la incorporación del elemento adventicio al elemento fundamental, ó de otro modo, la formación del nuevo estrato de nuestra política.

Pero ni el proceso está cumplido enteramente, ni la estratificación reúne los caracteres de solidez de una obra acabada

y permanente. Para que esto ocurra se necesitaría, por lo menos, el esfuerzo de una generación bien penetrada de los fines que la incumben.

La generación actual no puede ni siquiera iniciar esa tendencia, no sólo porque está en lo más pendiente de su descenso, sino porque se educó en tendencias anteriores y se incapacitó para acomodarse á tendencias nuevas. Cada generación nace con una determinada capacidad para los problemas políticos, y con una determinada energía para desenvolverlos; y al agotarse estas energías en la lucha, aunque la generación subsista, sin que la dispute el poder la generación que ha de heredarla, su actividad no es otra cosa que la acción refleja de su vida anterior, acción que se manifiesta con muchos fenómenos de parálisis senil.

Y adviértase que ese agotamiento no es distintivo de los partidos gobernantes, lo es de los partidos opositores, entendiéndose que una generación política la constituyen todos los partidos y todas las tendencias que tienen una misma fecha de nacimiento, y que tendrán, por lo tanto, una misma fecha de defunción. Los fenómenos de parálisis senil lo mismo se observan en los partidos ministeriales, que en los partidos de oposición; en los de tronco arcaico, que en los de tronco moderno; en los que representan lo pasado, lo actual y lo porvenir, porque no son las ideas las que envejecen y mueren, sino sus mantenedores. Las ideas que parecieron viejas, reviven al empuje de generaciones vigorosas, y las ideas jóvenes no consiguen prevalecer cuando las sustentan generaciones decrepitas.

Así ocurre, y ocurre entre nosotros al presente, que se confunden las manifestaciones de la vida nacional con las manifestaciones de una generación política, y cuando ésta se manifiesta decadente, se habla de una decadencia de todo el organismo. No es extraño, porque la solidaridad de la actual generación política, emparentada con las dos generaciones anteriores, hace que todo adolezca del mismo abatimiento, y que en

ninguna parte se descubra un acúmulo de energía que constituya una esperanza. Pero esto no quiere decir que en el organismo nacional ocurra lo propio. En política sucede lo que en el teatro, en las relaciones entre los actores y el público. El público del teatro, como el público de la política, sólo protesta en ciertos períodos de pasión y de lucha, pero ordinariamente procede por retraimiento. Un teatro de que el público se retrae, ó unos comicios á que los electores no concurren, no significa ni puede significar en modo alguno la decadencia del espectador. El público, cuando concurre á un espectáculo, lo apadrina, y en tal caso es colaborador y cómplice de la obra. Cuando se retrae de un espectáculo, no lo alimenta, aunque el espectáculo se mantenga artificialmente. Pedirle al público que se convierta en creador de actores buenos ó de obras meritorias, es pedirle lo que no puede hacer ni jamás ha hecho. No se le puede pedir otra cosa que su colaboración, y para esto es indispensable que el escenario del teatro ó el teatro de la política le presente autores y actores que consigan congregarlo.

Al presente, el público español está enteramente cansado del repertorio político constitucional, de todas sus variantes, géneros, episodios, efectísimos é intrigas. Le ha prestado su concurso mientras la obra representó un interés, acompañando resueltamente á los actores, animándolos, exaltando sus triunfos y fortaleciendo su ánimo en las derrotas. Esto hizo sin interrupción desde 1812 á 1890. Esto es lo que ha dejado de hacer posteriormente, porque el público, en el teatro y en la política, gusta de asistir á los estrenos y á las repeticiones, pero jamás ha velado á ningún agonizante.

Y es tan exacta y tan constante esta tendencia, que por el público se conoce si hay algo que está para morir ó hay algo que está para nacer. De este modo, si la nueva generación política aparece, lo sabrá todo el mundo, aunque nadie se cuide de anunciarlo.

El público entonces dejará su retraimiento y se apiñará en torno de la pila bautismal.

RAFAEL SALILLAS.

LA PRENSA INTERNACIONAL.



EL CELIBATO MODERNO.



EN un periódico, á quien su culto por las mejoras conduce á menudo á las antiguas ideas, leíase últimamente esta reflexión, después de una estadística exacta de nuestro estado civil:

«No puede menos de advertirse que el número de matrimonios disminuye en una proporción alarmante para las buenas costumbres.»

En efecto, tanto han predicado los Sansimonianos lo absurdo de un vínculo sobrehumano, puesto que es eterno; lo han infamado con nombres tan odiosos como los de escuela de la hipocresía, padre del adulterio, perjuro, blasfemia; han gritado tan alto al oído de las mujeres que la naturaleza y la misma sociedad se indignaban al verlas hace tanto tiempo (á pesar de los progresos de la civilización) víctimas de un yugo tiránico, que reducía sus facultades físicas, espirituales, políticas y militares á los viles trabajos caseros; han tronado con tanta elocuencia contra aquella sumisión de ilota conyugal, de que tantos ejemplos se ven, que el pobre matrimonio, acostumbrado á las cuchufletas cándidamente maliciosas de nues-

tros cuentos en verso, á los monótonos chistes de zarzuelilla, á las canciones eróticas de la Regencia, á las burlonas sonrisas de los maridos en agraz, el inocente matrimonio se sintió de pronto anonadado bajo una tromba de acusaciones, la menos criminal de las cuales merecía todos los suplicios copiados por nuestros jóvenes novelistas de los furores de la Edad Media. Sólo las mujeres tuvieron compasión del matrimonio; sea que su alma, naturalmente generosa, no pudiera ver sin horror el desencadenamiento de toda una juventud desenfrenada contra ese honrado viejo; sea que estuviesen más en autos acerca del partido que se podía sacar de él, las esclavas coligáronse con el tirano, y vemos todos los días languidecer muchas de ellas por sus rigores é implorar su despotismo.

No sucede igual con la joven Francia masculina. Con la cabeza muy encalabrinada por la lectura de novelas, memorias y cuentos, etc., en que los maridos no tienen más remedio que matarse para vengarse del amante de sus mujeres, dejándose las en los brazos, nuestros jóvenes célibes van á la representación de las piececitas cómicas, donde hay burlas contra los maridos, de los dramas en que los asesinan; vuelven en seguida á nuestros salones, atraviesan el grupo de maridos que charlan de política, y van á sentarse junto á las mujeres, á quienes el despotismo conyugal no les impide coquetear. Allí se dicen y proyectan muchas cosas; y el menos fatuo, al regresar á su casa, dice para sí, con el corazón henchido de esperanza.

—¿Por qué he de cargar con una mujer legítima, cuando las de mis amigos son para mí tan bondadosas?

Antes de dormirse vuelve á leer algunas páginas de la *Fisiología del matrimonio*; y entre tantas locuras ingeniosas, observaciones alegres y desconsoladoras, detiénese en esta frase seria, y la medita como un sagrado versículo de la Biblia conyugal:

«El sistema de leyes y costumbres que rigen hoy á las mujeres y al matrimonio en Francia, es fruto de antiguas creencias y de tradiciones que ya no están en relación con los eter-

nos principios de razón y de justicia desarrollados por la inmortal revolución de 1789» (1).

Las desconfianzas que habían hecho nacer los tan regocijados capítulos de *La aduana* y *Las ratoneras* trocáronse en resoluciones positivas; tanto es lo que en el espíritu de nuestros jóvenes pedantes puede una frase con pretensiones de moralidad. Este no vaciló ya; y sin miramientos por las ofensivas aplicaciones que pudieran resultar de ahí, desde el día siguiente declaró á su madre que rechazaba el matrimonio que ella se había tomado el trabajo de ajustar para él, y que haría lo mismo con cuantos le propusiera. Insiste la madre. Entonces el hijo le traza con los colores del siglo el triste cuadro de la suerte de los maridos pasados, presentes y futuros. La madre cita excepciones, entre las cuales coloca, como es natural, al padre de su hijo; pero él muy terco, lejos de dejarse convencer por un ejemplo tan palpable, habla de él como de uno de esos milagros que no se repiten. Su madre, desesperanzada de traerle á buen camino, se vuelve á su provincia, á su castillo ó á su barrio, resuelta á no inquietarse más por la suerte de un hijo tan aferrado á su locura.

Por fortuna para el joven acaba de entrar en la mayor edad, y las riquezas que le ha dejado su padre le dan medios de desafiar el mal humor materno.

Sin embargo, su odio contra el matrimonio no se extiende á las mujeres; las ama con todo el ardor y la poesía propios de su edad. En primer término, su gusto por los mcdales distinguidos le induce á dirigirse á una de esas lindas mujeres que adornan nuestros salones; pero esas damas exigen asiduo cortejo, grandes miramientos con las conveniencias, algunas atenciones con su marido y una falta absoluta de celos de sus rivales; y todo esto, junto con múltiples obstáculos, es en extremo fastidioso. Sólo una gran pasión puede comunicar fuerzas para hacer frente á tantas contrariedades aburridas; pero

(1) *Fisiología del Matrimonio*, por M. de Balzac.

¿quién es hoy bastante doctrino para dejarse arrastrar por una gran pasión?

Después de algunas tentativas felices y hastiadoras en la buena sociedad, el joven célibe piensa en elegir una ventura más cómoda y divertida. Los bastidores de un regio coliseo le han suministrado ya varias distracciones agradables; pero como no tiene drama, comedia, baile ni ópera que hacer representar, no se cree obligado á consagrarse á la joven ó vieja primera actriz de cualquier teatro. Hay otra clase de bellezas fáciles, menos célebres por su talento, pero más convenientes á los hombres de mundo, quienes de ordinario tienen más amistad que amor á las artes. Además, todo joven se tiene por un Otelo, y la idea de que su bien, de que su querida haga todas las noches ostentación de sus encantos ante todo un público, le haría echar mano maquinalmente al yatagán que un amigo acaba de remitirle desde Argel.

Por tanto, el célibe se decide por una joven y linda cortesana. Como los padres de la señorita han *venido á menos*, no tiene un cuarto; esto es de cajón. Ante todo hay que alojarla, vestirla, mantenerla y recrearla. Nada tan fácil: se da dinero, se alquila habitación, y bien pronto se la ve pavonearse delante de los grandes espejos de la sala. Solamente que los elegantes cortinajes, los muebles de seda, los marcos dorados de ese salón semigótico forman caprichoso contraste con las frases burlescamente modernas de la nueva locataria.

Los placeres de la vanidad tienen todo el delirio del amor; equívocase en esto sin cesar, y la griseta, ascendida al grado de mujer entretenida, es capaz de todos los transportes de la pasión más verdadera, á pesar del recuerdo del modesto comisionista á quien abandona y al que aún ama.

¿Cómo no creerse adorado viéndose objeto de una gratitud tan delirante?

—He aquí el verdadero vínculo que conviene á la dignidad del hombre y á la ventura de la mujer—exclama el joven célibe:—una cadena de afecciones, de goces sin obligación, sin

deberes, sin ninguna de esas exigencias que constituyen el suplicio de los matrimonios. ¡Viva la esclavitud de que una palabra puede manumitiros! Pero esa palabra no se pronuncia, porque el sentimiento de su libertad basta al hombre para ser feliz en el seno de la más dura servidumbre, desde el momento que la cree voluntaria. Puede resistir un siglo de tormentos, diciéndose á sí propio: «Todo esto acabó en cuanto yo quiera.»

Pero todo eso no se concluye cuando se quiere. Una vez que la griseta salió de su oscuridad, hace tantas carocas bajo su sombrero, adornado de plumas, que atrae las miradas de una multitud de amables ociosos, siempre dispuestos á agradar gratis á las hermosas espléndidamente sostenidas.

El amante propietario se vuelve celoso, y la necesidad de vigilar más de cerca á su coqueta le determina á acercarse aún más á ella, yéndose á vivir á la misma habitación.

Apenas ha tomado este partido cuando comprende sus inconvenientes; ya no dispone de un momento. Si quiere salir, le sigue ella; si coge un libro, dícele ella en su lenguaje que no hay nada tan *cargante* como ver á alguien leyendo al lado de una; si quiere escribir, le rompe sin misericordia los cuadernos, exclamando que de seguro serán borradores de cartas amorosas que dirige á sus grandes damas, y que no aguantará esa traición.

Impacientado por otras mil quisquillas, sin contar con las visitas de los parientes proletarios de su Eugenia, el desventurado joven medita con frecuencia proyectos de viaje para librarse de su *felicidad*. Pero ¿hay medio de abandonar á la mujer que va á haceros padre? Su estado requiere atenciones é indulgencia; y además hay que saber qué son esas emociones paternales, ese orgullo de creador del cual hablan con tanta elocuencia ó énfasis los hombres y los libros; en los mejores sentimientos hay siempre su poquillo de curiosidad.

¡Ya es padre! Y padre voluntario, puesto que nada le obliga á reconocer ese hijo; le da su nombre con todo el poder de

su libre albedrío. ¡Cuánto aumentarán con tanta generosidad el respeto y la ternura de ese hijo, cuando sepa que ningún contrato obligaba á su padre á imponerse por él los deberes y las cargas de la paternidad!

El matrimonio ilegal se entretiene todavía algún tiempo con estas dulces ilusiones. Se pone al niño en ama; y la madre, á quien un mes de reclusión hace más ávida de placeres, exige que la lleven todas las noches al teatro para reparar el tiempo perdido. Allí comienza un pequeño suplicio de amor propio que el célibe no había previsto. Su palco está inmediato al de una mujer distinguida, en cuya casa encontraba el año antes la mejor sociedad. Se inclina para saludarla, pero la manera brusca con que aquella señora se vuelve para evitar ese saludo, le prueba la inconveniencia que ha cometido.

—En efecto—piensa él;—me acuerdo de que esas gazmoñas del gran mundo no permiten á un hombre aparentar conocerlas cuando da el brazo á una... pero Eugenia no es una mujer pública... Es mía, sólo mía; y los maridos de esas damas quizá no puedan decir de ellas otro tanto...

Después de descargar su mal humor con este epigrama mental, el amante de Eugenia se esfuerza en pensar nada más que en ella y en la función que se está representando; pero, á la vez que se exalta contra las preocupaciones, propónese no llevar otra vez á Eugenia á los primeros palcos para evitar la vecindad de los mujeres que la desprecian.

No conducirla más á las primeras localidades de un teatro... ¡Insensato, como si estuviera esto en su poder! Las injurias, los enfados, hasta los lloriqueos, ¿no llegan á demostrarle bien pronto lo imposible de ese propósito? Hacerla renunciar á lucirse con un traje nuevo en el proscenio de un teatro, es un acto bárbaro que ningún marido se atrevería á permitirse.

Después de haber llevado así su querida todo el segundo año de paseo en paseo, de teatro en teatro, el célibe advierte que esta especie de placer no carece de monotonía. Encuentra parecido en casi todas las obras escénicas, que para un actor

bueno hay que aguantar una docena de actores detestables; que los palcos son tan estrechos, los asientos tan duros y las representaciones tan largas, que se queda uno derrengado todas las noches al volver á casa. Y después, ha hecho aprender un poco de ortografía y de geografía á su Eugenia, y el sin número de dramas, melodramas y cuadros históricos que hacen sus delicias de espíritu, la han dado algunas falsas ideas de nuestra historia y de la de Inglaterra; pero toda esa erudición que le suministra observaciones burlescas ó neciamente formales, no la pone en condiciones de seguir una buena conversación, y, á menudo, el entusiasmo de su amante por alguna hermosa escena, se ve interrumpido por cualquiera de estas exclamaciones vulgares:

—¡Calla, mira qué rozagante viene hoy la amiga de Saint-Elme! ¡Lleva puestos, Dios me perdone, un rico encaje de Bruselas y un broche con piedras de colores! Preciso es que Saint-Elme tenga en ensayo alguna pieza de la que espere muchos cuartos... ¡Pero si ni siquiera la miras! Está ahí, enfrente de nosotros, en las primeras filas, junto á un viejo condecorado.

Y aunque le cautive el interés del espectáculo, es preciso que el célibe, so pena de ser acribillado á preguntas, mire el encaje y escuche todas las insinuaciones astutas que han de comprometerle á regalar un encaje parecido.

Regala el encaje y el broche de pedrería. Esto le asegura dos días de buen humor; pero á Saint-Elme se le ocurre dar un carruaje á su querida, y desde ese momento, á la aburrida tranquilidad que disfrutaba el célibe, sucede un infierno tan rico en tormentos como el de las Danaides.

La víctima llama en su socorro á sus amigos y cuenta con la alegría de éstos para romper el dúo abrumador. Pero la griseta, que ve declinar el amor de su esclavo, trata de reconquistarlo convirtiendo en rivales á todos sus amigos. Después de inducirle á batirse con uno de ellos, le hace reñir con todos los demás. Queda dueño del campo, pero ese campo desierto y pedregoso no le parece más que un lugar de destierro.

E. M.—Septiembre 1896.

Quisiera reanudar sus antiguas relaciones, pero el modo como las ha abandonado hace difícil su vuelta. Sin embargo, una mujer de ingenio á quien le da lástima su aire de tedio, le acoge con benevolencia; tiene una hermana encantadora y rica, con quien quisiera que él se casase. El corazón del célibe palpita de gozo, siente doblegarse su altiva filosofía, su feroz independencia. Pero, tranquilizaos: está á cubierto de todo peligro, pues á la primera sospecha que inspira á su Eugenia, ésta le manda cesar en sus visitas á la que denomina su rival...
Primera escena.

Promete él todo cuanto se le exige, y falta á su palabra...
Segunda escena.

Sublévase él, y entonces ella se tira de los pelos, habla de asfixiarse, de inmolar á su venganza la segunda prenda de un amor pérfido... Tercera escena.

Por fin capitula el célibe, y esparce una lluvia de oro para calmar la tormenta.

A favor de esta tregua cree poder seguir en secreto su proyecto de enlace; pero las cartas anónimas, las advertencias caritativas producen su efecto, y bien pronto el pretendiente se ve despedido con la mayor finura del mundo.

—Bien pensado, no me conviene el matrimonio—se dice para consolarse de su fracaso. Entonces pone sus miras en la mujer de un hombre grave, distinguido por su rango y su mérito, y celosísimo de su consideración en sociedad.

La mujer, joven y apasionada, corresponde en secreto al amor del célibe; pero la contienen aún el miedo á comprometerse, el de incurrir en las iras del marido á quien respeta. Sólo el más profundo misterio puede acarrear el triunfo tan ardientemente deseado por el pobre joven. Durante ese tiempo, espíale los pasos, le sorprenden su secreto, y la dulce Eugenia se dispone á instruir al marido acerca de toda la intriga. Ella tiene derechos que sabrá sostener, si es preciso, á expensas del reposo y del honor de toda una noble familia. ¿Qué hacer? ¿Expondrá á la mujer á quien ama á ser denunciada y

hasta insultada por la griseta pagada? El escándalo que pierde á la una es la gloria de la otra. No, no puede vacilar. El sacrificio es cruel, pero el honor y el terror lo ordenan... Así pues, amor, amistad, ambición, consideración social, ¡todo se ve inmolado ante el celoso capricho de la querida que le engaña! ¡Pobre célibe!

Esta historia particular ¿no es la de la mayoría de los enemigos del matrimonio? ¿No da lástima ver con qué aire triste arrastran el grillete amoroso los célibes de todas edades? ¿Hay abatimiento conyugal parecido al de que se los ve abrumados por todas partes donde el placer atrae ó admite á sus queridas? ¡Cuánto tedio se retrata en sus ultrajadas frentes!... ¡Y cuánta sangre fría hace falta para no reirse al oírles pregonar su independencia, atados de pies y manos! ¡Ah! ¡Si los más testarudos se atreviesen, de qué buena gana cambiarían su esclavitud escandalosa por la libertad del menos libre de los maridos!

MADAMA S. G.

LA AÉREA

(TRADUCCIÓN DE DON LUIS MARCO.)

Cuando tu nombre melodioso vibra
en mi laúd, con lágrimas ¡PROVENZA!
te ven mis ojos. El azul del cielo
y el olivo del Atica, gemela
te hicieron ser de la esplendente Italia
y de la antigua, deleitosa Grecia.
Te duermes al rumor del oleaje,
ámbar el pino llora en tus laderas.

¡Oh región del amor, de luz y aromas,
«madre mía» decirte es dulce idea!
¡Cuán dulce, si al echarme enardecido
sobre el árido surco, en larga siesta
de un sol de plomo, á la mezquina sombra
del almendro, en que al aire lanza sueltas
la cigarra sus notas, escuchase
el soplo de tus vientos, que me besan
en la frente, llamándome «hijo tuyo!»
¡Cuán dulce, al refulgir de tus estrellas,
ya si trepo á tus cumbres desoladas
pisando absorto tus olientes hierbas,
ya si tomo el sendero entre zarzales
que cruza en giros mil por las praderas,
sentir bajo mis pies, temblar tu pecho,
cual seno maternal vibra y retiembla

al recibir del inocente niño
el ósculo sediento con que besa!

Me han dicho que á menudo vas en busca
del frescor y el silencio de la selva,
y que tendida sobre el verde césped
duermes al Mediodía ¡oh mi PROVENZA!

Los sátiros ocultos en la fronda,
lujuriosos de lejos te contemplan,
mirando con afán tu tez tostada
donde del sol los rayos juguetean,
y tu cuello robusto en que la brisa
esparce tu ondulosa cabellera.

De rama en rama el divinal silvano
conteniendo el aliento á ti se acerca,
se inclina y con las manos temblorosas
tu ceñidor y tus cendales suelta.

Al caerse los velos desceñidos,
temblando, con un beso te despierta;
ambos, el dios del bosque y tú la diosa
de las doradas y flexibles hebras,
os hacéis las caricias fecundantes
con que los cielos aman á la tierra.

¡Oh madre! son eternos tus amores,
y son de un dios los hijos que procreas.

Mas ¡ay! que al Mediodía no la diosa
por mí, lasciva, en la feraz ribera
se abandonó un instante entre los brazos
de un dios, á quien deberle mi existencia.
Jamás por mí tu ceñidor perdiste,
ni me engendraste en la enramada espesa,
cuando el sol y amoroso escalofrío
enardecen la sangre de tus venas.

.

Aunque nací bajo brumoso cielo,
tus ojos vi desde la edad más tierna;

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
SERVICIO DE INVESTIGACIONES

y sediento, al calor de tu regazo,
mamé la leche de tus blancas tetas.
Madre indulgente tú, toda sonrisas,
no me negaste la bendita ofrenda;
á compás de tus besos, en los brazos
me meciste al rumor de la floresta,
entre tus propios celestiales hijos;
y tu mirada, que de amor destella,
hizo entrar en el fondo de mi pecho
un ténue rayo de tu gloria excelsa.
Hijo yo de la sombra, tu mirada
fué el sol que disipó mi obscura niebla;
y sentí de mis labios escaparse,
subiendo al cielo, armónica cadencia.
Tu mirada me dió lira y corona,
el amor á los bosques y á las bellas;
y me mostró los indelebles pasos
que siguieron un tiempo tus troveras.
¡Oh cuán de menos echo, madre mía,
ante el regalo de la gaya ciencia,
de tu sol ardoroso los efectos;
y el no ser hijo tuyo cuál me pesa!

No hay en Aix la Romana ni un barranco,
ni en sus colinas hay ninguna peña,
ni en el valle entre flores hay sendero
que de mis pies no guarden hartas huellas.
En tus campos jugué de pequeñito,
de su verdor sobre la alfombra fresca;
y de escolar, con risas y cantares
huyendo del presidio de la escuela.
Bajo tus sauces, soñador mancebo
que persigue á la ninfa en la cual piensa
y ve sus blancos hombros torneados,
tus espesuras recorrí ¡PROVENZA!
hasta los más recónditos lugares.

Pueden mis labios reseñar tus piedras
y decir cuántas son todas las matas
perdidas en los claros de tus selvas.

¡Tánto he jugado en tus floridas lomas,
que amigos míos son guijos y hierbas!

.

EMILIO ZOLA.

La Comedia Amorosa (*fragmento.*)

CRÓNICA LITERARIA.

Un estudio sobre la lengua española en Italia.—B. Croce y A. Farinelli.—El concepto de la historia en su relación con el del arte.—El materialismo histórico.

AL azar, ayudado después por la benevolencia de un amigo, debo el haber tenido conocimiento de tres interesantes folletos del escritor italiano Sr. Benedetto Croce.

El principal de ellos, ó el que me parece á mi más importante, versa sobre el uso de la lengua española en Italia en los tiempos de nuestra preponderancia europea, asunto que trata el Sr. Croce con erudición y amenidad, sirviendo de valioso complemento á su estudio, unas extensas notas del docto hispanólogo A. Farinelli, reunidas al final del folleto.

No son raros hoy estos estudios de autores extranjeros acerca de nuestra lengua, de nuestra literatura ó nuestra historia. Desde hace algún tiempo nos estudian más los escritores de otros países, y son, á la vez, más leídos y comentados entre nosotros sus trabajos.

Para la gran mayoría de estos escritores extranjeros, aficionados á cosas de España, somos *asunto histórico*, en el sentido en que habitualmente lo histórico se entiende, ó sea en el de realidad pasada.

No hay en esto motivo de extrañeza ni de ofensa para nosotros. Esa manera de pensar responde á un hecho indudable.

Nuestro pasado es superior á nuestro presente, y como tal, más digno de estudio. Así, no sólo los extranjeros, mas también los naturales que profundizan en la investigación de los asuntos españoles, dedícanse por lo común más á los pasados que á los presentes, cosa notoria para quienquiera que con alguna atención siga el curso de los estudios históricos y literarios acerca de la España tradicional.

Mas en la manera de juzgarnos los críticos, historiadores y literatos extranjeros, nótese un progreso visible, favorable para nosotros, y también, en último término, para la imparcialidad histórica. Nuestro pasado, del que podemos con razón enorgullecernos, si atendemos más que al papel y á la dirección que nos dió en el mundo el juego de los hechos y circunstancias históricas, á las virtudes del carácter nacional que entonces manifestamos por modos eminentes, ese pasado nuestro, no ha sido juzgado, ni con mucho, de la misma manera en todos tiempos y lugares. La opinión injusta que nos pintaba cual un pueblo bárbaro y bravío, que gastó sus fuerzas en la defensa de las peores causas, como el fanatismo religioso y el despotismo monárquico, quedando después para ejemplo de decadencias y escarmiento de naciones, ha estado muy extendida por Europa, y es dudoso que se haya desarraigado todavía. Recuerdo, como muestra del extremo á que se llegó en estos juicios sobre España, haber leído en un moderno historiador inglés, notable como investigador, y como crítico y hombre de grandes conocimientos, y de inteligencia muy clara, que la lucha de Felipe II con los holandeses, era comparable, para el interés de la civilización, á la de Xerxes con los griegos.

Mayor gratitud merecen por lo mismo estos hispanólogos modernos, que nos juzgan con amor, ó al menos sin odio, y que en lugar de guiarse por aquellas prevenciones históricas, tan arraigadas y generales, procuran conocernos y ponen en ello estudio y diligencia tales que superan á veces á los propios investigadores españoles. Hombres como Morel Fatio y A. Fa-

rinelli, por ejemplo, no sólo han contribuído á hacernos conocer en el extranjero, sino que han aclarado puntos importantes de nuestra literatura y nuestra historia.

*
* *

En su estudio sobre la lengua española en Italia, á más de mucha lectura, muestra el Sr. Croce arte en la manera de agrupar y exponer los datos. Siendo el suyo un trabajo de erudición, formado en gran parte de citas y referencias, se lee con interés y agrado, y estimula mucho más la fantasía de lo que suelen excitarla los escritos de este género.

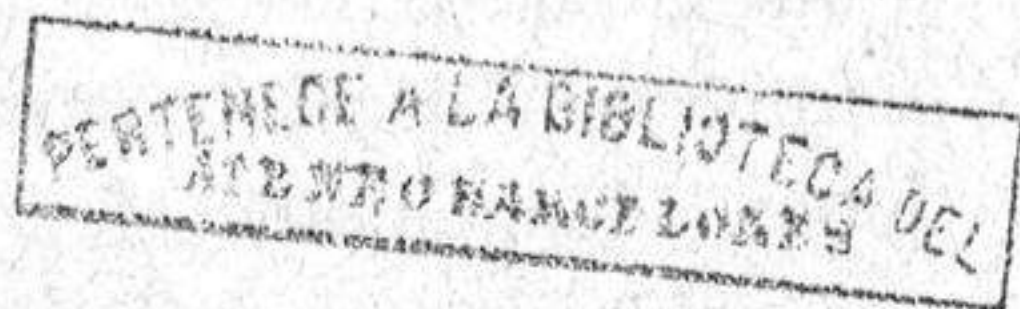
Leyendo el estudio de B. Croce viene á las mientes la frase de Nebrija: «La lengua sigue al imperio». Aunque en la historia se ven casos contrarios (v. gr., el predominio del idioma griego en Roma cuando los romanos dominaban el mundo y Grecia era una provincia vencida), no puede negarse que el poderío de las naciones ayuda en gran manera á la difusión y estima de sus lenguas.

Hoy sigue siendo el castellano, por la masa de población que lo habla, uno de los idiomas principales del mundo, uno de los que tienen porvenir en la futura selección de las lenguas. Mas, sin embargo, es seguro ó poco menos que en nación alguna extranjera habrá quien le estudie por moda. La situación actual de los pueblos de lengua española, empezando por la natural metrópoli y cabeza de todos ellos, no es tal que excite el interés de los naturales de otros países, como puede despertarlo el idioma francés, el inglés, el alemán, ó aún el ruso.

Cierto que no todo depende de la preponderancia política de las naciones. Otros factores hay en esta cuestión difícil y compleja del por qué de la propagación y estima de un idioma más allá de sus fronteras naturales. El desarrollo científico y

literario de que es órgano una lengua entra también por mucho en el aprecio que de ella se hace y en el estudio que los extranjeros la consagran. Mas acaso este florecimiento de las ciencias y las letras supone un vigor en el espíritu colectivo, que rara vez se da en naciones decaídas.

*
* *



Ello es que el español tuvo en un tiempo en tierras extranjeras la importancia que hoy se concede comunmente á otros idiomas. Y la tuvo en época en que desempeñábamos gran papel en Europa y en el mundo, como si á nuestro poderío acompañase como natural consecuencia, según las consideraciones anteriores, el lustre y estimación de nuestro lenguaje.

Morel Fatio, por lo que toca á Francia, Farinellí en lo referente á Alemania y ahora B. Croce en cuanto á Italia, han estudiado el uso y desarrollo del castellano en tierras extranjeras.

No lo era en absoluto Italia para nosotros por entonces, por cuanto en ella había provincias españolas. Mas no sólo en los dominios de las ya unidas coronas de Aragón y Castilla, era donde nuestra lengua se hablaba. La moda la extendió entre las clases aristocráticas de las repúblicas y señoríos italianos.

Como muestra de su difusión cita Croce el hecho de que mientras el embajador de Francia, potencia rival constante nuestra en los negocios italianos, se entendía con el Senado de Venecia por medio de intérprete, el de España era comprendido en su idioma sin necesidad de mediadores.

La infiltración de palabras españolas en la lengua italiana daba ocasión á las protestas de los escritores de aquel país, análogas á las de nuestros puristas contra los galicismos.

Las impresiones de libros españoles en las imprentas de

Italia, dan también muestra de la generalización de nuestro idioma. En los siglos XVI y XVII imprímense en Venecia y en Milán, no pocas obras españolas, figurando entre las primeras la *Celestina* y los *Diálogos* de Juan de Valdés. En la edición milanese del *Quijote*, de 1610, se dice que la lengua española «es muy familiar á los caballeros de aquesta ciudad, y que no se traduce (*El Ingenioso hidalgo*) al toscano, para que no pierda la gracia y para que de este modo se haga más popular la lengua española.»

Las traducciones de obras castellanas eran mal miradas, según Croce, en el sentido de considerarlas sólo necesarias para personas de cultura incompleta, como sucede hoy, por ejemplo, con las traducciones francesas.

Otro hecho, también elocuente, que da asimismo idea de la generalización del castellano es la representación de obras dramáticas españolas en su idioma original. Compañías de cómicos españoles iban, no sólo á Nápoles, sino á otros puntos de Italia, no sujetos á nuestro dominio, realizando, salvas las naturales diferencias de los tiempos, campañas artísticas semejantes á las que hoy efectúan por España las compañías francesas é italianas, que frecuentemente nos visitan. Ante públicos de Italia representáronse en la lengua de sus autores, las farsas de Juan del Encina y Torres Naharro.

Hallándose tan extendido el castellano, no es de extrañar que de las prensas italianas salieran con frecuencia gramáticas, guías de conversación y diccionarios españoles. Y es curioso en verdad el caso de supervivencia de uno de esos antiguos manuales, que cita B. Croce. Todavía en el *Pequeño manual de conversación castellana*, ó sea *Diálogos españoles-italianos*, publicado en 1893 por el conocido editor milanés Sonzogno, subsiste en gran parte uno de los *Diálogos apacibles* de Lorenzo Franciosini (el primer traductor italiano del *Quijote*.) Es un viaje á España en que muchos particulares referentes á las costumbres son propios de la España de principios del siglo XVII, y conservan en la edición moderna, el sabor arcáico ya,

de lo que era de actualidad y uso corriente en la época en que escribió Franciosini.

Otras muchas noticias interesantes y curiosas, además de las que he ido entresacando, contiene el opúsculo de B. Croce. Habla de los escritores italianos que escribieron en castellano, de la introducción de los tratamientos de cortesía españoles, ridiculizados por algunos escritores de aquel país, que los juzgaban reflejo de la hinchazón y orgullo castellanos, y pinta por último cómo en el siglo XVIII al predominio de nuestra lengua sucede el de la francesa, quedando relegado el castellano á las cortes más apegadas á lo antiguo, y por último, cuando ya se había extinguido por completo la moda que le encumbró, al reino de las Dos Sicilias, donde imperaban los Borbones españoles.

Al que quiera conservar íntegra la impresión *sugestiva* que produce el estudio del Sr. Benedetto Croce, no le aconsejaría yo que leyese las eruditas notas de Farinelli, pero sí al que desee formarse cabal idea del asunto, aunque padezca y disminuya la representación imaginativa que un lector, no muy versado en estos asuntos, puede formarse de lo que fué el uso de nuestra lengua en Italia, á juzgar por el estudio del primero de los citados escritores.

Sin desvirtuar por completo los datos reunidos en tan amena forma por el Sr. Croce, las notas de A. Farinelli reducen el alcance y la significación de muchas de las noticias recopiladas en este folleto á las verdaderas proporciones que en realidad tuvieran los hechos. Ponen de manifiesto lo que fué excepcional y lo distinguen y separan de lo general y ordinario. Limitan así la importancia de algunos datos sobre lo que sería aventurado fundar inducciones, por tratarse de casos singulares y aislados; explican otros, y llevan á todas las cuestiones que son asunto de estas notas un sentido de justa medida, de exacta apreciación histórica, perceptible hasta por el más lego en estas cuestiones.

Farinelli juzga que fué menor de lo que se desprende de

las observaciones de B. Croce la difusión é influencia del castellano en Italia. La del italiano en la literatura y en la lengua española fué indiscutiblemente superior. El país vencido se impuso á los conquistadores, como Grecia á Roma, por la excelencia y superioridad de su cultura.

Realmente el Sr. Croce da una prueba plausible de imparcialidad, de desinterés, de esa disposición de ánimo *objetiva*, tan rara en los eruditos, y tan necesaria para la investigación histórica, al publicar á continuación de su estimable trabajo las notas de A. Farinelli. Y en verdad ambas partes del folleto, aunque discrepen en algunos particulares, se completan en beneficio del lector, como dije al principio.

*
* *

Los otros dos folletos del Sr. Croce, á que he hecho antes alusión, no versan sobre asuntos españoles y serían de menor interés para nuestro público si no formaran su objeto cuestiones que, dado el auge que hoy alcanzan los estudios históricos, no pueden menos de solicitar por su actualidad, la atención de las personas cultas de cualquier país.

Uno de estos folletos (el más extenso) lleva por título *Il concetto della Storia nelle sua relazioni col concetto de ll'arte* y está en gran parte consagrado á discutir si debe considerarse á la historia como ciencia ó como arte. El Sr. Croce se decide por lo último y fundamenta razonadamente su opinión.

Otro autor italiano, Cimbali, citado por el de los opúsculos que vengo examinando, sostiene que en último término el saber si la historia es ciencia ó arte no produce utilidad alguna, ni tal discusión puede conducir á otro resultado que el de aumentar las cuestiones inútiles.

Aparte de la crudeza excesiva de estas proposiciones y de su carácter demasiado absoluto, parece que en efecto, es mu-

cho más interesante la historia en sí, que la investigación acerca de su naturaleza. Mas si á guiarnos fuéramos exclusivamente por el criterio de la utilidad práctica que puede esperarse de las inquisiciones del espíritu, habría que suprimir una porción considerable de la labor intelectual y encerrar ésta en límites relativamente estrechos.

No hay, en realidad investigación inútil, ni es perdido el discurso aunque recaiga sobre los más frívolos objetos ó las materias más apartadas del terreno firme en que pueden asentarse conclusiones positivas. Cuando se discurre con arte é ingenio, con saber y agudeza de entendimiento levántanse los objetos más livianos, y aunque el asunto principal sea insignificante, punto menos que incognoscible ó ageno á la utilidad humana (si puede serlo del todo lo que excita la curiosidad del espíritu, puesto que el satisfacerlo es ya una utilidad) todavía lo que pone de suyo la inteligencia del que de estas materias trata, puede sacar de ellas amenos é interesantísimos trabajos.

A más de esto basta considerar lo que puede influir en la conducta de un historiador, el concepto que de la historia tenga para advertir que no es tan baladí ni tan inútil la cuestión de si es aquella obra científica ó artística, ó á la vez ambas cosas. La concepción de la historia, como ciencia, inclinará sin duda á subordinarlo todo en ella á la averiguación y esclarecimiento de la verdad, ya que ésta es el fin de toda disciplina científica. En cambio, la representación de la historia como mero arte, puede conducir á la historia retórica, que cuida más de presentar dramáticas escenas y pintorescos relatos, que de inquirir la realidad íntima de las cosas que efectivamente sucedieron.

Natural es también, por otra parte, que habiendo los estudios históricos alcanzado la preferencia y el desarrollo extraordinario en que hoy los vemos, se preocupen las gentes estudiosas con la naturaleza de la historia, por ser conocimiento que ven tan cultivado, y filosofen acerca de esta materia, no

más vana ni más insignificante que otros objetos de las disquisiciones filosóficas.

Raro sería, en verdad, que obteniendo gran predicamento una rama cualquiera de los conocimientos humanos, no volviera sobre sí el espíritu para investigar lo que ese ejercicio intelectual representa, cuál es la importancia de sus resultados, cuáles sus métodos y procedimientos, qué fin el suyo y qué lugar el que le pertenece en la clasificación de las diversas ramas del conocimiento.

*
* *

Todo esto y más que podría decirse justifica la oportunidad del trabajo emprendido por el Sr. Croce, oportunidad que queda además demostrada por el número y calidad de los autores que tratan hoy de estos y otros asuntos semejantes, relacionados con la historia, considerada en sí misma como un conocimiento que á su vez pasa á ser objeto de estudio.

En Alemania hay una abundante literatura de este género. En aquella tierra clásica de la metafísica, donde dieron las especulaciones filosóficas tan espléndidos frutos en período aún no muy lejano, se ha verificado tal cambio en las aficiones de los sabios y en las mismas enseñanzas universitarias, que hoy apenas hay en las Universidades germánicas cátedras de metafísica ó de filosofía pura (1). En cambio, los estudios históricos que también tienen honrosa tradición, aunque no tan brillante, en Alemania, presentan allí extraordinario florecimiento.

Entre los alemanes predomina la opinión de que la historia es principalmente ciencia, y aún algunos no admiten que el

(1) Véase *La crisis de la metafísica en Alemania*, por Mr. Levy Bruhl. *Revue des Deux Mondes* del 15 de Mayo de 1895.

arte tenga mayor relación con ella que con cualquiera otra de las ciencias reconocidas unánimemente como tales. Esta doctrina de la naturaleza científica de la historia la exponen, entre otros autores, Droysen en sus *Elementos de historiografía*, y Bernheim en su *Manual del método histórico*, citados ambos por el Sr. Croce.

Sostiene éste el parecer contrario, aunque siente tal admiración por la sabiduría germánica, (como les ocurre ahora á muchos de sus compatriotas) que le lleva á ser injusto con los sabios de otros países. En esta injusticia incurre, en mi opinión, cuando califica desdeñosamente á Spencer de representante de la mediocridad filosófica. Miradas las cosas desde el punto de vista de B. Croce, lo mismo podría decirse de Aristóteles, y pocos pensadores han ejercido influencia igual y tan duradera en las especulaciones filosóficas. También me parece que rebaja excesivamente el escritor italiano la importancia del libro de Freeman, sobre el estudio de la historia.

Frente á la opinión de Bernheim, que sostiene que la historia es ciencia por cuanto es un saber conexo, orgánico y cierto de una esfera especial del mundo fenoménico, y la define como la ciencia del desenvolvimiento de los hombres, en su actividad de seres sociales, defiende B. Croce la teoría escolástica, que es en el fondo la misma que sostiene Schopenhauer. No puede haber ciencia de cosas particulares. Donde no hay elaboración de conceptos, de *universales*, no hay ciencia; y la historia, cuya materia la forman hechos singulares, es, por tanto, un saber, pero no una ciencia.

En esta parte no encuentro novedad alguna en el opúsculo del señor Croce. Más fácil es hallarla en el nexo que busca y establece entre los conceptos del arte y de la historia.

El fin de esta última, es, según él, *narrar* los hechos. Así lo entendieron, en efecto, los antiguos, que fueron grandes narradores de sucesos históricos, verdaderos maestros en este género literario. Es, pues, la historia para B. Croce, un arte: el arte que expresa lo acaecido realmente, mientras el otro, el

arte propiamente dicho, el que todos entienden ser tal, expresa lo posible. La conexión entre el objeto del arte y el de la historia, está en que lo bello, asunto del arte, es en último análisis lo interesante, y esto mismo es lo que forma la materia de la historia, obligada á hacer una selección en la multitud innumerable de los hechos.

A mi entender, hay alguna nebulosidad y falta de método en este opúsculo del señor Croce, si bien son de alabar la erudición del autor y la profundidad filosófica con que examina y discute algunos particulares.

Aunque la claridad sea condición tan estimable en toda exposición de hechos ó de ideas, debe reconocerse que cuando el pensamiento ahonda en cualquiera de los problemas de la filosofía, es difícil ser claro, á menos de satisfacerse con una exactitud relativa. Hay algo de inefable en las ideas que no acierta á traducir el lenguaje. Las palabras, más que un eco preciso ó una reproducción fotográfica del pensamiento, son signos ó símbolos que hay que interpretar y aun que adivinar. En la filosofía se necesita leer entre líneas.

* * *

Pocas me quedan ya en esta crónica para dar noticia del último de los tres folletos del señor Croce que me han dado materia para este artículo, y la podrían dar seguramente para más extensos y detenidos comentarios.

Títulase *Sulla concezione materialistica della storia* y es un discurso leído ante cierta Academia italiana, en el cual reúne el autor noticias bibliográficas y observaciones críticas acerca del llamado materialismo histórico.

Por materialismo histórico (denominación que Croce juzga inexacta, proponiendo que la sustituya la de concepción realista de la historia) se entiende generalmente la teoría de los so-

cialistas, y principalmente de Carlos Marx y de su amigo, colaborador y editor de sus obras póstumas Federico Engels (1), fallecido hace poco, según la cual el *substratum* de la historia lo forman las relaciones de la producción, debiendo buscarse en las causas económicas la explicación de los sucesos y vicisitudes de los pueblos.

El Sr. Croce, que inserta al final de su folleto una extensa nota bibliográfica de los autores que tienen, en mayor ó menor escala, este sentido de la historia, entiende que hay exageración en reducir ó subordinar toda la materia de ésta á lo que forma propiamente la historia económica.

El historiador tiene ante sí documentos y relatos; no lo acaecido en realidad, sino una pequeña parte de ello, signos de los sucesos más que los hechos mismos, cuya variedad y complejidad escapan hasta á los propios observadores contemporáneos. Para llenar los vacíos y lagunas que presenta el objeto necesita valerse de una serie de supuestos, que son las noticias é intuiciones que posee del medio cósmico, de la naturaleza humana, de la sociedad, etc.

Con estos materiales ha llegado la historiografía, según el Sr. Croce, á la formación de la doctrina de los factores históricos (físicos, sociales, instituciones políticas, influencia de la personalidad individual, etc.) El problema de la interpretación de la historia está en la combinación de estos factores, en inquirir la relación mutua que guardan entre sí, y el papel que cada uno representa. Y este problema del historiador, dice acertadamente el escritor italiano, es el mismo del hombre de Estado: comprender en sus causas y en su mecanismo la condición de un pueblo en una época dada. Lo que el gobernante aplica en la práctica á lo presente, es aquello mismo que el historiador aplica, en teoría, á la inteligencia de lo pasado.

(1) En la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia* de LA ESPAÑA MODERNA se ha publicado una de las principales obras de Engels: *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.

La parte débil del materialismo histórico, como de toda filosofía de la historia que pretenda explicar por una sola causa predominante los hechos, es, á mi juicio, (y creo coincidir en esto con el pensamiento del Sr. Croce) el olvido de la complejidad de los sucesos, reflejo de la del individuo humano y la sociedad. De los futuros progresos de la historia puede esperarse que reduzcan á un sistema orgánico estos factores históricos, ya definidos y estudiados, y aún que descubran y expliquen otros nuevos, no que los reduzcan todos á un motor único de las sociedades, á menos de remontarse como lo hacen los *providencialistas* á la causa primera, fundándose en razones religiosas. Aun así, esta fórmula de unidad es más aparente que real y positiva, pues los que tal opinión profesan, han de verse obligados á reconocer que la Providencia se vale de muy diversos medios é instrumentos, con lo cual reaparece la variedad de las causas históricas.

Aparte del interés que en sí misma ofrece esta cuestión, tiene otro, y es el de mostrar cómo la filosofía de la historia, que se juzgó fracasada y muerta, reaparece y toma nuevos vuelos, presentándose con diferentes formas de las que en lo pasado revistiera.

Por mucho que hayan desacreditado esta ciencia, ó acaso más su nombre, el dogmatismo hegeliano, y las exageraciones de los Bossuet, los Herder, los Buckle, de todos, en fin, los que han pretendido dar una clave fija y única de los sucesos históricos, la aspiración á explicarse el por qué de las transformaciones de las sociedades humanas no podía desaparecer. El hombre, que filosofa acerca de todo (hasta cuando niega la filosofía), era imposible que renunciase á hacerlo respecto de la historia, recuerdo de su vida pasada, explicación de la presente y anuncio, aunque enigmático, de la por venir.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Los chinos.—Muerte de la celeste emperatriz.—Juicio de su reinado.—Su primer ministro de paseo por Europa.—Fiestas republicanas en Francia.—El sistema parlamentario.—La Asamblea constituyente francesa.—Las encíclicas del papa sobre la unidad religiosa.—Respuestas dadas por las iglesias orientales.—Los asuntos de Cuba.—Un ridículo atentado por el amor á la fama.—Las crisis italianas.—La muerte de Goncourt y de Curtius.—Reflexiones.—Conclusión.

I.

Los muertos encuentran en la gente china un culto, á la verdad, religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos, en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los dueños años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de su padre diecisiete meses al lado, cuidándolo como si, en vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercebido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por esclavo, tan sólo para comprar un rico ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácense los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos, si le resultan demasiado gravosos, cohonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa

de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al recién nacido y lo sumergen dentro de un cubo, ahogándolo en agua! Padres hay que, imposibilitados de dotar á sus hijas y no conformes con el temor de las desgracias que van anejas para las infelices al marro de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos los cuitados mucho mejores por razón de tal sacrificio que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable miseria. Todos los viajeros notan cómo supera en China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perecen al nacer por mandato de sus padres, los cuales se creen, allá en sus supersticiones, con derecho á darles muerte, porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven están en verdaderas condiciones de siervas.

II.

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fué su autor Fou-hí, quien reguló el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Y también se dice que había entre los chinos una institución, llamada el matriarcado. Con escribir su nombre se escribe la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de Fou-hí, cuentan las antiguas historias chinas, los

hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos de las familias constituídas y los tiempos en que los hombres se hallaban tan abajo por las gradas del mundo animal, que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar una desconocida igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al emperador. Los proverbios chinos declaraban que, así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparable con su marido. No le quedaba en aquella dura legislación al sexo débil ningún recurso: ni las instituciones ni las magistraturas lo defendían. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colgar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa misericordia, porque las leyes no tienen fórmula en su favor, ni la sociedad entrañas para ella, desde los días en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa, y de que una teja se halla expuesta de suyo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones; y hasta si muere, muerta; porque no existiendo aquellas hogueras, en cuyo fuego solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios, según las tradiciones y las costumbres chinas.

III.

Todos sabemos que estas costumbres impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual éste que sigue: «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Y los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí guardarse, y necesita estar guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies, hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios los cuales necesiten ó pidan agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus pies enteramente suspendidos por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario, y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápidamente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ninguna faena; teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos, que les dan aire de ave más ó menos herida, cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el marino viento. Dígase lo que se quiera en libros múltiples por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas de retrogradaciones extra-

vagantes á lo pasado; si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares, hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso, ni celebrarse tampoco ceremonias religiosas sin su cooparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora, en las jaulas, dentro de aquella parte del hogar que les pertenece, la más recóndita cárcel, no santuario.

IV.

Dicho, recordado esto, paréceme bien añadir la causa y motivo que han ocasionado ahora mi dicho y mi recuerdo. Acaba de morir en Pekin una señora, que ha derogado por sí, para sí, en sí, estas leyes, y hecho singular excepción á estas costumbres, ejerciendo una tiranía, la cual, movida del miedo, y escudada por la debilidad, ha superado en crueldades y en fuerzas á las tiranías más varoniles y poderosas. Refiérome á la emperatriz, madre del emperador celeste, muerta el mes pasado. Simple comparsa de favoritas en harenes recatados y silenciosos, la belleza nativa que adornó su rostro le atrajo á los brazos, y la gracia indecible que adornó su alma le fijó á los pies el emperador celeste: cosa frequentísima en la poligamia, que suele saciar los apetitos animales, y despertar á esta inevitable saciedad afectos puros, y vivos y singulares hacia una sola mujer en los corazones cariñosos. Durante todo el califato de Córdoba, la sultana favorita reluce como el califa,

estrellas dobles de aquel cielo deslumbrante. Al oír el nombre de Sobeya, diriais que huele á rosa la Historia cordobesa, y el aire canta como henchido por respunteos de guzlas melodiosísimas, y la poesía erótica del semita soñador y soñoliento abre sus alas, que penetran por las áureas celosías, lo mismo en el haren de los amores, que en el serrallo de los consejos. Una sultana favorita determinó las acciones más gloriosas del primer guerrero árabe, de Almanzor; y una sultana madre sostuvo como canéfora gigantesca el reino de los nazaritas sobre su cabeza de maga en la triste desgracia de Boabdil.

V.

Tsou-Hsi llamábase la emperatriz recién muerta. Tres generaciones de monarcas ha gobernado á su guisa la difunta, moviéndolos cual el titiritero en los teatros de títeres mueve á los obedientes polichinelas. Ese imperio, que llega desde Mongolia y Tartaria, en su inmensa extensión, hasta el mar amarillo, se ha dejado gobernar por la débil mano de una pobre mujer. Influyente con su esposo, influyente con su hijo, no cumplió la máxima de Maquiavelo, que aconseja en su apogemas políticos á los príncipes la retirada del trono, cuando muere aquel ó aquellos por cuyo graciosísimo favor ó cesión reinan y gobiernan. Muertos el esposo y el hijo de la emperatriz, recayó primero en su cuñado y después en su sobrino la corona china. El parentesco entre afines parece ocasionado á disturbios domésticos. Pues la emperatriz coreinó con su cuñado, y cuando creyó que no la obedecía y acataba éste, lo puso en la calle, sin que chistara el destituido, y se alzó ella sola con la gobernación pública. O debían ser ellos muy débiles, ó

debía ser ella muy fuerte, cuando reinó sobre su esposo primero, sobre su hijo después, más tarde sobre su cuñado, y lo que parece imposible, sobre su imperial sobrino, quien vivió resignado á parecer pupilo suyo, hasta hoy mismo, en que ha recogido su postrer aliento y encerrándola en su ataúd, reinando de nombre antes y por mera honra.

VI.

Francamente, no tiene muchas razones el sobrino para estar obligado á su tutora. No fuera tan excelsa tía una Blanca de Castilla, ni una Isabel la Católica, ni una Isabel de Inglaterra, ni una María Teresa de Austria, ni una Cataliua de Rusia: en su tiempo los moscovitas han ido sustituyendo á los tártaros, padres de la dinastía, por los linderos boreales del imperio; la Mongolia, con sus estepas heladas y sus tradiciones áureas se ha ido desgajando poco á poco del celeste dominio que se imaginaba la cúpula de nuestro planeta; los títulos de propiedad suprema sobre Corea se han borrado con caliente sangre; se han visto los irruptores triunfantes entrar á cañonazos por tierra y mar en el golfo de Petchili, arteria principalísima de tan vasta región; las dos capitales, Mugden y Pekín, ésta capital política, y religiosa capital aquélla, han estado amenazadas de asedio; la isla de Pescadores, marítima estación de primer orden, luce bandera del Japón; y no se ha librado China de terribles desmenbraciones y quizás de segura muerte, sino recibiendo, con hierro candente sobre sus carnes vivas impreso, el clavo de la servidumbre que le ha puesto Rusia, y que si le conserva la existencia es á cambio del honor.

VII.

Voltaire decía que mandan las mujeres cuando reinan los hombres, y cuando reinan las mujeres mandan los hombres. El dueño de Pekín y sus numerosos dominios durante todo el reinado de la muerta fué un estadista, cuyo nombre, difícil de pronunciar, hay que aprender, como el nombre de Bismarck, ó de Crispi, ó de Gladstone, ó de Cánovas, en el europeo continente, por haber él determinado la política del continente asiático años y años, rigiendo de virrey, ó de vice-dios, el más vasto imperio de la tierra. Se llama el favorito Li-Hung-Chang, quien, después de asistir como figura impelida por mecánico movimiento á la coronación del czar, se pasea hoy por Berlín; se asienta muchas veces á la mesa del emperador, aunque no le ofrezca perro asado y nidos de golondrinas, siendo además, en esta misma hora, huésped festejado y atendido del glorioso Bismarck. Como supo dominar el ánimo de la emperatriz, nadie hoy atribuye á ésta las desgracias del imperio chino; todos se las atribuyen al privado. Los que imperan sobre los hombres desde tronos absolutos, acaban por odiar su propia grandeza ó autoridad, y gustan de cederlas á cualquier favorito, para declinar en sus espaldas la pesadumbre de los negocios, y en su nombre, por consiguiente, la responsabilidad. Y si el celeste continental imperio se ha dejado sobrepajar por los isleños japoneses y vencer en Mandchurria y en Corea, en tierra y en mar, nadie pide cuentas á la emperatriz fallecida; todo el mundo se las pide á su torpe ó infeliz privado, creyendo iba éste á recibir el cordón de sus señores para inmediatamente ahorcarse, y maravillándose de que aún impere y prive. Pero nadie sabe qué hará el sobrino, libre de la in-

sufrible tutela impuesta por sutía, predominando á este respecto, al respecto de la política imperial futura, un misterio tan espeso y obscuro como el que predomina en los reinos de la muerte.

VIII.

El tiempo y la experiencia, que tanto desengañan y escarmentan al mayor número de los mortales, no han hecho en mí otra obra sino robustecer y afirmar los principios capitalísimos á que prestara culto en mis lejanas juventud é infancia. Hoy creo, como ayer creía, en la libertad individual; hoy creo, como ayer creía, en la justicia y necesidad de reconocer y asegurar por el Estado esta libertad en todos los ciudadanos, como está reconocida y asegurada por Dios en todos los hombres; hoy creo, como ayer creía, no existir gobierno superior al gobierno parlamentario, contenido y encerrado en la forma republicana. Los cambios de mi vida, tan cacareados, hanse reducido á preferir, entre la República federal, objeto de mis ansias cuando por los encrespamientos revolucionarios temí la dictadura militar, y la República unitaria, que me parece la Nación en acto y en ejercicio completando la independencia nacional con el gobierno de sí misma, esta segunda forma de gobierno, mediante la cual tan sólo podría servir á mi patria yo mañana, como la he servido ayer, por hallarse á la República unido el culto político mayor de mi alma y la historia entera de mi vida. Y no solamente persevero en mis principios, persevero en mis hábitos de celebrar aquellos aniversarios, conmemorativos de beneficios hechos en la humana historia y trascendentes al progreso universal y á la realización de los ideales progresivos. Así no dejó nunca de conmemorar el ca-

torce de Julio, que recuerda una fecha tan gloriosa como la expugnación y toma de aquel bastión formidable llamado Bastilla, cuyas piedras servían de base á todas las instituciones y á todos los privilegios abominables, desde aquella Realeza tradicional que pesaba con su régimen despótico sobre nuestras espaldas de siervos hasta la inquisición, que penetrando con sus humaredas y sombras en el alma, suprimía su pensamiento y su conciencia. De aquel hecho provino el régimen parlamentario con que hoy nos gobernamos; de aquel hecho la libertad de que hoy vivimos. Y bien merece día, como este glorioso, en que adquirimos bienes tan excelsos, una conmemoración regocijada y sincera. No ignoro yo cómo el régimen parlamentario, por lo mismo que vive y gobierna, sufre los combates dirigidos en su contra por aquellas inteligencias que sueñan á una con el advenimiento en los tiempos futuros de locas y fantaseadas utopías. Hace pocos días un respetable diputado de la nación decía en las Cortes nacionales que jamás tomaría en serio su partido el régimen parlamentario. Hace poco más de tres semanas que otro respetable diputado monárquico presagiaba en la tribuna francesa con agoreros acentos la destrucción del régimen parlamentario, creyendo que con él se vendría también á tierra todo el régimen democrático moderno. Y no es lo peor esto; lo peor en sentir mío es observar como régimen, de suyo tan perfecto, donde la estabilidad y el movimiento se combinan de modo tan maravilloso, pues bien montado, no puede precipitar el movimiento de avance, ni retroceder hacia ninguna reacción, recibe hoy el embate de aquellos que dicen amar la democracia, la libertad, la república, proponiendo para contenerlas un poder ejecutivo muy parejo con el antiguo régimen y una representación á su vez nacional muy pareja con las antiguas Cortes. Yo conozco las causas ocasionales de un estado mental semejante y las creo todas pasajeras. Los abusos del poder legislativo por los diputados franceses anulando la presidencia y el gobierno han traído sobre las Cámaras ó Parlamento

un descrédito é impopularidad tan enormes como los que sintió el régimen cesarista cuando, en la omnipotencia de su orgullo, pusiera sobre todo el poder ejecutivo, y anulara el poder legislativo, y el régimen salvador de las dos Cámaras, á que debe hoy Europa entera, quien lo practica en todos sus pueblos, con excepción de Rusia y Turquía por un sí, de Suiza por otro sí, la libertad y la paz. He nombrado á Suiza, y nombrando á Suiza, he nombrado también uno de los factores que más contribuyen al descrédito del régimen parlamentario, tal como lo comprendemos y lo practicamos nosotros, ya sea bajo la monarquía, ya sea bajo la República. El estado de perfecta dicha, en que tan feliz tierra se halla y la estabilidad completa de sus gobiernos, amovibles á plazo breve y perdurables por la reelección, como el gobierno más monárquico, de tal suerte contrastan hoy con la incoherencia de los programas parlamentarios franceses, innumerables como las hojas y con la movilidad voluble de sus mayorías, tumultuosas y cambiantes como las ondas, que piden muchos demócratas á voces una división de poderes igual á la helvética, sin alcanzar que así como un referendum sería un plebiscito, y un plebiscito sería entre nosotros la dictadura, si lo trasladásemos á Francia y España desde Suiza; la encarecida y alabada división de poderes, en esta última república tan saludable, traeríamos á España el absolutismo y á Francia el imperio. Por eso, porque toda la felicidad política y social, que podamos allegarnos, está unida con el régimen parlamentario, lo proclamo yo como la forma de gobierno más perfecta que han obtenido las sociedades humanas y celebro los días de sus triunfos con la devoción y el entusiasmo con que puedan celebrar los fieles cristianos una festividad religiosa. Recuerdo haberme yo hallado en Francia, cuando mis amados correligionarios y amigos, los jefes de las escuelas republicanas, escogieron un día de fiesta nacional que sustituyese al quince de Agosto, la fiesta del Imperio. Predominó el catorce de Julio, en que tomaron la Bastilla nuestros padres para sal-

varnos y redimirnos á todos, según deseaban Gambetta, Spuller, Ferry con muchos eminentes republicanos; pero Julio Simón y Thiers hubieran preferido el cuatro de Agosto, en cuya noche, ¡bendita noche! se proclamaron los derechos humanos, mientras en el seno de la confianza, con el influjo que me daba el afecto de mis amigos, yo les aconsejaba prefiriesen, por amor al régimen parlamentario, por culto á la tribuna de Mirabeau y de Barnave, por consideraciones á la Europa continental toda, que le debió el régimen liberal moderno, la fecha en que concluyera y rematara sus creadores trabajos en Francia la inmortal Asamblea Constituyente.

IX.

La fecha de esta voluntaria disolución, 30 de Septiembre, año 1791, permanecerá en la memoria humana entre las más gloriosas fechas de sus largos anales. Quizás no hay Asamblea, sobre la cual se hayan más anatemas lanzado y que los haya menos merecido; al contrario, un laurel de inmortalidad brotará sobre su tumba, extendiendo imperecedera sombra en las sienas de cuantos la compusieron y honraron. Estruendosa es la tempestad, asesino el rayo, pavoroso el trueno, deslumbrador el relámpago, una calamidad terrible mientras dura, que agita los nervios y aterra los ánimos; pero ved sus efectos después de haber pasado: el suelo húmedo, el aire puro, vívidos los resplandores del día, despejado el horizonte y de una transparencia increíble, los pájaros garridos, las flores aromáticas, la savia redoblada, intensa la vida; y decidme cuántos motivos hay para loar aquel fuego celeste que os aterrara, y bendecirlo como si fuese una directa emanación de Dios. La reacción de todo lo ideal contra todo lo real; el disgusto de lo presente,

á cuya virtud creemos que cualquier pasado tiempo fué mejor y será mejor también cualquier venidero tiempo; la prueba diaria recibida por los hechos de las impurezas connaturales á toda vida y con toda vida coexistentes; los innumerables abusos que han maleado las costumbres en el régimen parlamentario; la existencia misma de tal perdurable sistema, traen terrible descrédito sobre los Parlamentos, á pesar de que ninguno, entre los condensadores de las ideas humanas, se le acerca en beneficios; y no existe libertad posible, ni orden regular, sino allí donde los Parlamentos reinan, legislando dentro de sus atribuciones propias y esclareciendo con el resplandor de su palabra y con la sabiduría de su consejo el espíritu general y todos los poderes públicos.

X.

Maestros de filosofía y literatura, creyendo dirigir los hechos con el imperio y desembarazo con que se dirigen las ideas; acostumbrados á teorizar y exponer fórmulas abstractas, como el algebrista sus letras combinadas, en la pizarra de sus entendimientos dados al culto de las abstracciones, abominan del Congreso Constituyente francés, por la incoherencia de sus propósitos y proyectos, por el atropello de sus resoluciones, por la falta de lógica en su sistema político semejante al caos, por su triste sumision al influjo todo poderoso de las tribunas, por el calor de las discusiones, por la contradicción de los acuerdos, como si fueran los diputados números de Pitágoras y entelequias de Aristóteles, nacidos á lo Minerva de la cabeza de cualquier Júpiter metafísico, dotados del don de los milagros y aptos para cambiar y remover el mundo al fiat salido de sus labios; como si tan de grado el barro de la mate-

ria ó de la sociedad, que da lo mismo, se sujetase á los decretos del espíritu. Que hicieron una obra de difícil aplicación, cierto. No llegaban en tiempo de armonía, llegaban en tiempo de combate. No crearon el estado mental donde se inspiraron, recibieronlo formado por el transcurso de todas las pasadas edades y por el movimiento de todas las humanas ideas. Para destruir el régimen absoluto antiguo tuvieron que oponerle sin remedio la nación soberana. Sucedia en este tiempo lo mismo que sucedía en el término y fin de los tiempos medioevales: no dejándose gobernar los pueblos, sino por medio del delegado de Dios, por el derecho divino, pasaba el derecho divino, fórmula de semejante estado mental, desde la frente del Pontífice, como corona delegable, á la frente del Rey, como desde la frente del Rey pasó en los períodos revolucionarios á la frente del pueblo. La ciencia llegó desde el derecho divino de los antiguos jurisconsultos ó de las romanas Universidades al derecho humano de los filósofos modernos y de la moderna filosofía. El sistema ó idea de que las naciones existen por sí, en sí, oponíase al sistema ó idea de que realeza existe por sí ó en sí, como algo anterior y superior á la sociedad misma. El Rey había heredado este último sistema y lo encarnaba en su persona, representante de los muertos, con quienes vivimos por el recuerdo; la inmortal Asamblea por su parte representaba ó encarnaba el sistema opuesto, el sistema nacido del desarrollo de la ciencia cada día más racional, del desarrollo de la religión cada día más tolerante, del desarrollo de la idea del derecho cada día más humano, del desarrollo de la sociedad cada día con mayor confianza en que llevaba su dirección propia y su gobierno natural dentro de sí, como dentro de los cuerpos está el cerebro y dentro de los espíritus la conciencia, y no dentro de instituciones juzgadas celestiales y puestas en cielos altísimos, que se creen generar la sociedad misma; y así, mientras la idea del Rey miraba siempre á lo pasado, sin acordarse de lo presente, y menos de lo porvenir, la idea del Congreso miraba siempre á lo porvenir, sin acor-

darse para nada de lo presente, y menos de lo pasado; por cuya razón, las generaciones, vivas entonces, quedaron aplastadas entre tan grandes contrarias moles chocando entre sí, pues ambas se curaban de los tiempos pretéritos y de los tiempos futuros, sin circunspección de ningún género, con la implacable indiferencia de los llamados á levantar y sostener obras eternas.

XI.

Muchas y muy gloriosas Asambleas ha tenido el mundo. Atenas y Roma no brillaron, sino mientras la elocuencia brilló en ellas; el pueblo germánico mereció, magüer bárbaro, heredar al mundo antiguo, porque callaban los senadores romanos, y en el campo de las floridas mayas alemanas se oía resonar, sobre los cuchillos y los escudos, la palabra; no fuera, no, religión de religiones el Cristianismo, si no presentase aquellos concilios, que difundieran desde la unidad del hombre hasta la dividad del Verbo en la conciencia universal; más que por sus ejércitos, por sus oradores, hanse inmortalizado en el mundo las gentes galas, afluentísimas; el protestantismo se hubiera trocado en desarrollo natural del catolicismo, si al Pontificado se le ocurre oír la voz de los grandes pensadores eclesiásticos reunidos en Basilea y en Constanza; por una dieta se afirmó el dogma de los pueblos alemanes y sajones, por la dieta de Ausburgo, y por una grande Asamblea, el dogma de los pueblos latinos, por el concilio de Trento; más hermoso que aquel espacio de la señoría en Florencia, el recuerdo eternal de los comicios celebrados entre tantas obras del arte; mayor Venecia, como Inglaterra, que por su navegación y por su trabajo, por su Parlamento; imperecedera la memoria del si-

glo XIX español por su tribuna; mas entre tales grandezas, levántanse aquellos representantes de los Estados Generales, que se truecan, desde simples consultores, en diputados soberanos; que cierran la edad del absolutismo y abren la edad del derecho; que arrancan al brazo del siervo la marca infame del esclavo servil; que reconocen el fondo común religioso en las diferencias de cultos; que á la idea le quitan su mordaza, el censor; que para siempre apagan la hoguera de los sacrificios, donde ardiera la sangre nuestra, extinguiendo las llamas voraces del tribunal de la Inquisición; que hicieron á todos libres, á todos iguales, á todos hermanos, al aplicar los axiomas del divino Evangelio con los pensamientos del humano saber, á la sociedad y á la vida. Tras todo esto, decid que Mirabeau se vendía, que Robespierre conspiraba, que las sesiones eran tumultuosas y los oradores garrules, y el público insolente, y la Constitución disparatada, y el Rey esclavo, y el pueblo anárquico y el terror eterno, ignorando cómo empieza toda la creación por el caos, y no podía exentarse de tal período la creación revolucionaria. Cuando Taine se pone, como Buffón, sus vuelillos de catedrático, ase con los dedos sin mancha su muy académica pluma de gran escritor; y dentro de su biblioteca, sin polvo y sin ruido, colocados los piés sobre un calentador, y los ojos en volúmenes encuadernados perfectamente, analiza el Código de la grande Asamblea, exigiéndole una distribución de poderes á lo Spencer y sus sociologías, aparéceseme como un fisiólogo fantaseador, pidiendo al feto en su período claustral aquellas armonías de huesos, y aquellas distribuciones de humores, que sólo pueden dar el desarrollo natural de los seres y el tiempo creador de las cosas, al aire libre y á la luz vivificadora. Yo lo declaro; yo no puedo pasar los ojos por la Asamblea de Versalles en 1789, y por la Asamblea de Cádiz en 1812, no, sin experimentar el escalofrío producido al contacto de la red nerviosa nuestra con lo sublime y con lo sobrehumano. El mundo francés y el mundo español, que fueron antes de tales Asambleas, se diferencian tanto del mundo

español y del mundo francés, que serán después de tales Asambleas, como se diferencia el mundo antiguo, que cae antes de la Cruz, del mundo cristiano, que cae después de la Cruz. Quienes abolieron la horca del señorial Castillo, la monarquía del abominable absolutismo, la Inquisición del clero teocrático, la servidumbre del trabajador, la esclavitud del negro, la barca del negrero, bien merecerán que lo porvenir les erija templos y les presente altares, como las mitologías clásicas á sus bienhechores semidioses.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO NACIONAL DE BARRACLONE

XII.

Parece imposible que nos fijemos tan poco en todos los hechos superiores del espíritu, y tanto en los brutales hechos del mundo. Que un robo se comete, que una bomba estalla, que riñen dos chulos navaja en mano, que aparece una mujer asfixiada en su lecho; los telegramas y los relatos de tales acaecimientos no cesan un minuto, y los comentarios á ellos puestos, llenan las hojas diarias y las diarias conversaciones, en tanto que nadie se acuerda del hecho científico que ha revelado un sabio y de la obra inmortal que ha producido un artista. No está entre mis achaques la propensión al pesimismo, y sin embargo, me desespera y me hace renegar de mi sociedad y de mi tiempo, la indiferencia general ante sucesos, que importan á la humanidad de manera tal, como el impulso dado por nuestro Pontífice León XIII á la unión entre los pueblos cristianos y sus respectivas comuniones religiosas bajo la ecuménica Iglesia romana. Todavía no hace dos años que se reunieron en la Ciudad Eterna los delegados de las Iglesias orientales ortodoxas idos allí en busca de inteligencias entre ritos y rituales y liturgias que pudieran preparar la unión á su vez entre los

dos grandes fragmentos del cristianismo, el occidental ó romano, el oriental ó griego. En este período de tiempo la inspirada inteligencia del Pontífice ha tendido, no solamente al fin y objeto de unir Constantinopla con Roma, separadas por muy poco, al fin y objeto de reincorporar al mundo romano el mundo germánico y el sajón, que se apartaron por motivos tan trascendentales como los que resultan en la revolución religiosa del siglo décimosexto; y cual en los tratos con las iglesias orientales el Pontífice llevó tan lejos respecto de todo lo canónico su tolerancia, que llegóse á creer permitiría el matrimonio á los clérigos, en esta parte de la disciplina eclesiástica rebeldes, y en todo lo dogmático espiritual ortodoxos; durante los tratos con las iglesias occidentales el Papa oyó tanto al religiosísimo inglés Halifax que pudo éste prometerse y conseguir del gran orador Gladstone publicara en magistral revista un magno artículo religioso pidiendo la validación por el Sumo Pontífice y el romano clero de las ordenaciones anglicanas. Imposible haya fenómeno espiritual tan importante como estos tratos, cuya virtud no se halla en el resultado, se halla en el intento. Y sin embargo no hemos querido comentarlos ni con una sola palabra en dos consecutivos años; ni siquiera conocerlos en sus fases y en sus circunstancias. E igual sucede ahora. En comienzos de Junio León XIII publicó una encíclica diciendo por medio de fórmulas generales cómo podrían uniformarse las iglesias cristianas y aduciendo las demostraciones persuasivas de que sólo en Roma y por la Iglesia ortodoxa con su pontificado sería posible la indispensable unidad. Y con esta ocasión y este motivo háse armado una polémica entre los órganos de las iglesias latinas y griegas demostrando el poco camino que hace la unión en los espíritus, pagados de sus respectivas creencias y apegadísimos á sus seculares tradiciones. La encíclica del Papa no puede ser más perfecta por la profundidad insondable de sus pensamientos y por las coordinaciones de estos pensamientos en una ordenación matemática, la cual no excluye ni el arte inspirado, ni la elocuencia en el

estilo. Desde la niñez los católicos viejos aprendemos todo lo capital aducido por el Papa en pró de la Iglesia católica y lo llevamos en el alma por la doctrina cristiana y por la educación religiosa como llevamos en el cuerpo las asimilaciones de átomos debidas á la nutrición y á la respiración. Pero, alejados del oriente continental, nosotros, los últimos occidentales de la sacra Europa, no conocemos apenas los argumentos opuestos por la Iglesia griega siempre á las pretensiones de Roma y ahora con especialidad á la encíclica reciente del Papa. Los paralelos entre ambas iglesias han abundado en copiosa excepcional abundancia. Y debemos estudiarlos, aunque ofendan nuestros sentimientos religiosos, primero porque nacen de una obra tan importante como la encíclica romana, y después porque patentizan con cuál género de obstáculos tropezará el Pontífice para su obra divina de la reconciliación universal entre todos los cristianos.

XIII.

Ante sus paralelos entre la Iglesia latina y la Iglesia helena, los griegos se extasían y declaran que Iglesia de tal naturaleza, como la suya, tiene grandes probabilidades de renovar por sus dogmas y por sus prácticas la moderna civilización. Su gobierno y su administración parécenles á sus principales sectarios el gobierno y administración de los tiempos evangélicos, por las felices combinaciones entre su principio de variedad y su principio de unidad. En lo antiguo, el patriarca de Constantinopla nombraba los obispos á su arbitrio; y este nombramiento llenaba, como es natural, de lumbreras suyas todos los Estados. Y dentro del Oriente, como dentro del Occidente, se había producido por precisión, en la rica variedad

de nuestra vida, la variedad también de necesarias nacionalidades. El espíritu, que en diversos grados de desarrollo se encarna, el espíritu aparece como espíritu de nación antes de ser espíritu de raza y antes de ser espíritu universal de la humanidad, donde terminan sus progresiones. Y al espíritu nacional de cada uno de los pueblos cristianos nacidos en Oriente, repugnaba tener obispos extranjeros, fuera de los límites de su nacionalidad, y sometidos para mayor desgracia por completo á un jefe de infieles, al sultán de Constantinopla. Bajo este inmenso peligro no hubo más remedio que constituir un jefe espiritual dentro de cada Estado; rodear este jefe de un Sínodo religioso que lo esclareciera y le auxiliara; mantener estrechas relaciones con la sede primera del helenismo, con la ciudad de Constantinopla y con su jefe el patriarca ecuménico, á fin de que á la individualidad de los griegos y á su nacionalidad correspondiese un elemento que completase todas las evoluciones en la universalidad de la Iglesia griega, cuyo seno debió confundir Dios con la humanidad por una difusión del espíritu divino en las venas del hombre y una exaltación del hombre hasta lo eterno y lo perfecto. Así, por medio de los Sínodos existentes en cada una de las nacionalidades helénicas, desde Petersburgo hasta Belgrado, y desde Belgrado hasta Atenas, se realiza el principio de variedad nacional, y por medio del patriarca el principio de unidad cristiana, cumpliéndose de esta suerte una ley misteriosa que obedece á los elementos universales del Espíritu, de la Naturaleza y de la Historia.

XIV.

Y en esta idea nacional se funda su sentimiento último de superioridad verdadera sobre los demás pueblos cristianos.

Poseídos de esta idea de superioridad respecto á los latinos, inútil decir qué pensarán y creerán respecto á los musulmanes. El helenismo es el sólo poder moral, según ellos, bastante fuerte á desarraigar el islamismo y sustituirlo con una idea más progresiva y más santa. Cuando divisáis una iglesia oriental ó moscovita; cuando veis sus cúpulas áureas rematadas por la cruz griega; cuando penetráis en su vestíbulo misterioso; cuando una vez dentro del edificio advertís los santos litúrgicos, destacándose en su rigidez y en su austeridad del fondo de oro; el santuario cerrado por puertas lujosísimas, á través de cuyas celosías, en crepúsculo verdaderamente místico, se celebra el sacrificio de la misa, acompañado por salmodias severas, realzado por ceremonias orientales, vistosísimo á los ojos por causa de las dalmáticas esplendorosas, de los hábitos de mil colores, de los incensarios de oro, de los ropajes y preseas; si advertís que las cabezas de los fieles se inclinan hasta tocar con la frente en tierra, mientras los brazos del sacerdote se elevan como si quisieran tocar con su esmaltado cáliz bizantino la bóveda del cielo, tened por cierto que en todas aquellas manifestaciones del arte, en aquellas notas del cántico primitivo, en las plegarias de las almas, en los rumores de los rezos, se oculta la eterna incontrastable aspiración, transmitida de siglo en siglo, á restaurar la sede cristiana del imperio bizantino y á rematar con la cruz griega á las orillas del Bósforo de Tracia la maravillosa cúpula de Santa Sofía, verdadero Vaticano del Oriente.

XV.

Esta basílica se aparece á los ojos deslumbrados de los fieles entre arreboles legendarios, tal como la ideó Constantino

al romper la tierra de Bizancio para fundar la Alejandría de Europa; tal como la construyó y la ornó el buen Justiniano, circuido de sus compañías de masones que llegaban del iniciador Oriente, y traían reminiscencias de las fábricas de Salomón; mística iglesia levantada entre las ruinas del mundo antiguo, como la nave de Noé, flotante en el universal diluvio; mística iglesia que han compuesto los ladrillos de Rodas, que han ornado los despojos de las romanas conquistas; en cuyas paredes se veían las ocho columnas de mármol verde de Epeeso, guardando aún el reflejo de Diana, y las otras ocho de obscuro pórfido traídas del templo de Balbek, consagrado al sol; las lápidas de frigio jaspe blanco, atravesado por vetas de rosa, y las de libio jaspe celeste; los mosaicos y los cuadros de la más ortodoxa escuela bizantina, todos resplandecientes de oro y de cristales, rompiendo y reverberando la luz desprendida de las mil lámparas, cuyas mechas alimentadas por olorosos aceites, iban á formar juntamente con los cirios como puntos de mágicos colores en las facetas de los brillantes y demás piedras preciosas, sembradas por los altares y por los santuarios, dignos todos del soberbio esplendor y del fastuoso lujo de la antigua Asia, la cual jamás vió en sus colosales monumentos una rotonda como esta rotonda, á la que se prenden todavía las místicas oraciones y las consoladoras esperanzas de toda la raza griega. Y estas esperanzas se exaltan á impulsos del dolor cuando recuerda el corazón despedazado la profanación del templo, la caída de sus altares, la desaparición de sus mosaicos, la ruina del santuario, la sustitución de la cruz griega por la media luna musulímica, la entrada de Mahomet á caballo en el templo ensangrentado, recordando la entrada de Tito en Jerusalem, y la desolación y la servidumbre de la Iglesia, señora de las iglesias y de la ciudad, soberana de las gentes. Una tradición antigua, consuelo de todos estos dolores, una tradición que los griegos cuentan á los griegos en todas sus generaciones. Era el día de la conquista. Los fieles que no pudieron ir hacia las murallas á pelear y morir

heroicamente con el último de los Constantinos, se refugiaron en el templo á impetrar la divina misericordia. Decíase la misa como si nada al exterior pasase. El aroma del incienso se mezclaba con el hedor de la sangre; el cántico de los sacerdotes con el grito de los heridos y de los moribundos; el rumor de los rezos con el estruendo de las armas; y de pronto, en la ceremonia más solemne de la misa, el conquistador aparece como si fuera montado en el caballo fantástico del Apocalipsis, asemejándose á los ángeles exterminadores, con la cimitarra chorreante de sangre en las manos, y los relámpagos de la cólera guerrera en los extraviados ojos. El sacerdote interrumpe el Santo Sacrificio y huye con los fieles. La puerta por donde ha huído se tapia milagrosamente y desaparece. Mas pronto caerá la media luna, y entonces el sacerdote fugitivo se levantará de su sepulcro para celebrar esta pascua de su raza. La misa que había dejado interrumpida por cuatro siglos, se reanudará en el mismo instante. Las lámparas de oro vendrán como un enjambre de estrellas á beber en el santuario su lumbré. Y Santa Sofía, resucitada, será más hermosa que en tiempos de Constantino y de Justiniano, como María en su asunción á los cielos, ó como Cristo en la mística montaña del Tabor.

XVI.

La ortodoxia griega se muestra, pues, á la manera del antiguo rito mozárabe español, como la más formidable enemiga de la religión musulmana y como la más viva encarnación del Cristianismo. Pero no cabe dudarlo. Hasta la hora de su separación definitiva del Catolicismo, la religión griega estuvo llena de vida, de ideas, con esa profunda interioridad psicológica

que anima las religiones vivas y les da verdadera virtud para saciar la sed del espíritu y calmar sus acerbos dolores. Todas las ideas de la filosofía entraban á una en su seno como ricos manantiales filtrados desde la razón humana en la fe sobrehumana. Todos los pensadores iban á su regazo completando las ideas platónicas con las ideas cristianas. Como aquella rica lengua griega no parece capaz de ninguna debilidad, ni de ninguna decadencia, la literatura heleno-cristiana competía con la antigua literatura clásica y continuaba su inmortal hermosura. El Crisóstomo hablaba una lengua tan dulce y San Basilio una lengua tan enérgica como los primeros escritores, bien al revés de esa literatura latina, tocada desde el principio de los tiempos eclesiásticos de una irremediable decadencia y de una hinchazón de muerte. Mas digamos toda la verdad; en cuanto el divorcio se consuma entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente, el helenismo eclesiástico decae, la antigua idealidad se extingue, y una vida mecánica y una fuerza temporal sustituyen al vigor de los dogmas y á la riqueza y á la variedad de las ideas. La ortodoxia griega se somete al Estado y se convierte en puro instrumento del Estado, en rueda de su máquina. El patriarca no dependerá de los Papas de Roma, pero pasará á cortesano primero del emperador. Las grandes discusiones sobre Dios, el Verbo, el Espíritu Santo, se reemplazarán por las disputas y los ergotismos teológicos acerca de obscurísimos puntos é intrincados é indescifrables problemas. Los circos sucederán á los concilios, y los azules y los verdes á los sabios elocuentes y á los Padres virtuosísimos. Por el trisagio, por el pan de la cena mística, por otras mil cosas teológicas, se empeñarán batallas en las cuales una mitad de los vencidos caerán muertos y la otra mitad esclavos, no quedando más recurso que el sepulcro ó el mercado. La pasión religiosa encenderá los ánimos, y los ánimos encendidos de ira incendian los templos y hospitales, donde mueren carbonizados millares de creyentes y millares de enfermos. La Iglesia latina podrá servir de ejemplo para demostrar cuán débil es un estado que se somete al clero;

pero la Iglesia griega servirá de ejemplo para enseñar cuán débil es un clero que se somete al Estado. Poco á poco, los emperadores bizantinos concluyeron por hacer de la religión una rueda mecánica del Estado.

XVII.

Y esta rueda llegó más tarde á caer en manos de los turcos, que la aprovecharon para montar la máquina de servidumbre donde debía languidecer el espíritu cristiano. Reprodújose muchas veces aquel tristísimo espectáculo de la España árabe, tan deplorado por todos los escritores cristianos y mártires, aquel espectáculo de un califa cordobés presidiendo sínodos cristianos, firmando símbolos y declaraciones de fe, árbitro de nuestras diferencias, juez de nuestras herejías, jefe de nuestra Iglesia, que hallaba fácilmente por la simonía obispos dóciles y fácilmente por el terror cristianos debilísimos, para que aquéllos decretaran y éstos cumplieran cánones opuestos á la fe de Cristo y á los dogmas de la Iglesia, sobre cuya santidad se sobreponían las exigencias de la política y las cábalas del Gobierno. La religión, por su naturaleza, no es el miedo, como suponían los antiguos al idear que el hombre alzó la cabeza á las alturas y prestó culto á lo desconocido el día que oyó bramar el huracán ó rugir el trueno; la religión es la idea humana que tiende á lo infinito como la planta tiende á la luz; el amor inmenso que se sobrepone y vence á las sombras de la muerte; la elevación del alma á las alturas inaccesibles del Eterno, desde donde baja en lenguas de fuego la revelación con todas sus sacrosantas inspiraciones sobre nosotros; la tendencia incontrastable de nuestro frágil y deleznable ser á unirse con el ser perfecto y absoluto; la nota divina que hay en todas las

artes; la melancolía infinita que hay en todos los amores; el vuelo místico hacia otro mundo mejor que hay en todas las grandes aspiraciones; la nostalgia del cielo, que hay en todas las almas; el deseo de convertir la vida entera en una nube de incienso que se eleve á las alturas y se disipe en la eternidad. No hay manifestación alguna del espíritu humano que tanto necesite de la libertad como las manifestaciones religiosas. Nacidas de lo más íntimo de nuestro ser; ligadas con toda la parte moral y toda la parte espiritual de nuestra naturaleza; las manifestaciones religiosas buscan á Dios, y en Dios encuentran toda su satisfacción. Si las sometéis al Estado, si las sujetáis á su arbitrariedad, si las resumís en los fines puramente mundanales, mancháis el alma, y con el barro que ponéis sobre sus alas casi la imposibilitáis para lo infinito. Nada tan profundamente íntimo; nada tan espontáneo como la religión, que se confunde en esta espontaneidad y en esta intimidad con el amor. Desde el día y hora en que la sometéis á la fuerza, le quitáis toda su naturaleza. Así sucedió en Bizancio; y así el bizantismo ha sido proverbial en todas las lenguas de la tierra.

XVIII.

Han terminado ambos Cuerpos Colegisladores en España los debates acerca del Mensaje á la Corona, y con esta saludable terminación se han terminado también los debates acerca del magno asunto, nuestro por excelencia, del asunto de Cuba. Llenas de peligros estas controversias candentes, empeñadas entre guerras materiales, en que la sangre corre y el incendio arde, temíamos con razón incidentes desagradables sobre las causas de nuestras desdichas é imputación del origen y motivo

de ellas por unos partidos á otros partidos, estando todos en lucha. Por nuestra fortuna, el sentimiento nacional supera y sobrepuja todos los sentimientos en el corazón de los españoles y les arrastra, cuando cualquier peligro amenaza la nación, áun al sacrificio más difícil en pueblo elocuentísimo y amante de la elocuencia y de todas sus manifestaciones, al sacrificio de la palabra y de la frase. Tras la circunspección, á que ha obedecido toda la parte del elemento liberal, deseosa de reformas en Cuba, y las palabras elocuentísimas del Presidente prometiéndolas así que lo permita el honor de nuestras armas y el estado de nuestra guerra, no hay lugar á vacilaciones respecto del unánime afecto patrio y liberal, sobre todos los españoles imperante hoy en este gravísimo problema. Ni los liberales pretenden, según las declaraciones de sus primeros oradores, acabar sólo con reformas la guerra, ni los conservadores coronarla sólo con violencias. Los primeros comprenden que no se pueden hacer actos de soberanía en un territorio sino teniendo sobre él una dominación incontestada; y comprenden los segundos que no se puede continuar un régimen demasiado tirante allí donde por todas partes se respira el oxígeno de la libertad. Por fortuna el partido conservador español, con su ilustre jefe y amado amigo mío, el Sr. Cánovas, no adolecen de inflexibilidad y de intransigencia. Por el experimento saludable de las reformas democráticas, hecho en la península, generador aquí de una paz profunda y de una libertad sin límites, han sacado la cuenta de los bienes expectables en las Antillas á su aplicación, y no pueden retardarlas, y menos combatirlas. Así resulta lo que no podía menos de resultar, en la real viviente lógica de los hechos: resulta que todos tomamos como punto de partida el sistema progresivo, unánimemente votado en ambos Cuerpos Colegisladores, y todos miramos en este sistema un punto de partida necesario para futuros progresos. No desconfiemos, pues, de la democracia y de la libertad, en todo el mundo pródidas, en todo el mundo salvadoras. Cuba podrá merecer un castigo por haber desco-

nocido nuestro sumo derecho y haber lanzado sobre nuestra paz el brulote de su insurrección parricida; pero hasta en el castigo hay elementos regeneradores, los cuales acabarán por librar de monstruos aquella tierra, empapándola en la vívida luz de nuestro espíritu nacional.

XIX.

Muchas nubes pasan por el horizonte de nuestra España y una ligerísima por el horizonte de Francia en este minuto ha pasado. Cierta loco se ha permitido llamar el interés público sobre su persona, disparando un pistoletazo con pólvora y sin balas, al presidente de la república. No es mal recurso el disparar un tiro para despertar interés y atención en el público. Por las vías que todo lleva, y dadas así la curiosidad que provocan las fuerzas destructoras como la indiferencia con que todo acto bueno es acogido en esta fase pesimista del espíritu público, habrá necesidad previa de ser criminal para ser interesante. Así comprendo que por veto, no coercitivo, ya que á la necesaria libertad se oponga éste, por veto moral, convengan las gentes poco á poco en divertir la vista de los escándalos, resolviendo no leer sus noticias y relatos. Caserio mató al bueno é inocente de Carnot, movido del amor al renombre y á la gloria. Si entendiera que sólo conseguía el público menosprecio, sin vidas trazadas por los Plutarcos del crimen y sin retratos puestos en todas las Ilustraciones europeas, acaso no matara el cuitado á su víctima infeliz. Yo no digo se lleven las restricciones á la divulgación del crimen hasta los extremos donde las lleva Portugal, quien suprimiera casi todos sus periódicos por entender son reos de lesa moral pública cuando refieren las hazañas de los anarquistas barceloneses. El dere-

cho coercitivo no consigue fruto si están pervertidas las conciencias y las costumbres; se impone la coacción moral, nacida del consentimiento y del asentimiento de todos, por su virtud y por su eficacia. El exceso de interés prestado al crimen prospera éste; y tal exceso no puede curarlo quien escribe, sino por advertencias ó imposiciones de quien lee. Así el pobre loco parricida para su capote habrá dicho que si le hubiera pasado por el caletre la idea de hacer bien á alguien, quizás no lo notara el mismo beneficiado, mientras pasándole por el caletre la idea de atentarse á un jefe de Estado francés en la fecha gloriosa del sitio y rendición de la Bastilla inspiraba todas las plumas, movía todos los telégrafos, animaba todas las conversaciones, y se hacía célebre. Pues que goce de su fama infame toda la vida en un manicomio. Y si con él pudieran encerrarse así el instinto de imitar lo perverso como el despotismo de la moda, iríamos ganando mucho.

XX.

Muchas y muy graves cuestiones se van aglomerando en Italia. El exceso de armamentos, á que la triple alianza y la política colonial condenan al pueblo italiano, trae dispendios, bajo cuya pesadumbre toda economía en las funciones mercantiles é industriales se perturba y se rompe ó desequilibra todo presupuesto, no por excesivo, por incalculable. Ha querido el ministro de la Guerra ocurrir al mal del gasto dispendioso rebajando altos puestos con plazas numerosas en el estado mayor, y la corte le ha mostrado su disgusto querellándose de que olvidara como hay dos departamentos intangibles, uno y otro cortesanos por modelarse al pensamiento del Rey, los departamentos de Guerra y Estado, pues en el segundo,

en extranjeros negocios, ningún ministro puede salir de la triple alianza, y en el primero, en múltiples armamentos, ninguno salir de un ejército numeroso y muy pagado, sin tropezar con regias repugnancias. Ha tropezado con ellas el general Ricotti, por lo cual ha tenido que retirarse. Y las economías no saldrán por ninguna parte pudiendo asegurarse que si Crispi no gobierna, reina, siguiéndose por este reinado indudable toda su política. ¡Extraño fenómeno! El tiempo de la organización del reino italiano todos los jefes de grupo y de partido eran piemonteses generalmente; hoy las dos cabezas de las dos grandes fracciones, así Rudini como Crispi, son de Sicilia, isla casi griega por su antigua historia y casi española por su historia moderna, en la entrada del Mediterráneo heleno y oriental, tan próxima de Italia como de Africa, y expuesta lo mismo á estremecimientos volcánicos que á estremecimientos revolucionarios. Uno y otro siciliano han tenido que mostrar interés por Sicilia, y Rudini se ha resuelto á establecer un vir-reinato como el existente allá en los tiempos de nuestra dominación, con un vir-rey, que parecerá el alma en pena de los antiguos soberanillos destrozados por el triunfo y el poder de la unidad italiana. Que no salga la federación por ninguna parte ahora en estas dificultades, pues acabaría con la nacionalidad.

XXI.

Toda crónica tiene que ser por fuerza una necrología, y toda necrología tiene que pecar por fuerza de tristeza. Cosas tristes las guerras de Cuba y Abisinia, las desgracias de Italia y España, el contratiempo último en la república francesa de su digno presidente. Y cosas no menos tristes la muerte del

escritor alemán Curtius, y la muerte del escritor francés Goncourt. Yo no conocí personalmente ni á uno ni á otro. Goncourt en su libro último, dice que nos encontramos un día casa de Julio Simon. No lo recuerdo yo. ¡Y añade que cambiamos los sombreros al irnos. Tampoco lo recuerdo. Desconozco, pues, cómo era su sombrero; pero mis frecuentes lecturas de sus obras hame dado á conocer cómo era su cabeza. Por regla general el estilo y el lenguaje se hallan en Francia muy bien trabajados. Y se parecen sus escritores á los artistas florentinos del siglo décimoquinto, desiguales en genio, pero iguales en gusto, y todos con un aire á la Ciudad-Musa, que da gloria. Luego en arte de hacer libros y arreglarlos todos los franceses son maestros. Ni alemanes, ni sajones, ni nosotros ni nuestros hermanos de Italia saben disponer y arreglar un libro como los vecinos de allende el Pirineo. Así Goncourt hizo libros tan bien dispuestos y los esmaltó con estilo tan sabio cual todos los franceses. Y no obstante la regularidad nacional, cometía muchas extravagancias. Por grandes y extraordinarias tengo sus preferencias del arte japonés, á un ritual sujeto como las antiguas artes hieráticas, con prototipos sin expresión y sin variedad, muy deslumbrador á causa del brillo de sus lacas, algo parecido al arte semita en esto de reproducir mejor las cosas inanimadas que las animadas, precioso como los joyeles, pero sin verdadera inspiración libre, ni verdadera vida real. El arte japonés habla mucho á los sentidos y recrea la vista. Por consecuencia debían holgarse con él escritores más dados que á expresar ideas á expresar sensaciones. ¡Cuánto les gustaban las minucias á estos gemelos, al muerto hace diez años y al muerto ahora! Parecían los hermanos siameses de las letras. Así, ni uno, ni otro, pintaban al fresco en colosales paredes; uno y otro hacían acuarelas ó miniaturas. A la vista, en mi estudio tengo la historia de Antonieta y el volumen sobre la sociedad francesa en el período revolucionario. Nadie supera en reproducir minucias y detalles á estos dos escritores. Mas no veían el cielo infinito y menos aún las estrellas

fijas que se llaman ideas eternas. Parece imposible traten asuntos como el terror y hagan reír en todas las páginas. Parece imposible recorran un espacio de tiempo cual el período revolucionario y no vean los pensamientos mayores, verdaderos ó no, que por todas partes allí relumbran ó relampaguean. Si ven alguno, pasa como un bólido. Renan decía de los Goncourt que nunca se habían podido elevar á la contemplación de un ideal superior, que lo veían todo con microscopio, encontrando muchas fealdades ocultas á la vista serena y propia del entendimiento, que sus almas no habían penetrado en ideal ninguno. Sea de todo esto lo que fuere, una originalidad casi extravagante, una lengua fácil, un estilo galano, un mariposeo continuo sobre todas las florestas que tentaban su gusto han caracterizado á estos dos hermanos, verdaderas curiosidades hasta en el ingenio francés.

XXII.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ARZOBISPO BARCELONÉS

Todo lo contrario, Curtius había pasado su vida en comercio perpetuo con los modelos más acabados de las letras clásicas, y había en ellas aprendido la correctísima serena perfección. Su *Historia de Grecia* pasa por uno de los monumentos que ha levantado el siglo en letras y ciencias históricas. Comprender la vida griega, tan varia y rica en sistema lógico encadenado perfectamente, y reproducirla en forma que no desmerezca de aquellas esculturas perfectísimas, y de aquellas líneas armoniosas, ha parecido á todos un prodigio tan extraordinario, que Curtius pasa como uno de los primeros en la pléyade luminosa de nuestros escritores máximos y eximios. Atenido al sistema hegeliano que hace asunto del historiador y de la ciencia suya toda manifestación del espíritu, lo mismo encon-

tráis en tan brillante museo una historia de las letras, que una historia de las ciencias, todo enlazado con la vida social y con sus fases diversas. Mas no brillaba solamente Curtius por su erudición sistematizada en armoniosa filosofía; brillaba por sus ideas de progreso y de reforma social. Crecido bajo el imperio de las armas, no hizo caso del timbre de las victorias, y se consagró á predicar la paz perpetua. Quizás el anficionado griego le dió la idea del anficionado europeo. Quizás evocando aquellos congresos coronados por los laureles del arte, soñó con otros congresos coronados con todas cuantas ideas diera de sí la ciencia moderna. Lo cierto es que todo el mundo le atribuye la filosofía dulce y serena del pobre y malogrado Federico III, á quien llamaban sus contemporáneos y sus compatriotas como á Tito, delicia del género humano. Cuanto más padecemos al gravamen de la guerra, más de prisa convertimos los ojos arrasados de lágrimas á cuantos sistemas y á cuantos pensadores han proclamado y mantenido la paz universal. Y como la guerra es fuerza, violencia, incendio, matanza, devastación, aniquilamiento, y por ende un despotismo opuesto á otro despotismo, predicando la paz, predicamos también la idea capital de nuestra vida, la santa libertad.

EMILIO CASTELAR.

San Sebastián, 26 de Marzo de 1896.

SOBRE LA POESÍA

DE LOS

ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES

(CONTINUACIÓN.)

En esto ve Durán la causa de por qué lo aventurero y maravilloso que él hace derivar del oriente, el «orientalismo,» adquirió carta de naturaleza antes y más general en la poesía caballeresca feudal que en la española, que antes de imitar á aquélla, se mantuvo, á pesar de su trato con los árabes, completamente libre de tal orientalismo, porque representaba un caballerismo nacional y propio que arraigaba en la realidad y en el suelo español y cuyo más preeminente héroe era el héroe nacional, el Cid.

Aun cuando hay mucho de verdadero y perspicaz en estas opiniones, me he de permitir presentar á ellas algunas reflexiones, ó por lo menos limitaciones. Así me parece que necesita ser atenuada la suposición de que los romances caballerescos hayan sido sacados casi exclusivamente de fuentes extranjeras por tradición literaria, atenuación fundada aquí en el desarrollo formal y según el principio de que proceden los romances, criterio que es en todos los casos el más seguro. Durán tiene razón, sin duda alguna, por lo que hace á los roman-

ces que provienen del principio artístico y que se formaron artísticamente; no puede menos de reconocerse que los romances juglarescos que tratan en gran parte de leyendas del citado ciclo carolingio tienen por fundamento modelos literarios extranjeros, las *chansons de geste* francesas; y aún más, que estas tuvieran en general, como lo he mostrado más arriba, una influencia esencial sobre el desarrollo de la actual forma del romance. Es además innegable que muchas de ellas pasaron á España por tradición oral, las trasplantaron los errantes *jongleurs* franceses, y en España se enlazaron con leyendas análogas indígenas (v. gr., la de Bernardo del Carpio, de Gaiferos, etc.) Finalmente, que entre los romances caballerescos que cantan aventuras de amor, hay algunos que llevan el sello de la tradición por boca del pueblo y del nacimiento en suelo español, apenas lo pondrá nadie en tela de juicio por descansar en la naturaleza misma de las cosas, lo cual él mismo ha reconocido en lo especial de este género, contradiciendo lo que dijo al caracterizarlo en general.

Pero que en España las leyendas caballerescas no hayan ido más allá que el cultivo rapsódico en romances; no se hayan encadenado, como por ejemplo en Francia, para formar conjuntos encíclicos, epopeyas populares; que hayan quedado los romances libres de todo lo místico-maravilloso que Durán designa como «orientalismo,» habiendo de buscarse la causa de ello exclusivamente en el caballerismo antifeudal especial de España; todo esto me parece que necesita una modificación, aún cuando halle yo muy notable el desarrollo y característica que Durán le asigna y no niegue su influencia sobre la poesía caballeresca popular española. Descansa, como lo he dicho ya antes, la causa capital de la falta de condiciones fundamentales de una épica pura, originaria, verdaderamente popular en España, en la falta de aquella continuidad de un heroísmo místico y de una creencia popular pre-cristiana, en la falta de una más elevada unidad épica («un pensamiento de unidad trascendente propia del poema épico,» como dice el mismo Durán). Por esto

podían y debían constituirse desde un principio, entre los españoles, en la forma épico-lírica de cantares populares, de romances, y permanecer en ella, no sólo las leyendas caballerescas, sino también las históricas; por esto los elementos míticos (de ningún modo meramente «orientales» sino también de origen céltico y germánico) fueron siempre extraños á los españoles, no sólo por arrancar del extranjero, sino por extraños á todo su modo de pensar y de ver las cosas, de tal manera que precisamente por estas causas, entre todos los pueblos de Europa, es tal vez entre los españoles donde se hallan menos cuentos populares peculiares de ellos, como lo ha observado también Durán (pág. 22) (1); por eso los romances hechos ya desde el siglo XVI, siguiendo á libros de caballería extranjeros ó á imitaciones indígenas de ellos (Amadís, etc.), adoptaron todo el aparato de hadas, encantadores, gigantes, etc.; y, lo mismo que sus fuentes, jamás llegaron á ser verdaderamente populares en España.

Durán ha clasificado los romances caballerescos: primero, en caballerescos sueltos y varios, que caracteriza de esta manera:

«Es la más interesante, porque casi toda se compone de romances de época tradicional; porque se aproxima al orientalismo que recibimos inmediatamente de los árabes; porque aún así carece de pretensiones literarias; porque expresa bien y sencillamente las pasiones íntimas y las creencias populares; porque está libre de exageración y de amplificaciones estudiadas; porque es más dramática que las otras, y en fin,

(1) V. J. Thoms (*Lays and legends of Spain*, Londón, 1834) se lamenta de esta falta de cuentos y leyendas españolas propias, y se pronuncia contra la sentencia de un *distinguished writer in the* (distinguido escritor de la) *Quarterly Review*, que con toda la imparcialidad de un revistero y todo el espíritu limitado de un inglés, echa la culpa sólo á la Inquisición de haber comprimido el desenvolvimiento de los cuentos y leyendas en España.

»porque conserva ciertas tradiciones de creencias orientales
»que proceden ó han dado origen á aquellos cuentos maravi-
»llosos, que en el hogar doméstico entretenían largas horas á
»nuestros antepasados. Algunos de sus romances son quizá los
»únicos vestigios en que se presenta más puro y menos modifi-
»cado aquel espíritu narrador, aquella necesidad, tan irresis-
»tible entre los pueblos de Oriente que carecen de teatro, de pa-
»sar las largas horas de la vida escuchando cuentos poéticos
»que las hagan apacibles. La mayor parte de ellos parecen
»fragmentos de largas historietas que no han llegado comple-
»tas á nuestra época, si no que sea en las fábulas orales, que
»las ancianas suelen referir aún á los niños y gente crédula: fá-
»bulas en todo muy semejantes en su esencia y en sus formas
»á los cuentos maravillosos que los árabes nos han transmitido,
»como los aceptaron de otros pueblos más antiguos del Asia.»

En todo este modo de caracterizarlos hay, junto á mucho muy notable y verdadero, algo concebido de manera muy parcial y expuesta, por lo tanto, á error. Los prejuicios nacionales ante todo y el escaso conocimiento que de la mitología céltica y la germánica tiene el autor, tan docto y perspicaz por otra parte, le han llevado á tomar como de origen «oriental» por mediación de los árabes, todo lo que se aleja de las creencias en hadas y encantamientos; parece, además, no haber establecido diferencias bastante estrictas entre romances de tan diferentes orígenes como los comprendidos en esta subdivisión, mezclando casi caprichosamente, podríamos decir, notas que caracterizan su heterogeneidad en origen y forma, y trasladando á los antiguos, legítimamente populares, las que sólo sirven á lo sumo para algunos posteriores ó totalmente artísticos, y hasta presentándolas por notas fundamentales de todo el grupo. Pues es cosa verdadera y basada en la naturaleza misma de las cosas que precisamente entre los romances de este género hay algunos «los más interesantes precisamente» por ser los más legítimos y populares; pero en los cuales apenas descubrirá un conocedor despreocupado traza alguna del

llamado «orientalismo,» apenas nada fabuloso; porque son la expresión lisa y llana del más íntimo sentimiento nacional y de la fe popular, tan privativos y propios de los españoles y que se separan tanto de los sentimientos y creencias de los pueblos vecinos (franceses y árabes) que el mismo Durán, como lo he mostrado, ha hallado en lo que él llama «orientalismo» un recurso para presentar el caballerismo español en su oposición al feudal y al culto de éste por lo místico-maravilloso, y explicar así lo patente de este fenómeno. Sólo se hallan huellas de creencias en hadas y encantamientos en un par de romances caballerescos populares de los más antiguos, pero que son á luces claras de origen francés; en algunos romances juglarescos hechos sobre las novelas de caballería impresas en el siglo XVI (como por ejemplo; de Floriseo, cuya fuente impresa, que ha escapado á Durán, he mostrado en mi memoria sobre la colección de Praga), ó completamente artísticos (como en los ampulosos romances que Lucas Rodríguez compuso sobre Albano y Felisarda.) Se hallan ya elementos fabulosos en los pocos que Durán ha publicado aquí por primera vez tomándolos de la tradición oral ó arreglados por él mismo de fragmentos tradicionales, pero sacados de las leyendas populares generales en Europa, que se extendieron en tiempos modernos hasta en España, leyendas contenidas en algunos romances vulgares de los que hemos de hablar más adelante. (1) Así, el romance de *El Conde Sol*, por ejemplo (núm. 327, *Pri-*

(1) A pesar de las conocidas colecciones de apólogos pertenecientes á la Edad Media, del judío español Pedro Alfonso, del infante D. Juan Manuel y de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, y del arreglo catalán de una leyenda fabulosa de la «doncella sin manos» («Historia del rey D'Ungría;» véase sobre ella la *Biblioteca de autores españoles* III, 9, y mi ensayo sobre el *Pentamerone* en los *Jahrbücher der Litteratur* de Viena) no se ha conservado rastro alguno de ellas en los más antiguos romances populares, sin que adquirieran los españoles conocimiento de los cuentos de otras naciones hasta el siglo XVI, y esto por los franceses é italianos, siendo entonces cuando fueron penetrando en el pueblo español.

mavera, núm. 135) publicado tomándolo de tradición oral (de Andalucía, en el distrito de Ronda) tiene rasgos que recuerdan el cuento, conocido de todos, del gato con botas, y más aún el del rey Barbazul. Si en este romance no se reconoce este último cuento más que en algunos rasgos, se halla por el contrario su contenido esencial completo y exornado además con otros accesorios tomados de otros cuentos, en los romances núms. 308 á 316, refundidos por el mismo Durán y cuyo original pretende haber leído en su juventud en un manuscrito, perdido ya, del siglo XV (?) aunque le parece haber sido compuestos más remotamente, y que ha procurado reproducirlos de memoria con la mayor fidelidad que le ha sido posible, habiéndolo hecho con gran acierto. Pero podría dudarse y no poco de que los originales, aun cuando el manuscrito fuera efectivamente tan antiguo, hubieran sido anotados en forma de romance, pues entonces apenas se creían todavía dignos de ser puestos por escrito los romances (1). Pudieron más bien haber sido *romances* (si es que efectivamente llevaban este título en el sentido más antiguo de esta palabra) esto es, poemas caballerescos, según la manera del *Libro de Apollonio*, de la mencionada *Historia del rey d'Ungría*, etc., compuestos igualmente sobre modelos franceses. El mismo Durán considera la tradición francesa como fuente inmediata de sus romances fabulosos, publicados en el lugar citado, haciéndolos derivar de las mismas fuentes que la conocida novela de Alamaní, que concuerda con ellos (2).

(1) Dice Durán de este manuscrito: «De todas maneras, la pérdida del códice que contenía el original de éste y más de otros cuarenta romances (?), á lo que recuerdo (!), es irreparable; pues si, según presumo, era de la primera mitad del siglo XV, sería el único documento que contra la regla general acreditase la existencia de una colección manuscrita de romances viejos y populares anterior al siglo XVI, de los cuales romances alguno tomaba su asunto de las fábulas de origen sanscrito (?).»

(2) Acerca de los cuentos que hallamos también en el *Pentamerone*, (IV, 10: *La soperbia castecata*) véase mi reseña de éste (l. c., pág. 243).

Por lo demás, hállese en esta sección, como ya se ha dicho y es natural, la mayor variedad, romances de casi todas las clases, desde los pocos y preciosos restos de la antigua poesía.

Durán cita (Prólogo, pág. 22) otros cuentos que llegaron á España por transmisión oral, como v. gr. «El cuento de la reina convertida en paloma», (probablemente el del mismo nombre, que se halla en el *Pentamerone*, II, 7), y el «del negro Gafitas de la Luz, cuya amada, perseguida por sus padres, y sometida á trabajos imposibles, llamaba á las aves, que con sus lágrimas lavaban, y con sus picos planchaban la ropa que la joven debía preparar», ¿tal vez de un cuento análogo, el de «la raíz de oro», que se halla en el *Pentamerone*, V, 4, y en el *Wathuman*, sueco?) Durán tiene estos cuentos por de origen oriental; pero no sabe admirarse bastante de que no se hallen en España ni originales arábigos de ellos, ni redacciones españolas, habiéndolos él conocido tan sólo por tradición oral: «Yo me acuerdo que en mi niñez, en mi edad adulta, y aún ahora en mis viejos años, oía y oigo en boca de las ancianas rudas una multitud de estas narraciones, con un inmenso placer, y que aún excitan mi anhelosa curiosidad. Pero ¿en qué tiempo nacieron? ¿Cuándo se popularizaron? ¿Por qué no se convirtieron en romances, ni se han escrito?» Yo creería que porque estos cuentos desde el siglo XVI empezaron á emigrar á España, en gran parte desde Francia é Italia (el *Pentamerone* puede haber suministrado algunas de ellas), habiendo sido recibidos entre el pueblo más tarde, hallándose refundidos muchos de ellos en los romances vulgares de los siglos XVII y XVIII. A pesar de lo cual, sería muy de desear que Durán no desistiera del cuidado de hallar el verdadero tono de la narración para publicar los cuentos que han llegado á su conocimiento mediante la transmisión oral; pues aún cuando apenas aumentara por ello con nuevos materiales nuestro tesoro de cuentos, es sumamente interesante el ir conociendo cada vez mejor el modo y manera de las versiones españolas. Durán sería un hombre enteramente á propósito para ello, y si necesitara modelo, lo hallaría á medida del deseo en los *Cuentos domésticos y de niños*, de los hermanos Grimm. Nuevas pruebas del origen *extranjero* de los cuentos que entraron en España por medio de la tradición francesa é italiana, las dan los cuentos de la ya citada *Leyenda de las tres toronjas*, en que Durán ha seguido, al arreglarlos más artísticamente, el *Pentamerone*, (V, 9) así como los cuentos narrados en Cataluña, siguen los más á la misma fuente, (v. mis *Proben portugiesischen und catalanischen Volksromanzen*, pág. 37 y sigs.) V. también: W. Grimm, *Spanische Märchen*, en el *Zeitschrift f. deutsch. Alterh.*, de Haupt, tomo XI, págs. 210 y sigs.

popular, hasta los ingeniosos y aliñados romances artísticos de Góngora, y los ampulosos y afectados de un Lucas Rodríguez; y al lado de los romances del período de transición los más antiguos romances juglarescos, los de los poetas artísticos del siglo XV, los refundidos á la manera de Sepúlveda y Timoneda, y los romances de ciegos de fines del siglo XVI, y hasta romances de la tradición oral del presente.

La segunda subdivisión contiene los romances compuestos siguiendo á las novelas caballerescas españolas, y los que Durán intitula *Romances caballerescos de las Crónicas galesas*, por reposar, lo mismo que sus fuentes, en puras ficciones de un supuesto origen galo ó griego (fábulas galo-grecas). Son cuatro romances (uno en el apéndice, núm. 1.890) según el *Amadís de Gaula*, (yo he dado uno quinto sacado de la colección de Praga, y que ha quedado desconocido para Durán), y trece romances de Lucas Rodríguez, que narran las aventuras del caballero del Febo, siguiendo al *Espejo de príncipes y caballeros*. Durán cree que los romances de Amadís fueron compuestos ya en la primera mitad del siglo XVI, y se admira de su poco número, dada la gran difusión que alcanzó esta novela. Pero esto es una nueva prueba de su poco arraigo y de su falta de verdadera popularidad, por lo cual había quedado circunscrita nada más que á ser la lectura de moda del círculo galante y cortesano. Los romances de Lucas Rodríguez no pasan de ser meras curiosidades literario-históricas. Podrían añadirse á esta sección todavía un par de romances caballerescos de los que Durán incluye en la primera, como el de Gil Vicente de *Don Duardos y Flérida*, (núm. 288) basado en la novela de *Palmerín de Inglaterra*, y el que Andrés Ortiz hizo (núm. 287) de *Floriseo y la reina de Bohemia*, sacado también de una novela impresa de la misma familia.

La tercera subdivisión: *Romances caballerescos de las crónicas bretonas* no da aquí tampoco más que tres del *Cancionero de romances*, los conocidos de Lanzarote (dos), y de Tristán (para la variante de este último, que se halla en el núm. 1891

y que hemos publicado también Geibel y yo, v. la colección de Praga, pág. 99) Durán juzga con razón que estos romances no están compuestos antes del siglo XV. Pero también aquí se maravilla de que, á pesar del conocimiento que de las leyendas bretonas tenían los poetas artísticos de la Edad Media, como lo prueban sus frecuentes alusiones (sobre todo en el *Cancionero de Baena*), á pesar de que habían sido ya traducidos é impresos en español á fin del siglo XV y principio del XVI varias de las novelas en prosa de este ciclo (*Lanzarote, Tristán, Baladro de Merlin y Jufre*), sin embargo existan tan pocos romances de ellas y parezca que hallaron tan poco eco en el pueblo español tales leyendas. Remito al intento de explicación de este fenómeno que se ha dado más arriba, con el cual casi concuerda el mismo Durán, á saber, que sucedió eso porque tales leyendas no tenían interés alguno ni nacional ni religioso para el pueblo español, á quien se destinaban en primer lugar los romances, y le eran heterogéneas por su carácter erótico y místico; y podría añadir, que porque servían de preferencia para glorificación de la caballería que Durán llama «feudal», habiendo demostrado que no llegó á ser en España tan popular como en otros países.

Es mucho más rica la cuarta subdivisión, la de los «romances de las crónicas caballerescas de Carlo Magno y los Doce Pares de Francia», como los denomina Durán, que en general los cree nada más que de tradición literaria, tomando por sus fuentes la crónica de Turpín, los «Reali di Francia», las novelas francesas de los hijos de Haymón, Reinaldo de Montalván y Malagis. Yo los habría llamado mejor «romances del ciclo de leyendas carolingias», porque, como ya he hecho notar más arriba, creo hallar en ellos rastros de tradición oral y de una formación propiamente española de leyendas (1).

(1) En pro de mi manera de ver habla también, como el mismo Durán lo ha mostrado, el que no se hallen romances más antiguos de leyendas de este ciclo, á pesar de que las novelas en prosa que las contienen habían

He mostrado ya antes con toda extensión que, áun entre estos romances (fuera de algunos pocos completamente populares pertenecientes á la primera clase,) deben distinguirse dos clases característicamente diferentes, según su origen y su forma, la de los antiguos romances juglarescos y la de los refundidos posteriormente por poetas artísticos ó hechos conforme á las novelas caballerescas. Durán cree con razón, que aún los «romances viejos hechos por los juglares en su actual redacción,» no fueron compuestos mucho antes de la primera mitad del siglo XV; pero en todo caso hállanse precisamente entre éstos los señalados, en general, como más antiguos por su forma y por su lenguaje, los cuales, sin duda, fueron confiados á la escritura mucho más pronto á causa de su extensión (1).

sido traducidas al español, impresas en España, y más tarde difundidas aún en libros populares, como *Flores y Blancaflor*, *Clamades y Claremunda*, etc. Hasta de la conocida leyenda de *Fierabrás* fuente del tan extendido libro popular de Carlo Magno no hay más que romances vulgares de tiempos recientes, mientras que de los más, y precisamente los más antiguos romances juglarescos, como el del Conde d'Irlos, de Gaiferos, Guarinos, Grimaltos, Montesinos, Claros de Montalbán, Caláinos, no han sido hallados hasta hoy ni arreglos españoles, ni siquiera los originales franceses. Pero cuando Durán se admira de que no se halle romance alguno de una leyenda caballeresca que tiene por genuinamente española, á saber, la novela de caballerías de *Tirante el Blanco*, podría hacérsele observar acerca de ello lo mismo que se aplica también á la novela de *Amadís*; pues Ticknor, á pesar de la rectificación de sus traductores españoles, tiene completa razón cuando considera el *Tirante* como una pura ficción de origen portugués, (a) lo mismo que el *Amadís de Gaula*; con lo cual puede compararse lo que dice Ritsón en la docta noticia que en la larga nota al artículo *Tirante* de la *Bibliolheca Greenvilliana* da acerca del catálogo manuscrito de los *romances now in the British Museum*.

(1) He reunido los romances populares y juglarescos del ciclo legendario carolingio en la *Primavera* bajo el título de: *Romances caballerescos del ciclo carolingio*, porque se circunscriben en cuanto á su materia á un solo ciclo, y se diferencian en parte, áun por el carácter formal, de los demás romances caballerescos.

(a) De origen catalán, y de pura invención de su autor Juan de Martorell.—
(M. M. P.)

Con razón ha reunido Durán en una subdivisión especial, la quinta, los «romances caballerescos, cuyos asuntos están tomados de novelas ó de poemas italianos » áun cuando se encadenen al ciclo legendario carolingio, pero que no contienen más que puras ficciones faltas de toda base tradicional ó arreglos paródicos hechos igualmente por poetas artísticos del siglo XVI y XVII, siguiendo á las epopeyas artísticas y á las novelas caballerescas italianas (sobre todo al *Orlando furioso* del Ariosto). Es, empero, digno de ser tenido en cuenta y cosa que comprueba el profundo sentido de los españoles por lo legendario, el que estos romances sacados de fuentes tan turbias sólo tomaran de ellas las partes tratadas más en serio con exclusión de todo elemento paródico, evitando de paso el colorido irónico tan propio de esos poemas. Entre ellos se hallan dos que no se presentan en las más antiguas colecciones, como el núm. 413 que procede de un manuscrito del siglo XVI, y el del número 1892 del suplemento de una hoja volante.

Tales romances de un caballerismo huero é inflado, desfigurados por los poetas artísticos, aunque en serio, con un patético falso y de caricatura, están denunciando á voces un origen igual al de los satíricos entre los moriscos. Forman aquí la sexta subdivisión: «Romances caballerescos doctrinales, satíricos y de burlas.» No hay de ellos más que tres, dos de la leyenda de Durandarte y Belerma (uno muy olvidado, pero muy ingenioso, de Góngora), explotado especialmente por los poetas artísticos, que contiene un sabio consejo que Beltrán participa al recién casado Roldán (los dos anónimos y del *Romancero general*.)

Como meros productos de la poesía artística, se caracterizan por su forma y su contenido los *romances moriscos*, llamados así para distinguirlos de los históricos y legendarios de las guerras y del trato con los moros. Ya al tratar de la historia romántica de las guerras civiles de Granada, de Pérez de Hita, en mi trabajo acerca de la obra de Bouterwek, mencioné la moda que á fin del siglo XVI (entre 1575 y 1585), se extendió

entre los caballeros cortesanos y poetas artísticos españoles, de cantar en disfraz morisco sus aventuras amorosas y sus juegos y fiestas; y expresé allí mis conjeturas acerca de lo que dió ocasión á tal moda, cuyo inventor no puede haber sido el mismo Hita, es cierto, pero que de seguro la dió considerable difusión y provocó imitaciones merced á su historia, que llegó á ser muy gustada. La multitud misma de romances de este género, que como por ensalmo brotaron de una vez, hizo de moda su producción, pues mientras en las más antiguas colecciones apenas se halla rastro alguno de ellos, aparecen de repente en grandes masas en las *Flores* y en el *Romancero general*, y desaparecen, como por cambio de moda, no menos repentinamente, en las subsiguientes colecciones desde la mitad del siglo XVII.

Denuncian también por su contenido y forma su verdadero origen. Aquí no se encuentra ya casi ningún rastro de base legendaria, de historia idealizada; todo se reduce á intrigas de amor completamente ordinarias, celos, fiestas de corte, cabalgatas, torneos; con un ropaje descrito, es cierto, con gran riqueza de detalles y que se da por morisco, pero tan caricaturizado y recargado, que se sofocarían con él no poco los pobres moros que, bajo el cálido cielo de España, tenían que envolverse, por ejemplo, en marlota, albornoz y alquicel, es decir, en una triple cubierta de ropa exterior (1); con nombres moriscos

(1) Véase sobre las danzas y fiestas en traje morisco en la corte portuguesa del siglo XV las *Memorias da Academia de Lisboa*, tomo V, 2, páginas 44-45. El conde de Circourt ha parodiado muy bien en su *Histoire des Mores Mudejares*, tomo III, págs. 325 y siguientes estas mascaradas: «Ces pauvres Mores des romances sont bariolés comme Arlequin, empanachés comme des saltimbanques, emblasonés de devises comme un livre de Saavedra: et quelles devises! des vaisseaux dont *pensée* forme la poupe, à qui *ferme foi* sert de pilote, et dont les écoutilles sont les deux yeux d' un amant, etc.» indicando aquí mismo, págs. 326-327, el traje real y efectivo de los moros de aquel tiempo conforme á las autoridades que conservamos. P. de Madrazo en los *Recuerdos y bellezas de España*, Córdoba (Madrid, 1855, 4, pág. 249), ha hecho observar que era también cos-

muy sonoros, es verdad, pero conduciéndose estos Gazul, Tarfe, Azarque, Lindaraja, Fátima, Zaida, con una galantería tan refinada, llevando en su boca y en sus armas y vestidos conceptos tan sutiles, divisas y sentencias tan conceptuosas que, á pesar de la triple cubierta, se reconoce á los legítimos galanes españoles y á las damas de la corte de Felipe, por cualquiera que no esté inficionado de la misma monomanía. Sirven para ello la forma enteramente artística, el lenguaje elegante, pero rebuscado, los ingeniosos, pero afectados juegos de antítesis, las frecuentes alusiones mitológicas—pues estos moros no invocan á Alah, ni á Resul-Alah, sino á Júpiter y á Venus—la versificación flúida, pero que suena muellemente, la asonancia cultivada con arte, aunque á menudo con rebuscado artificio. (Casi todos los romances moriscos tienen asonancia perfecta ó sonante y división estrófica regular.) Precisamente estos encantos de la forma son los que han deslumbrado á los nacionales, que, como todos los de los países del Mediodía, no pueden resistir á la magia de las melodías dulces y de las imágenes seductoras, aún cuando los mismos críticos españoles más sesudos consideren estos «romances moriscos» como «castellanos y cristianos puros,» y nada más que como juegos y mascaradas de sus poetas artísticos del siglo XVI y XVII, de Góngora y de sus contemporáneos (1). Es cierto

tumbre de la corte de los reyes castellanos Enrique III, Juan II y Enrique IV servirse en fiestas, torneos, juegos, etc., de trajes moriscos. Véase también *Des böhmischen Herrn Leo's von Rozmital, Ritter—Hof—und Pilger-Reise durch die Abendlande 1465-1467*, en la Biblioteca de la Unión Literaria de Stuttgart, tomo VII, pág. 172.

(1) Por ejemplo, las notas en que Alcalá Galiano rectifica la Introducción de Depping, tomo I, págs. 80-81.—Saavedra, duque de Rivas, en sus *Romances históricos*, París, 1841, 8, págs. 6-7, dice: «Entonces nacieron los romances moriscos, engañándose mucho los que, escasos de erudición, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con solo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las creencias que en ellos se atribuyen á personajes moros son los de aquella nación; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos, etc.»

que los mejores de estos romances tienen prerrogativas estéticas peculiares; cierto que merecen en el respecto de la forma ser puestos sobre aquellos viejos populares (un buen número de ellos, sin embargo, está desfigurado por todas las faltas y excrecencias del culteranismo, y pertenecen á los «romances más ridículos, estrafalarios y culterizantes;») pero ya es tiempo de que al tratar de ellos no se cuente entre lo tradicional romántico, ni se alabe como oro de ley, lo que no es otra cosa más que brillante oropel; que de una vez se deje de buscar tras estas máscaras la realidad de la historia ó de la leyenda, y de considerar estas puras ficciones y estos productos de la poesía artística como si fuesen cantares populares ó siquiera imitaciones de originales arábigos. En vano han buscado el buen Depping y todos los que con él se han dejado engañar por el afeite de los romances moriscos tales originales moros; en vano, como lo ha confesado honradamente él mismo (tomo I, págs. 45-48), pues es muy fácil volver á poner blancos á estos moros lavándolos con algo de legía crítica. Tampoco se denuncia en ellos una imitación de romances moros, como en la forma romancesca en general un modelo arábigo, y sería difícil apoyar con hechos el llamado «orientalismo» de la poesía española, frase que se ha hecho corriente desde Bouterwek. Pues la poesía arábica era ya desde un principio más lírica, y cuando los árabes conquistaron á España poseían una poesía artística lírica, completamente formada ya, con una dirección retórico-panegírica predominante, en que, por lo tanto, en vano se buscarían baladas populares que se asemejen, ni áun de lejos, á los romances. La manera de rimar de los romances tiene, como he mostrado, una semejanza meramente externa, casual, con otra arábica, siendo, como la rima en general, una forma que brotó por desarrollo espontáneo de la poesía vulgar latina y románica.

Para dar una significación real á la frase, que ha quedado ya, del orientalismo de la poesía española, se debería probar que ha sido influida por tal orientalismo directa ó indirecta-

mente, ya en cuanto á su materia, ya en cuanto á su forma. Pero como he mostrado la inconsistencia de semejante influjo directo en el respecto formal, del mismo modo, resulta de un examen despreocupado del contenido material y hasta del tono y colorido de la poesía española en su conjunto como en sus partes, que sus peculiaridades características sólo pueden y deben explicarse por una evolución espontánea de elementos nacionales é intereses del tiempo. De tal manera es esto así, que la derivación inmediata de fuentes orientales se limita en toda la poesía española de la Edad Media á algunos apólogos del Conde Lucanor y de las poesías del Arcipreste de Hita, imitación y derivación que son por lo demás comunes á todos los relatos del mismo género de la Edad Media. Por el contrario, no se halla en los restantes productos de la poesía española de aquel tiempo, popular ó artístico, y sobre todo en los más antiguos romances, *ni rastro de orientalismo*; fenómeno que, dado el persistente comercio y trato con los árabes, podría chocar si no se reflexionara que este trato fué también persistentemente de enemistad; que no sólo la lucha por la existencia y la posesión del suelo, sino que también el fanatismo religioso de ambos pueblos los mantuvo en oposición y odio que los separan; y finalmente, que los españoles quedaron vencedores. Pues bien, bajo tales circunstancias y en pueblos por otra parte tan heterogéneos, es cierto que el menos culto habría de recibir del más civilizado ventajas materiales, procurando apropiarse conocimientos y ciencias y algunas comodidades de la vida, pero habría de guardar tanto más celosamente de la influencia extraña y enemiga su propio ser espiritual, sus creencias, su pensar y su poetizar. (1)

(1) Díez, en su *Gramática de las lenguas románicas*, dice refiriéndose á la influencia de la *arábiga* sobre la española: «Ni una sola palabra de la esfera del ánimo se ha derivado al español del árabe, como si la relación entre cristianos y mahometanos se hubiera circunscrito al solo trato externo, como sucedió entre romanos y godos.»—Esto está demostrado y desenvuelto muy bien en la muchas veces mencionada y notable obra del

Si se reflexiona en esto, ya no aparecerá sorprendente el que estén libres de todo lo maravilloso oriental y de la creencia en hadas, no sólo los romances populares, sino también los más antiguos caballerescos; que los romances históricos de guerras con los moros (romances fronterizos) estén igualmente tan puros de toda ampulosidad y pompa orientales como los restantes histórico-legendarios, y que sólo respiren odio y desprecio hacia los «perros moros»; que hasta los romances moriscos, á pesar de todo aquel disfrazarse y coquetear con nombres y trajes moros, hayan seguido siendo, en cuanto á los sentimientos y costumbres que expresan, tan innegablemente cristianos y españoles, que se podría aplicarlos el conocido chiste de Voltaire: *Grattez un peu, et l'Espagnol reparaitra*. No se puede, por lo tanto, ni atribuir un orientalismo inmediato á los

señor conde de Circourt, tomo III, páginas 302-332, el cual lo comprueba con hechos contundentes mostrando las consecuencias y resultados que saca de ellos tan sin esfuerzo como agudamente.—También Damas Hinard, l. c., tomo I., pág. 19 y sigs., se explica contra la exagerada influencia que sus compatriotas atribuyen á la poesía arábica sobre la española, y cree con razón que más bien se verificó lo contrario. Igualmente Bruce-Whyte en su á menudo muy admirable «*Histoire des langues romanes et de leur littérature*», etc. París, 1841. 8. t. II., p. 115 y siguientes, ha mostrado independencia y despreocupación al no atribuir á la literatura arábica influencia alguna sobre la española y la provenzal antes del siglo XII, y después de esta época sólo sobre escritos doctrinales y apologéticos, y esto limitado en gran parte por la mediación de los judíos. Le ha seguido un discípulo de Fauriel. *Etuile de Laveleye, Histoire de la langue et de la littérature provençales, Bruxelles, 1845*. 8. pág. 201 y siguientes. Finalmente, aun entre los orientalistas mismos uno de los más eruditos y á la vez gran conocedor de la historia y la literatura españolas, el señor Dozy (l. c., tomo I. pág. 609) ha roto lanzas de la manera más decidida contra el pseudo-orientalismo en la poesía española y los supuestos originales arábigos de los romances moriscos, diciendo que... «quant à des romances arabes, on n'en trouve pas la moindre trace, et l'on peut regarder comme tout à fait surannée, l'opinion d'après laquelle les *Romances moriscos* auraient été traduits de l'arabe.»—Es cierto que Gayangos (en las adiciones á Ticknor) Pidal (en la Introducción al *Cancionero de Baena*, p. 58 59), y Malo de Molina (*Ro-*

últimos ni que se verificara mediatamente por ellos una entrada de elementos orientales en la poesía española, como implica la frase tradicional de los arabomaniacos, todos los cuales sea por un orientalismo parcial, como por ejemplo Andrés, Conde, etc., sea por un falso liberalismo como Sismondi, Viardot y hasta Fauriel, prefieren explicarlo todo antes derivándolo de lo arábigo que del desenvolvimiento espontáneo de lo cristiano-nacional. Pues hasta el orientalismo de los gongoristas y los dramáticos posteriores, como v., gr. el de Calderón, tan realzado de ordinario, no es otra cosa que desarrollo y reforzamiento de elementos indígenas, cuyas premisas hay que

drigo el Campeador, apéndice XXII, pág. 146 y siguientes) han procurado probar en contra de Dozy, la existencia en España de una *poesía popular arábigo*, pero concediendo su poco influjo sobre la española.

Otro docto crítico español, el señor don Eustaquio Fernández de Navarrete, se expresa completamente libre de este prejuicio nacional acerca de la influencia arábigo en su interesante *Bosquejo histórico sobre la novela española* (que sirve de introducción á su edición de los *Novelistas posteriores á Cervantes* en el tomo 33 de la *Biblioteca de autores españoles*, pág. 21): «En punto á la influencia del estilo árabe en los escritos castellanos, ha habido mucho de aprensión; la influencia fué *mayor en las cosas que en el modo de expresarlas*. Dígasenos en prueba, ¿qué orientalismo se encuentra en los rudos poemas del Cid, de Fernán González, ni en las más limadas poesías de Berceo y de Juan Lorenzo de Astorga, en donde los rasgos de imaginación son tan escasos y tan natural y prosaica la expresión? El pueblo español por su origen, por su religión, por los climas que habitaba y aún por la rudeza misma de las costumbres, era un pueblo del Norte; y hasta que vivió por largos años bajo el hermoso ardiente sol de Andalucía como señor de toda la península, no tomó algo, aunque poco en verdad, del estilo hiperbólico de los árabes... Esto basta para acreditar que la literatura española tenía ya entonces un carácter peculiar.» Esta opinión se enlaza estrechamente con la de los críticos familiarizados con las más recientes investigaciones y no perturbados por prejuicio nacional alguno, como Lemcke, l. c.. parte I, pág. 19, II, 16 y siguientes.—Du Méril, «*Revue germanique*», pág. 226-227, etc.—No debería haber por lo tanto, ningún historiador de la literatura que suscribiera juicios tan ramplones como los de Ochoa, etc., ó tan anticuados como los de Bouterwerk.

ir á buscar al *Cancionero general* y á Torres Naharro, en que difícilmente puede acusarse imitación de modelos arábigos. Lo que á lo sumo puede admitirse es que, merced al trato pacífico y á la mezcla con los moriscos después de la conquista de Granada, tomó un colorido oriental el carácter de los andaluces y en tanto también el de la poesía popular del mediodía de España y las escuelas poéticas de Granada, Córdoba, Sevilla, etcétera, aun cuando, por la inversa, la literatura de los moriscos, á pesar de su apego fanático á las creencias de sus padres recibió aún más la influencia de la española, sobre todo en el aspecto formal (1).

El orientalismo de la literatura española no puede sostenerse más que el origen del caballerismo y de la rima ante la crítica serena, que sin dejarse adormecer por este opio de los orientalistas, prefiere á la cómoda y superficial explicación por mera influencia externa, la demostración más laboriosa sin duda, del desenvolvimiento interno espontáneo y orgánico—no puede sostenerse tal orientalismo mejor que el que los «caballeros granadinos» de los romances moriscos sean de linaje moris-

(1) Véase acerca de la literatura de los moriscos en las *Notices et extraits des manuscrits de la bibliothèque royale*, tomos IV y XI, el artículo de Silv. de Sacy; *The british and Foreign Review or European Quarterly Journal*; núm. 15. January, 1835, vol. VIII, págs. 63-95; el artículo sobre el *Essai sur l'histoire des Arabes et des Mores d'Espagne*, de Viardot. Adolfo de Castro, *De la poesía morisca*, introducción á su edición de los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* en la *Biblioteca de autores españoles*, tomo XLII, págs. 13-16, y las poesías de los moriscos editadas por Gayangos en los apéndices al tomo IV de la traducción española de Ticknor, págs. 247-330. En ellos se han dado á conocer muchos escritos de los moriscos en lenguaje español (aunque en escritura árabe en los manuscritos), escritos poéticos que fueron compuestos en las formas españolas de su tiempo; como v. gr., el ya citado relato poético de Yusuf y Suleica, compuesto á mediados del siglo XVI por un aragonés en cuartetos alejandrinas, una vida de Mahoma escrita igualmente por un moro aragonés hacia 1603 en la forma ordinaria de los romances. Los asuntos son, pues, orientales, pero las formas derivadas de los españoles.

co, sino «aunque moros, hijosdalgo», esto es, aunque estén en traje moro, verdaderos nobles, españoles y muy españoles.» Pues en este sentido irónico—y no tomándolos con seriedad histórica por hechos fidedignos, como han hecho Sismondi y otros—me permito explicar este verso y todos los de la «ropería mora».

A pesar de todo lo cual, no puedo, sin embargo, pasar en silencio que en tiempos recientísimos, y en el más grande conocedor de la poesía romancesca, en el mismo Durán, ha hallado un defensor—aunque de manera mucho más moderada—el orientalismo, ó por lo menos, la influencia arábica sobre los romances fronterizos, y hasta sobre los moriscos. No ha de ser, pues, superfluo después de todo lo dicho el exponer más al detalle y someter á prueba las opiniones de un crítico de tanto peso, así como la división que ha hecho de los romances que ha recogido en la nueva edición de su *Romancero*, bajo el título de *Romances moriscos novelescos*, y esto ha de ser tanto menos superfluo, cuanto que los obstinados partidarios de la opinión antes difundida y los semi-conversos—áun cuando no se hiciera caso de tal autoridad—podrían hallar en ello suficiente justificación para persistir en su tema, ó para volver á él (1).

Ni áun Durán ha podido libertarse por completo de la opinión que ha llegado casi á ser prejuicio nacional, de que se muestra en la poesía española, y en los romances moriscos en particular, un elemento oriental y el influjo de la poesía arábica, ó por lo menos del modo de pensar y de las costumbres de los moros. Llega hasta á hallar precisamente en estos romances el «caballerismo propiamente español», formado ya, surgido de la fusión de los espíritus oriental y español, preparado por largas luchas seculares, y acabado por la completa sumisión de los moros, concediendo á los romances moriscos

(1) Lo siguiente ha sido intercalado aquí tomándolo de mi ya citada reseña de la obra de Durán, teniendo que disculpárseme, por lo tanto, algunas repeticiones inevitables.

objetividad y carácter popular precisamente en tanto en cuanto busca y halla en ellos expresión perfecta de este proceso de refundición.

Pero para reducir á su verdadero contenido y á recta medida estas doctrinas de Durán, aparentemente favorables al orientalismo, estereotipado, ya de la poesía española, y á la objetividad «espiritual» (no ya sólo fingida) de los romances moriscos, no hace falta más que aplicar el contrapeso que él mismo, con la nunca bastante alabada ingenuidad de un honrado investigador, nos ofrece en su «Prólogo». El mismo admite (pág. 22) que en los romances populares más antiguos «en los »históricos primordiales nada de árabe se percibe, nada de »oriental, y son puramente castellanos»; que los romances moriscos nacieron mucho más tarde, y que «con efecto (pág. 10, »nota 8) poco antes de la conquista de Granada, y quizá hasta »algunos años después, se hallan pocos romances moriscos novelescos que tengan vestigios muy señalados de la poesía »árabe», que «sin embargo, si nos atenemos á los romances, »parece cierto que sólo después de la expulsión de los moros »se desarrolló con brío entre nosotros aquella parte de poesía »que nos dejaron», y hasta que los romances moriscos, que parecen contener el resumen de la poesía arábigo-española, no sólo proceden de tiempo muy posterior á las novelas caballerescas francesas, y á muchos de los poemas caballerescos italianos, sino á los romances cuyos asuntos parecen derivados de éstos (pág. 21) (1).

El mismo está conforme con estas observaciones, perfectamente ajustadas: la absoluta falta de un influjo demostrable de la poesía arábigo sobre la más antigua de los españoles, sobre todo la popular; la pequeña influencia de la misma sobre

(1) Así, por ejemplo, en el famoso romance morisco de Gazul se alude á poemas caballerescos italianos:

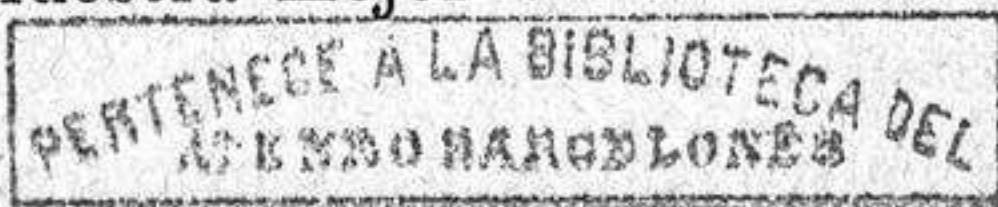
«No de tal braveza lleno
Rodamonte el africano, etc.»

los pocos romances genuinamente populares que cuenta entre los moriscos; el nacimiento muy posterior, y la formación artística de los romances llamados moriscos en sentido más estricto, y áun en éstos, su conformidad en cuanto al asunto con modelos occidentales; de tal modo, que hasta el tantas veces realzado, y de tan inmoderada manera exagerado orientalismo de los romances propiamente moriscos se reduce á un ligero barniz, á un traje y unos nombres que quieren ser moriscos, y cuando más á algunas costumbres efectivamente recibidas de los moros, con todo lo cual vertían y ponían á la moda los productos de su fantasía los poetas artísticos posteriores cuando querían imitar el tono popular de los romances. Esta es de hecho la verdadera medida del tan ponderado orientalismo de los romances moriscos, éste el tiempo de su nacimiento y la manera de su formación en cuanto cabe demostrarlos con hechos. Es muy notable para los dos últimos puntos el romance popular histórico publicado por Durán en el núm. 1.198, tomándolo de un pliego suelto (impreso en Sevilla, 1610): «De cómo y por qué el rey don Felipe III expelió á los moriscos de España, y de la pena que les causó este destierro», romance que nacido bajo la fresca impresión de la tan trascendental expulsión de los moriscos por él cantada, muestra que poco antes, esto es, al mismo tiempo que se ponían de moda los romances moriscos, los moros bautizados (moriscos) recibidos en la sociedad española, se habían hecho los gallitos del día por su bienestar, su lujo y su presunción, provocando así la envidia y el odio de la población cristiana vieja, hasta tal punto, que al decretar el Gobierno la expulsión de aquéllos, no hizo más que obrar en el sentido de un voto que cada vez se hacía más general. Así, después que los españoles habían desterrado hasta el espíritu del enemigo secular de su nación y sus creencias, se entretuvieron por algún tiempo en jugar irónicamente con sus vestiduras.

En los romances moriscos—producto en gran parte de este juego, (pues precisamente los más hermosos proceden, como

se ha dicho, de Lope de Vega, Góngora, y sus coetáneos y compañeros de arte)—apenas puede verse, por lo tanto, fusión alguna de los espíritus arábigo y español, no más que en su coqueteo con la galantería caballeresca, el caballerismo propiamente español, que al tiempo del nacimiento de aquéllos hacía ya mucho tiempo que había cedido el campo al gusto cortesano. Por haber muerto ya para entonces, fué mostrado por Cervantes, con amarga ironía, como un anacronismo, poniendo en ridículo el intento de resucitarlo mediante su oposición con la vida ordinaria (1).

Esta lucha entre convicciones mejores y un prejuicio nacional no del todo domado se muestra mejor en las subdivi-



(1) Durán mismo, en la nota 11, (págs. 12 y 13) ha caracterizado con mucha fortuna, y desenvuelto genéticamente la diferencia entre la antigua caballería genuinamente española y natural, y la posterior caricatura de la misma (desde fin del siglo XV) en las novelas de caballería y en los juegos con formas caballerescas, y cómo precisamente este contraste entre el ser y la apariencia pudo inspirar á una naturaleza tan sencillamente grande como la de Cervantes una obra de indignación, en la cual con instinto de genio pintó magistralmente, no sólo una locura de moda, sino lo falso en toda la sociedad de entonces, y hasta en la naturaleza humana en general, y esto hasta tal punto, que ha quedado como espejo del suyo y de todos los tiempos. Dice Durán muy acertadamente á este respecto: «Entonces fué cuando el inmortal Cervantes, admirador de »los antiguos héroes, hirió de muerte á los nuevos, y á guisa de destruir »los libros caballerescos, encarnó el puñal de la sátira, ya seria, ya festiva, en el corazón corruptor y corrompido del siglo XVI. El instinto, si »acaso no la razón filosófica, obrando sobre el ingenio divino del poeta, »le hicieron adivinar los resultados que tendrían los increíbles, pero mal »empleados esfuerzos, de sus compatriotas. Cervantes caricaturó en su »obra el espíritu ridículamente exagerado de las altas clases, contrapo- »niéndole el sesudo y razonable de las medias, y el prosáico de la gente »vulgar, cuyo carácter tímido, receloso, desconfiado y egoísta se formó »bajo el despotismo y la Inquisición. Don Quijote, el cura y Sancho Panza »forman la unidad compleja de la sociedad española en aquel tiempo: »todos los demás incidentes son el desarrollo y las combinaciones y gra- »duaciones de los tres principales tipos.»

siones que Durán establece entre los romances que reúne bajo el título de moriscos y en sus notas á los mismos.

Después de haber excluído con razón de este título los romances de guerras fronterizas con los moros (fronterizos) aún cuando contengan elementos muy legendarios (histórico-fabulosos) y los compuestos siguiendo á los poemas caballerescos italianos, remitiendo los primeros á los históricos y los últimos á los caballerescos, divide los moriscos en: 1.º) «suelos, »es decir, que no forman series de historias fabulosas ó novelescas; 2.º) que son una sucesión de novelas más ó menos »completas; 3.º) los satíricos, jocosos y burlescos;» y 4.º) las imitaciones de los romances citados en las tres secciones precedentes.

Entre los de la primera sección se hallan algunos de los cuales en la forma en que han llegado á nosotros, apenas, aún cuando hayan podido ser compuestos antes de la mitad del siglo XV, puede decirse que «pertenecen sin duda á la época tradicional» y llevan el carácter de «muy populares, aunque ya impregnados del colorido »oriental que los árabes nos iban lenta y escasamente comunicando.» Como esta sección sólo comprende seis romances y estos en gran parte muy conocidos, bastará mencionarlos para decidir si han sido contados con razón entre los moriscos y reunidos como una sección especial de ellos. Son los dos del infante Bovalías; el hermoso fragmento: *Yo me era mora Moraima*; el de Alfonso Ramos (todos del *Cancionero de Romances*;) el de la infanta Sevilla y Peranzules, y el rey Búcar (los dos últimos de las *Rosas*; de Timoneda; en la *Primavera*, números 118, 126, 127, 128, 132 y 197.) Pero todos estos romances—de los cuales el primero el de Bovalías, (*Durmiendo está el rey Almanzor*), (1) el frag-

(1) J. Grimm ha insertado no sin razón estos romances en su *Silva*, precedente que ha seguido también la *Primavera*; pues parecen pertenecer al mismo ciclo de leyendas que el del Sultán de Babilonia y el Conde de Narbona: *Del Soldán de Babilonia* (igualmente en el *Cancionero de romances*), ciclo de leyendas cuyo héroe es el conde de Almerique, este

mento de Moraima y el de Alfonso Ramos llevan todavía en general el sello de los viejos populares—no ha de haber persona despreocupada que dude en colocarlos entre los caballerescos, á los que pertenecen por su origen y su desarrollo formal, sin que tengan más elementos y colorido orientales que muchos otros de esta clase; diferenciándose, por el contrario, en cuanto á su principio y su forma de los propiamente moriscos.

Estos forman la segunda sección de Durán. (1) Los caracteriza muy notablemente con las siguientes palabras (*Prólogo*, página 13):

es Aimeri de Narbona (Véase *Primavera*, número 196). También Durán (I, 157) ha colocado el último de estos romances bajo el título de *Romances caballerescos sueltos*, observando á este propósito que: «parece de origen provenzal y de asunto contemporáneo á las Cruzadas.» El mismo origen provenzal ve Durán en el romance del rey Búcar; siendo además este como el segundo de Bovalías una refundición artística muy posterior, aunque no mucho más antiguo que los propiamente moriscos.

(1) Durán abre esta sección con los conocidos romances del ciclo de leyendas de Moriana y Galván, pero pertenecen—con excepción de uno (propiamente no más que una glosa del *Romancero general*) los restantes son de la *Silva*, del *Cancionero de romances* y de las *Rosas* de Timoneda. (V. *Primavera*, núm. 121-123)—todos ellos por su origen y por su forma á los viejos populares, por el contenido, tono y colorido á los caballerescos (Durán ha hecho que les acompañe el conocido romance caballeresco *Arriba, canes, arriba*, con alteraciones arbitrarias del *Julianesa* que figura entre los caballerescos en *Moriana*) entre los cuales, aun tomando como criterio capital el contenido, hallarían mucho mejor su lugar que entre los moriscos, entre los cuales están tan aislados y heterogéneos en cualquier respecto, que el mismo Durán ha notado que: «Así este como los demás de Moriana tienen un carácter caballeresco muy marcado y particular que los distingue, con algunos otros de esta sección, de los demás romances moriscos.» Le toca, sin embargo, el mérito de haberlos dado, según un manuscrito del siglo XVI, más completos que como se hallan en las fuentes impresas. Que han existido otros romances de esta leyenda no hallados hasta ahora, lo muestra la *Ensalada* publicada por mí, tomándola de la colección de Praga:

¿Qué me distes Moriana,
Qué me distes en el vino?

«Representan los de la segunda sección una época subjetiva y lírica, llena de cultura, pero políticamente corrompida; Una poesía rica, brillante y perfecta, inclinada y aficionada á la novela, pero caminando muy temprano á la exageración y al mal gusto. Hay en ella multitud de composiciones inspiradas y con un lenguaje puro, correcto, vigoroso, lleno de armonía y capaz de expresar toda clase de pensamientos, y de describir con vivísimos colores todos los objetos físicos y morales que la naturaleza puede contener. Los romances de esta acción son la idealización completa de los histórico-fabulosos, tales como los que tratan de las hazañas, empresas y hechos atribuídos á los Vargas, Pulgares, Garcilasos, etc. El espíritu de moda influyó mucho en la boga que tuvieron y en la cansada monotonía que á muchos les impuso la necesidad de repetirlos por acomodarse al gusto público y facticio de la época. Así se observa que entre los romances moriscos novelescos hay muchos que sólo lo son en sus aparentes formas, cuando en realidad pueden, con mudar los nombres de los protagonistas, convertirse en otro género de los eróticos ó descriptivos.»

Hasta aquí cualquiera estará de perfecto acuerdo con su caracterización, pero precisamente por estarlo se sorprenderá más de que el autor prosiga inmediatamente;

«Pero esto no impide que los genuinamente moriscos no sean descendientes y no contengan todos los vestigios del orientalismo árabe que los caracteriza. Los cuadros que forman los romances moriscos novelescos no son ciertamente la poesía árabe pura, ni la castellana primitiva, sino la fusión de ambas en las nuevas formas que adquirió la civilización por el roce y trato de ambos pueblos. Desde los romances fronterizos á los histórico-fabulosos, y desde éstos á los moriscos novelescos, se percibe una graduación continua que señala sus transformaciones, é indica lo que influyó en ella, el espíritu que las anima y la moda que las aceptó y corrompió. Esta clase de romances y los de las dos siguientes secciones,

»representan la época en que el pueblo, apartado enteramente
»de los negocios públicos, abatido y sin un interés vivaz y he-
»rónico que lo animase, dejó á los poetas el cuidado de diver-
»tirle, ya que no podía ni pensaba hacer otra cosa.»

Aquí la vista, otras veces tan perspicaz, de Durán, se ha cegado tanto de ilusiones ópticas debidas á prejuicios nacionales mamados con la leche materna y á apariencias exteriores, que ha considerado decoraciones como si fueran la naturaleza y ha persistido en el engaño contra su propio y mejor sentimiento. Pues admitido que los romances moriscos—entre los cuales, empero, sólo puede entenderse ese género de romances artísticos que se puso de moda—admitido que no sean otra cosa más que una «graduación» de los romances fronterizos é histórico-fabulosos de las guerras con los moros, en cuanto la poesía artística á las veces toma y procura imitar objeto, tono y colorido de la popular, no podía la imitación artística reproducir en grado más elevado lo que no estaba contenido en su modelo, el producto natural espontáneo. Pues Durán mismo, según lo he citado con sus propias palabras, ha admitido que los viejos romances fronterizos populares nacidos durante la guerra contienen tan pocos vestigios de la influencia del espíritu oriental y de la poesía arábica como los restantes romances históricos, y en realidad no podían contenerlos porque son la expresión inmediata de la oposición entre enemigos; y un pueblo que pelea con otro en guerra destructiva secular por su existencia y sus creencias, se guarda seguramente de la influencia espiritual del mismo, manteniendo libre de ella su más íntimo santuario, la poesía, enardecida con el odio contra el elemento enemigo. Los histórico-fabulosos nacidos inmediatamente antes de la conquista de Granada, en ella y después de ella, contienen, es cierto, una graduación de este odio hasta llegar á la fe en los milagros, que es precisamente el elemento fabuloso de la misma, pero de ningún modo un grado más elevado de «fusión» con el espíritu del enemigo hereditario. Se necesitó todavía casi un siglo, hasta después de su completa su-

misión, hasta que los moros cesaron como pueblo independiente y hallaron acogida y tolerancia en la sociedad de los españoles de sangre azul y antiguas creencias, como moriscos, estos, como descendientes de los moros, españolizados y cristianizados aunque sólo fuera en la apariencia exterior, para que nacieran y pudieran nacer romances moriscos en el sentido mencionado, romances que, como he mostrado, tomaban á préstamo la forma externa de los viejos populares, el ropaje de los moros; pero eran, según los ha caracterizado el mismo Durán, productos de la lírica artística subjetiva con fingida objetividad, juegos artísticos de la fantasía, sugeridos y llevados á cabo por el espíritu de la moda, é inventados tan arbitrariamente «que en realidad pueden, con mudar los nombres de los »protagonistas, convertirse en otro género de los eróticos ó »descriptivos.»

Y en tales productos, ¿se ha de haber cumplido la fusión del espíritu español con el espíritu arábigo? ¿Han de contener todos los vestigios del orientalismo árabe, se les ha de atribuir más legitimidad que á los pastoriles y picarescos que se pusieron en moda después de ellos?—Y sin embargo, los mismos poetas son los que cantaron en sus romances aventuras amorosas, ya como moros, ya como pastores, tan poco inspirados del espíritu del orientalismo como del del idilio. No estaban inspirados más que del «espíritu de la moda» (1),

(1) He mostrado ya anteriormente cómo la novela histórica de Ginés Pérez de Hita acerca de las guerras civiles de Granada, que llegó á ser tan gustada, contribuyó á poner en moda estos romances moriscos, y qué relación guardaba con ellos, de tal modo que, según este dato, puede ponerse con bastante verosimilitud la introducción de esta moda entre 1575 y 1585. Después de la aparición de la novela, empero, creció tan considerablemente, casi hasta la total expulsión de los moriscos (1610), que se escribieron entonces á porfía romances *á lo Hita*, como en nuestros días novelas *á lo Walter Scott*, sin que fuera el orientalismo en aquéllos como no es el pragmatismo histórico en éstas más que un capricho romántico ó un traje plausible para invenciones puramente subjetivas.

con sus cambiantes disfraces. Si se quiere llamarlos idealizaciones en el sentido de imágenes idealmente realizadas de una objetividad sublimada arbitrariamente por la fantasía subjetiva, puede ser; pero es esencial no poner estas ocurrencias del humor artístico, aún cuando sean geniales y encantadoras, en íntima conexión con las voces naturales, sencillas é ingenuas de la poesía popular que arraiga en el suelo firme de la realidad, presentándolas como diferentes nada más que cuantitativamente; antes bien se debe en las colecciones poner de relieve teóricamente con todo cuidado la divergencia cualitativa, la diferencia genética y de principios de ambos géneros, aún cuando se los comprenda en grupos separados, como ha sucedido á Durán, con pocas excepciones. Entonces se establecerá claramente que entre los romances fronterizos, los histórico-fabulosos y los moriscos ni existe ni puede existir más que una conexión casual; entonces se mostrará que de aquel tan ponderado orientalismo en los primeros sólo podrá expresarse lo opuesto, y en los últimos no podía ser más que un disfraz.

De aquí nació una clase propia de romances, la tercera subdivisión de este título, la de los *satíricos, jocosos y burlescos*, que Durán caracteriza como «parodias de los romances moriscos, sátiras contra la moda de hacerlos, y exageraciones para ridiculizar sus formas y pensamientos.....» Ahora bien; ¿se habría hecho entonces esto si hubieran sido más que moda, si hubieran tenido verdadera objetividad y popularidad? Seguramente que no; así como no se parodiaron ni pusieron en ridículo los antiguos, populares, históricos y genuinos romances fronterizos de guerras con los moros (1).

(1) Entre estos romances burlescos es singularmente notable el «valga el diablo tantos moros» (*Romancero general*, ed. de 1614, fol. 465; en Durán, núm. 256), porque muestra no sólo la ilegitimidad de esta morería, si no también la ridícula exageración en la imitación de trajes y costumbres, para lo que se suelen citar como apoyo los romances moriscos.

Por la fingida objetividad de los romances, se engendra finalmente la cuarta subdivisión que sin más que el cambio de los nombres de los protagonistas y el de los trajes contiene imitaciones de los mismos. Pues cuando empezaron á cansar Gazul y Muza, se tomó como protagonistas á Dragut, Ochali y Arnaut Mahami; se cantó alternando en vez de las inacabables guerras de Granada y las fiestas en la Vivarambla, las rapiñas de los berberiscos, los padecimientos y el heroísmo de los cristianos cautivos (*Romances de cautivos y forzados*); teniendo estos romances, á pesar de la amanerado y lo muy artificioso, más verdadera objetividad y trajes más fieles, pues por lo menos eran ocasionados por sucesos y sentimientos contemporáneos y que tocaban de cerca (1).

Por lo tanto, si de lo dicho resulta, para toda persona despreocupada, que apenas puede hablarse con seriedad científica de orientalismo y de influencia de la poesía árabe en los romances propiamente populares; si apenas puede ponerse en duda que cabe aplicar el mismo principio á toda la poesía popular española en general, con excepción acaso de algunos cantares de baile (2), sólo queda como fundamento de la fra-

(1) Durán, sin embargo, ha puesto en esta sección un viejo romance popular, el conocido del *Cancionero de romances* y de las *Rosas* de Timoneda: «Preguntando está Florinda» ó «Mi padre era de Ronda» que pertenece sin duda alguna á los legítimos tradicionales, como lo muestran las diferentes versiones, debiendo haber sido agregado ó á los *fronterizos* ó por lo menos á los romances caballerescos populares (v. *Primavera* número 131). Tales trasposiciones se cometen fácilmente en una coordinación hecha simplemente según el contenido y la apariencia externa, pero apenas son posibles si se toman como fundamentos de división criterios internos, el origen y la formación. Así es que el mismo Durán ha referido estos romances en el índice á la quinta clase, ó sea la de los «romances antiguos popularizados.»

(2) Baste á este propósito citar las propias palabras de Durán (*Prólogo* pág. 21, nota 16): «Difícil si no imposible, será explicar cómo habiéndonos visto en contacto inmediato con los árabes mucho antes y algunos siglos después que las otras naciones; cómo habiendo vivido entre ellos

se de esta influencia de la poesía árabe y del colorido oriental por ella producido, frase que ha persistido no sólo en escritos de bellas letras, sino hasta en obras científicas, la posibilidad de mostrarla en la poesía artística. Creo haber demostrado suficientemente con qué limitaciones puede aplicarse esto á los romances artísticos moriscos, con lo cual queda dada la recta medida de la validez de la frase preindicada respecto á la literatura posterior de los españoles, en especial la dramática, puesto que el tan celebrado colorido oriental se reduce nada más que á una acción del tono de los romances moriscos. Queda, por lo tanto, como última trinchera de los obstinados defensores de este orientalismo la afirmación de que la más antigua poesía artística de los españoles, que se formó antes de la introducción de la nueva dirección en el siglo XVI, tomó en sí considerables elementos arábigos por la influencia de la poesía artística arábiga y se fundió de tal manera con la autóctona, que conservó un colorido oriental peculiar y duradero. Pero los hechos tan elocuentes traídos por el mismo Du-

• la inmensa mayoría de la antigua nación; cómo habiendo ésta aceptado
 • la lengua de sus conquistadores, asistido á sus escuelas, estudiado sus
 • libros y participado de sus costumbres, sólo tal vez en los palacios de los
 • reyes cristianos, y *no en la poesía popular*, se hallan algunos vestigios
 • de la ciencia que los moros cultivaban. Sin embargo, esta es la verdad,
 • si documentos perdidos para nosotros no aparecen para desmentirla.....
 • Aunque extraño, no es menos cierto que hasta muchos años después que
 • comenzó el siglo XV, no se hallan en nuestra literatura popular profun-
 • dos vestigios de aquella poesía tan brillante en color etc.» (á saber, la
 oriental). Yo me explico, como queda dicho, este fenómeno sorprendente
 y admirable á primera vista del muy pequeño influjo que ejerció la poesía
 oriental sobre la española, menor aún que sobre la francesa (por ejemplo),
 por haber surgido la poesía popular de los españoles precisamente de la
 oposición y enemistad con los árabes, siendo su rasgo fundamental este
 espíritu de contraste, la repugnancia de los elementos hostiles; y como la
 más antigua poesía artística se formó también por lo general sobre esta
 base, jamás pudo haber sido considerable sobre ésta la influencia de la
 literatura arábiga.

rán (pág. 21, nota 16), hablan en pro de lo insostenible de tal afirmación, que á pesar del largo trato de los españoles con los árabes y á pesar de la acción tan estrecha de la literatura científica, y de la poesía artística de los árabes sobre la de los españoles, ésta no lleva vestigio alguno inmediato de la primera antes del siglo XVI; que además las tradiciones del oriente difundidas por todo el occidente en la Edad Media hallaron menos acogida entre los españoles que entre otras naciones de Europa que se hallaban más alejadas de los árabes; y que de los pocos mitos y apólogos del oriente tomados por los españoles, el mayor número puede probarse que no los recibieron de los árabes inmediatamente, sino por mediación de los judíos, franceses meridionales é italianos; y Durán no oculta su admiración por este fenómeno y confiesa que apenas ha podido hallarle fundamento de explicación suficiente en el arraigado odio nacional y en el fanatismo religioso. (Véase la nota precedente.)

Es de notar que bajo este título de romances moriscos en la nueva tirada de la obra de Durán, se da este género completo con presencia de todas las fuentes conocidas hasta hoy (con excepción acaso del «Jardín de amadores.» El núm. 54 es una versión moderna andaluza, que prueba cómo sobreviven los más antiguos en boca del pueblo.)

Casi al mismo tiempo que los romances moriscos se pusieron de moda los *pastoriles*, de los cuales contiene ya un número considerable el *Romancero general*. Por este tiempo se habían introducido en la literatura española las églogas merced á la imitación de los italianos, y por el portugués Montemayor la novela pastoril; y desde que los poetas artísticos se pusieron á porfía á hacer romances, este género de poesía se convirtió en un verdadero figurín de todas las nuevas modas literarias; pues la forma de romance desterrada en un tiempo del dominio de la poesía artística, por su ligereza y flexibilidad y por sus elementos lírico-épicas, podía aquí en que faltaba el instinto de la poesía popular para su aplicación natural,

desviarse fácilmente al uso arbitrario y falso y hasta al abuso. Dice muy bien el conde de Circourt que «*le romance fut le genre populaire; il était heureusement à la portée des hommes de génie peu lettrés, et malheureusement à celle des lettrés sans talent.*» De aquí el que los romances pastoriles sean otra especie de juego de disfraces para las mismas personas, que sin más que trocar la marlota por el pellico y llamarse Belardo y Lisardo en vez de Adulce y Gazul, dirigieron sus amorosas quejas, los desbordamientos galantes y encelados de su corazón, á la «querida Belisa» y á la «ingrata Filis,» que habían sido cantadas poco hacía como Zelindaja y Jarifa. De aquí el que estos romances pastoriles tengan un tono todavía más acentuado de sentimentalismo falso, menos apariencia de objetividad todavía, más conceptuosidades y lentejuelas alegóricas y mitológicas. Que haya entre ellos muchos de gran perfección formal y técnica y de gran valor estético, sin duda alguna no se le ocurrirá negarlo á nadie que sepa que gran número de ellos son de Lope de Vega (Belardo), Cervantes (Elicio), Góngora, etc. Por esto y como momento literario-histórico merecen por lo menos algunos modelos de ellos lugar en todo *Romancero* que tenga pretensiones de ser completo (1). Lo mismo son, sin más diferencia que el ropaje, los romances piscatorios, venatorios y villanescos. Por lo demás, están todos estos romances respecto á la poesía villanesca cortesana de los siglos XIV y XVI, á las *Serranillas* del Arcipreste de Hita y del marqués de Santillana en la misma relación que la galantería refinada y sentimental hacia las disfrazadas damas de los cortesanos de los siglos XVI y XVII respecto á las bromas sencillas y rudas con

(1) Depping los ha excluido casi del todo sin razón alguna.—En Durán se halla en el segundo tomo, págs. 460 á 515 una selección bien entendida y bien ordenada bajo el título de *Romances pastoriles, piscatorios, venatorios, villanescos y festivos.*—Quintana, por el contrario, que tenía presente, sobre todo las preminencias formales, ha llenado sus *Romanceros* de tales romances pastoriles más de lo debido. Véase también Clarus, l. c. parte I, pág. 163 y siguientes.

serranas efectivas y á la charla familiar con aldeanas, de aquellos trovadores eclesiásticos ó caballerescos, charlas en que había, lo mismo que en sus modelos, las *Pastourelles* francesas, más naturalidad y verdad, y que tenían efectivamente un tono popular aún. Lo falso de los romances moriscos y pastoriles, el mismo genial Lope de Vega, á pesar de haber sido uno de los más fructuosos autores de tales romances, lo parodió en unos romances pastoriles *burlescos* (en Durán, II, pág. 516, número 1632-1633) que muestran el punto culminante de la moda.

Y así fué. Pues apenas se introdujo el «género picaresco» por las novelas picarescas de Mendoza, Quevedo, Alemán, etc., y por las novelitas gitanescas, como por ejemplo, las de fama universal *Gitanilla* y *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, hallaron los romances pastoriles peligrosos rivales en los *gitanescos*, *picarescos* y *jácaras* ó romances de bribones. También esta fantasía se puso tan de moda que puede dar ocasión á colecciones propias de «romances de germanía» y llevar á su composición á poeta tan distinguido como Quevedo, así como hemos ya visto en la primera parte, núms. 17 y 23, como carecían de toda base sólida éstos lo mismo que los demás *mock-romances* (romances en chanza (1)). Por lo demás, también hay muchos ejemplares de este género de romances que merecen ser aceptados en las colecciones modernas, como lo ha hecho con razón Durán (tomo II, págs. 570-597.)

Todas las clases de romances enumeradas hasta aquí han procurado darse cuando menos la apariencia de la objetividad bajo un disfraz épico; las restantes, puramente subjetivas y puramente líricas, como son de contenidos tan diversos y generales, como los sentimientos humanos en general no pueden

(1) Así es que Durán tratando de la jácara núm. 1659, tomo II, página 589 hace notar lo siguiente:

«Así como hubo tiempo en que los caballeros y poetas se *disfrazaron* para cantar sus amores y hazañas etc., con las costumbres y hábitos moriscos y pastoriles, este romance prueba que llevaron su manía hasta el punto de tomar por *modelo de imitación* á los jaques y rufianes.»

reducirse á un título, tenemos que valernos del recurso de llamarlos «romances sobre varios asuntos». Su número es considerable; pues cuanto menos se consideraba la naturaleza originaria y los elementos épicos de los romances, cuanto más se les alejaba de sus límites populares nacionales y sólo se apreciaba y cultivaba en ellos por la poesía artística sus formas líricas, tanto más frecuente y arbitrariamente eran empleadas, tanto más se ajustaban por la elasticidad de la forma á todo asunto, y cuanto más perdían por lo mismo de su conexión orgánica interna entre la materia y la forma, de su consistencia é intensidad, tanto más ganaban en extensión, variedad de acción y en expansión (1).

Así es que sólo nos queda como criterio disyuntivo—para separar conforme á sus asuntos la restante masa de los romances lírico-subjetivos—la divergencia de las dos disposiciones fundamentales del ánimo humano, las dos maneras capitales de concebir la vida; los que podemos contar entre los *serios*, que se elevan hacia el cielo, ideales, y los *cómicos*, que se hunden en las apariencias terrenales y ponen de relieve su con-

(1) En la nueva edición del *Romancero* de Durán, el último título capital incluye dos: Romances varios, que él ha tomado en mayor extensión y aplicándolo á más clases de romances que yo lo he hecho, separando muchas de él para limitar este título de expediente á la menor masa posible en cuanto se caracterizan como una clase especial, no sólo por el asunto, sino también por su principio reformador y el tiempo de su nacimiento. Su título de *Romances varios* es en realidad un título bajo el cual se aglomeran abigarradamente romances de origen el más diverso unos de otros, de las más variadas formas y de tiempos los más separados, los cuales han intentado, es cierto, introducir una especie de organismo y conexión interna, resolviéndolos en pequeños grupos, pero que no pueden estar ni articulados con precisión ni distinguidos con claridad desde el momento en que ha tomado por fundamento de división señales de materia y de tendencia meramente externas y casuales. Creería yo, sin embargo, si se introdujera más luz en este caos, si ante todo se separaran tan estrictamente como fuera posible los romances populares de los artísticos, y después se enlazaran cada uno de estos dos géneros periódica y sincrónica-

traste con el ideal. Pueden á lo más tenerse en cuenta muy especial las potencias del sujeto que predominan en estos modos de concebir, reflexión ó sentimiento. Conforme á esto voy á citar, más bien por vía de ejemplo que de clasificación entre los romances del primer género: los de contenido religioso, como los que se refieren al sacramento del altar y como los *Romanceros espirituales*, compuestos por Lope de Vega y José de Valdivielso;—los moralizadores *Romances doctrinales* que á menudo son también de alegoría con reflexión predominante;

mente, ganaría una profunda significación el hecho de que se trataran más á menudo ciertas materias y el aparecer y desaparecer de las tendencias en determinados períodos, significación que, arrancada de esta complejidad y conexión, aparece nada más que externa y casual.

Ha dividido esta masa difícil de ordenar en tres grupos capitales: 1.º) romances con tendencia didáctica (doctrinales); 2.º) eróticos ó amatorios; y 3.º) jocosos, satíricos y burlescos. A los doctrinales se les agrega como apéndice en una subdivisión á propósito un par de modelos de romances *descriptivos* y *heróicos* (estos últimos llamados así, como es natural, sólo en relación á su contenido, como por ejemplo, el famoso romance de Lope de Vega *Lisardo y Alcida*, núm. 1370; pues de los muy posteriores romances llamados heróicos por su metro, (versos endecasílabos,) no ha sido tomado aquí ninguno, y con razón, puesto que estos puros productos artísticos, imitados de modelos extranjeros, no merecen el nombre nacional de romances).—Los romances eróticos han sido agrupados por Durán en las siguientes subdivisiones: 1.º) *alegóricos de amor*; 2.º) *anacreónticos*; 3.º) *urbanos*, esto es, cortesanos ó ciudadanos; presentándose entre éstos junto á las canciones de amor cortesanas de los trovadores y á las villanescas de los posteriores poetas artísticos algunos de los más viejos y genuinos romances populares (como *Fonte frida*, *Rosa fresca*, *Por el mes era de Mayo*, etc.); 4.º) *pastoriles*; 5.º) *piscatorios*; 6.º) *venatorios*; 7.º) *villanescos* y *festivos*.—En el tercer grupo capital de los jocosos y satíricos forman subdivisiones propias los *picarescos* y los escritos en jerga de germanía, *jícaras*. Finalmente, van añadidos á estos grupos capitales algunos *cuentos* en forma de romance, y entre ellos uno relacionado con leyendas medio-evaes (núm. 1772: *Un lencero portugués*; pertenece á la leyenda de la mujer que de acuerdo con su marido se arregla de modo que castigan al amante; v. las observaciones de Hagen al cuento alemán de *Los tres monjes de Kolmar*, en el *Gesommtabenteuer*, III, 35.)

—los elegiacos (*Endechas* la mayor parte en versos de seis ó siete sílabas).—Pero el mayor número lo constituyen como es natural los «amorosos,» ya forzosamente tiernos, ya sentimentales, pero á menudo afectadamente galantes; los de versos eptasílabos (llamados también «italianos quebrados,» porque lo mismo que los «endecasílabos» ó «italianos enteros» fueron empleados con más frecuencia por primera vez en España después de la introducción de las formas poéticas italianas) se llaman anacreónticos;» pudiéndose también contar entre estos los amorosos mitológicos, áun cuando aparezcan objetivos, como las eróticas de Villegas. Muchos de estos romances eróticos, sobre todo los más de cháchara y broma, están en versos de rondilla menor. (*Romances amorosos cortos*, V. el primero y segundo apéndice de Durán) sin que se diferencien de las «letrillas» apenas más que por el nombre. Es muy rica la sección de romances cómicos, puesto que lo cómico ocupa un lugar considerable en la literatura española en general; por lo mismo que tenía que surgir bastante á menudo el contraste entre los serios esfuerzos de los españoles por realizar el ideal y sus formas de vida selladas con tanta precision, gustan de conservar en broma la apariencia de la seriedad, teniendo por lo tanto el mayor número de los romances cómicos colorido irónico; á las vecesse eleva la burla porsí propia hasta el humor trágico, pero jamás se convierten la «sal y donaire» españoles en destrucción propia por desprecio de sí mismo. En los «romances jocosos, festivos y satíricos» se ríen y fustigan las locuras y los vicios humanos en general y los españoles en particular, pero jamás se arrastra el hombre y el español por el fango con la frivolidad del *esprit railleur* francés. Los romances burlescos parodian toda excentricidad de la vida y de la literatura, hasta la de hacer romances y los mismos géneros diferentes de romances, como hemos hecho notar á menudo; pero no es la falta de popularidad y originalidad en la vida y la literatura, como entre los italianos, sino más bien su exceso lo que engendra aquí la parodia (como v. gr. la galantería caballeresca y el espíritu

aventurero tan persistentes en España que fueron parodiados en muchos romances) y hasta los romances llenos de relajada sensualidad, que no faltan, conservan todavía un *gracejo* que los eleva muy por encima de los ordinarios y sucios *blasons* y *capitoli*. Entre estos romances cómicos hay muchos con base objetiva ó por lo menos en forma narrativa (cuentos) que debo mencionar aquí porque no pueden enumerarse propiamente bajo ninguno de los anteriores títulos. Una clase especial son las parodias de los romances viejos y las *ensaladillas*. La mayor parte y los más notables de los romances cómicos han sido compuestos conocidamente por Góngora y Quevedo.

Como es natural, entre estos romances de asuntos varios, sobre todo entre los amatorios y burlescos, hay muchos en tono popular y hasta algunos populares viejos (*Primavera*, números 141-145). Pero el mayor número de estos romances de asuntos varios—que forman la mayor parte del contenido de los *Romanceros* más modernos, desde el «General»—procede sin duda alguna de poetas artísticos (1) y junto á muchos distinguidos por lo acabado de su forma, la ingeniosa invención y el modo gracioso de tratar el asunto se hallan muchos amanerados, desfigurados por todos los defectos del conceptismo y culteranismo y hueros de contenido, que no tienen otras ventajas que las de forma comunes á todos los productos artísticos.

En lo hasta aquí tratado acerca de los géneros de romances, desde el punto de vista de su carácter y división, según el asunto, he prescindido casi por completo de los llamados romances *vulgares*, aun cuando he tenido que mencionarlos repetidas veces en la parte bibliográfica y en la clasificación, según el principio de que proceden. Y de hecho es tan predo-

(1) Fuera de los nombrados, pertenecen á los más antiguos poetas de romances, v. gr, Alcazar, Castillejo, Esquilache, Cristóbal Suárez de Figueroa, Padilla, Rebolledo, Rodríguez Lobo, Cueva, Félix de Arteaga, Bernardo de la Vega, etc. (V. *Ticknor II*, pág. 194-196.)

minante en ellos este carácter dependiente del principio de que proceden, se subordina á él y por él se condiciona hasta tal punto el interes del asunto, que Durán, como ha sido notado muchas veces, ha hecho excepción de ellos sin distribuirlos, como á los demás, conforme á la titulación por asuntos, que es lo que mantiene como fundamento de división, sino que los ha recogido bajo un título propio, que comprende *esta clase como tal*, (esto es, su sexta clase) á saber, la de los *Romances nuevos vulgares que cantan los ciegos*.

Estoy muy lejos de censurarlo por ello, antes bien me alegro de que no le haya impedido un espíritu sistemático cerrado hacer esta concesión al ordenamiento de los romances, según los fundamentos mucho más seguros de división, el genético, y según el principio de que proceden y el cronológico-formal, ordenación no sólo posible, sino en muchos casos necesaria. Hay más aún, y es, que creo que á pesar de lo dicho hasta aquí sobre este género de romances, en el ejemplo de Durán, y en los materiales y resultados recientemente adquiridos por la conexión que ha establecido entre aquéllos y por sus notas, se halla suficiente autoridad para presentar en una ojeada de conjunto esta clase de romances, notable en más de un respecto (1).

Con razón llama Durán á estos tardíos romances populares

(1) Lo que sigue ha sido intercalado aquí tomándolo igualmente de mi ya citada reseña crítica acerca de la obra de Durán. Creo tanto más necesaria esta repetición, cuanto que un crítico tan indulgente y hábil como Huber (*Gött. Anz.*, 1857, pág. 455 y sig.), teniendo presente, sin duda alguna lo que dije acerca de los romances vulgares en la *Primavera*, muy de pasada y sin agotar el asunto, ha hallado desfavorable y parcial más de lo debido la manera como Durán y yo hemos caracterizado y estimado tales romances, y al pueblo de que salieron y para el que se destinaban, y en cuya defensa ha expuesto sus opiniones dignas de reflexión, tan finas como perspicaces, pero que concuerdan con las aquí reproducidas hasta tal punto, que por ellas reciben la mejor confirmación las de Durán y las mías.

que desde mediados del siglo XVI, poco más ó menos, nacieron en boca del pueblo, ó fueron compuestos para el pueblo por sus cantores, los «ciegos», *nuevos vulgares*, para diferenciarlos de los *viejos populares*, con los que tienen de común el principio popular y el popularismo de la forma, perteneciendo al mismo género que ellos, pero que son hasta tal punto desfiguración de estos últimos como el pueblo español de la edad moderna (desde el siglo XVI) lo es de el de la edad media. Desde que el pueblo español no participó ya por sí mismo de la vida nacional interna, desde que dejó de ser, por lo tanto, la historia nacional política objeto y contenido de su conciencia poética, desde que no sólo la aristocracia del nacimiento y de la riqueza, sino también la de la inteligencia y la educación se fué separando de aquél y persiguiendo intereses particulares, desde que sucedió todo esto fué cayendo cada vez más en España, como en todas partes, en el «pueblo» en el sentido moderno y en el *vulgus* en él comprendido (1); en España más aún que en otras partes, en que frente al enemigo se conservó el sentimiento nacional, y á pesar de su posición social, y «dentro de los límites de la ordenación legal», un heroísmo popular, aunque muy distante en general del primitivo, análogo á él, sin embargo, y por lo tanto, popular en su sentido (2). Conformes á semejante pueblo tenían que ser sus can-

(1) Huber (l. c., 452-453) ha demostrado muy bien que entonces todavía se comprendía en ese término no siempre el populacho, y que en este *vulgo* español se incluía una parte muy respetable de la nación, «toda la población del campo y de los pequeños lugares por oposición á la de las grandes ciudades.»

(2) En todos nuestros manuales llamados históricos se halla como frase consagrada sobre este punto de la historia española: «El pueblo español tenía que ser arruinado política y espiritualmente por el absolutismo y la Inquisición, etc.» Léase, por el contrario, la opinión de Durán (pág. 29, nota 20) que perteneciendo, como es sabido, al partido del progreso racional y orgánico, desenvuelve con espíritu verdaderamente filosófico y con la elocuencia de un Jovellanos, cómo no han de buscarse las causas de esto en el despotismo eclesiástico y laico, sino en parte en la situación

tos los romances vulgares. Durán ha descrito muy vivamente *este* pueblo y sus romances.

«Supersticioso, se dedicó á contar los falsos milagros: esclavo en su pensamiento, todo lo creía sin examen; pero va-

del mundo entonces, y en la marcha de la civilización en general, tal como en la formación coetánea de la monarquía española y del sistema político europeo, en la posición de España respecto á la Reforma, etc.; en parte en la transformación interna de la sociedad española por su propia culpa, v. gr.: por las disensiones desgarradoras cada vez más profundas entre los comunes y la aristocracia, el odio irreconciliable entre los viejos y los nuevos creyentes, etc.; á consecuencia de lo cual tenía que hacerse cada vez más absoluto y despótico el poderío del rey y de la Iglesia, que no eran más que el producto de la voluntad popular, y la expresión de su pensamiento. La concepción histórica de Huber (l. c., páginas 457-458) concuerda en lo esencial con ésta: «No es preciso más que comprender y juzgar sin prejuicios de ninguna clase tanto rasgo conocido y significativo de la historia española desde el principio del siglo XVI hasta la última gran guerra de la Independencia, y ante todo la fisonomía y el continente social, moral y religioso del pueblo español (en el sentido más estricto de la palabra) tal como surgen del complejo de los más variados testimonios; basta comprender y juzgar esto des preocupadamente para convencerse de que, tanto á pesar como á causa de las instituciones que excluyen al parlamentarismo de España, el pueblo español se identificó con plena conciencia y amor y fidelidad enérgicos con la vida eclesiástico-política, y la vocación por ella condicionada, que se decidió precisamente en aquel período, después de la batalla de Villalar, después de haber sido preparada en lo esencial por el precedente gobierno. Es lo cierto que no habrá casi nadie que tenga algún conocimiento de la historia efectiva que niegue á los Reyes Católicos el carácter de popularidad en el más digno sentido. Pero aún Carlos V y hasta Felipe II, todo eran menos impopulares. El error dominante en este respecto arranca sencillamente del prejuicio, de la preocupación que no sabe formarse representación alguna del carácter, de la conciencia popular, de la opinión pública, que en España había salido condicionada por la historia toda del pueblo. Su señal característica no era la *libertad* moderna ó parlamentaria y reformadora, sino la *unidad* monárquica y católica.» Me creo, por lo demás, obligado á hacer notar que el anterior pasaje del texto ha sido modificado y completado no poco conforme á la aguda concepción de Huber.

»liente todavía, y no teniendo héroes de buena ley que cele-
»brar, celebraba los malhechores y bandidos que burlaban la
»justicia de los hombres. Así retoñaban aún contra la tiranía
»los instintos del fiero carácter castellano. Privado de cuanto
»estimula y engrandece el alma, extraviada su imaginación y
»su razón torcida, olvidado de sus antiguas glorias, se corrom-
»pió y degradó hasta el punto de apasionarse de lo que era
»más deforme y despreciable. Demasiado abatido para que
»desde su bajeza alcanzase á mirar las clases más altas de la
»sociedad en que vivía; entregado al desaliento y la pereza;
»contento entre la inmundicia que le rodeaba; indiferente
»á los asuntos públicos con relación á sí propio, sólo venera-
»ba al través del prisma de sus errores, á la hipocresía como
»virtud, á la barbaridad como valor, al desenfreno como he-
»roísmo, á la charlatanería como ciencia, y á las creencias fal-
»sas como parte integrante del dogma verdadero. La mentira
»más absurda era para él la verdad más evidente, si se aco-
»modaba á sus instintos supersticiosos, y desde luego creía
»con toda su alma cuanto era imposible y absurdo. Este cena-
»gal de corrupción, de falsa ciencia y de fe extraviada, sirvió
»de materia á los romances que los ciegos empezaron á pro-
»pagar desde mediados del siglo XVII, y que simpatizan tanto
»con el vulgo alucinado, que constituyen su catecismo, su en-
»canto, sus delicias, y puede decirse que hasta su único mo-
»delo ideal y su verdadero retrato. Gratos le eran estos ro-
»mances, porque personificaban el denuedo en un contraban-
»dista vencedor de un regimiento, y que se burlaba de las
»autoridades que persiguiendo el crimen lo hacían bajo las
»formas odiosas del despotismo: interesábanle aquellos cua-
»dros lascivos, donde una dama resuelta dejaba la casa, y ul-
»trajaba la autoridad paterna por seguir á un valentón rufian,
»á quien encubría en sus robos y favorecía en sus asesinatos;
»batía las palmas de gozo cuando se le presentaba un enjam-
»bre de alguaciles huyendo de un desaforado malhechor con
»visos de valiente; se entusiasmaba en pro del ladrón que so-

•corría á los pobres con los despojos de los ricos; placíale verle
 •subir animoso al cadalso, donde después de confesado, echaba
 •un sermón muy tierno á los espectadores, y moría, tan per-
 •suadido como ellos de que iba á gozar de Dios, cual si
 •fuera un santo; y en fin gustaba con desatino de hallar en
 •estos romances un diluvio de milagros, de brujerías y en-
 •cantamientos, una gaceta de terremotos y tempestades,
 •incendios, pestes y castigos extraordinarios de la Providen-
 •cia contra personas y pueblos enteros, sobre todo si eran
 •judíos, moros ó herejes (1).

(1) Con qué pueblo contaban estos romances se ve ya por las introducciones de muchos de ellos, en que el cantor ó ciego procura ganarse al auditorio. Es sobre todo característico el siguiente principio del romance núm. 1265:

Todo el mundo me esté atento,
 Alargando las orejas,
 De manera que los hombres
 Mulos manchegos parezcan;
 Dejen de mentir los sastres,
 De presumir las moznelas,
 De hilar y arrojar gargajos
 Las descomunales viejas;
 No escupan los fumadores,
 Y los borrachos con flema
 Estén con el vaso en mano
 Hasta caer en la tierra;
 Cesen de hablar los soldados
 Refiriendo en las tabernas
 Las batallas y combates
 Que ellos á su salvo inventan;
 Los jugadores de naipes
 Dejen las barajas quietas,
 No sacando vaticinios
 De las vanas apariencias;
 Los loteros cavilosos
 No miren á las estrellas,
 Y de ambo y terno se olviden,
 Y las cábalas suspendan;
 En fin, repito, me estén
 Todas las almas atentas, etc.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

A pesar de que, por lo tanto, estos romances, mirados desde el punto de vista meramente estético, amenudo aparecen muy bajos y no pueden compararse en cuanto á su contenido poético con los viejos populares, tienen, sin embargo, para la historia de la literatura y de las costumbres gran interés, pues son para su tiempo lo que aquellos antiguos eran para el suyo, sin que dejaran de ejercer influencia sobre la poesía artística de su tiempo, sobre todo la dramática, así como ellos por su parte llevan los más claros vestigios de la influencia de aquella y hasta coquetean con erudición pedantesca. También hallamos en ellos, como hemos de ver, elementos fabulosos y ejemplos de emigraciones de cuentos. Durán los ha recogido en once grupos (1).

1.º Los que se compusieron siguiendo á las novelas caballerescas (caballerescos); pues aún vivían en este pueblo las antiguas leyendas caballerescas, aún cuando sólo por mediación de las novelas en prosa y de los libros populares prosáicos. Así, por ejemplo, aquí nos ha dado Durán un arreglo de la fábula de Fierabrás, en ocho romances (núms. 1253 á 1260) de Juan José López, siguiendo al libro popular *Historia de Carlo Magno*.

2.º Los novelescos y fabulosos; son con mucho los más interesantes. Hallamos entre ellos arreglos de antiguas leyendas y hasta de fábulas conocidas por todos, que finalmente se introdujeron en España. Así son, v. gr., los tres primeros romances de este grupo, núms. 1263 hasta 1265, cuentos españolizados á saber, los dos primeros: *Las princesas encantadas*, de Alonso de Morales, que concuerdan en sus rasgos capitales con los cuentos alemanes *Del licor de vida* y *El pájaro de oro*, (v. los *Cuentos de niños y de casa* de Grizmm) y todavía más próximos al de *La hija del rey en la montaña de Montserrat* (Deu-

(1) Esto en la obra misma; en el *Prólogo* los ha dividido en seis, ordenándolos de otra manera. El entrar en detalles ha mejorado también aquí la teoría.

tsche Hausmärchen, de Wolf, Göttingen, 1851.) El tercer romance *El violín encantado* concuerda por completo hasta en los detalles con nuestro cuento *El judío en la espina* (Grimm, l. c.) De las antiguas fábulas hallamos aquí en forma modernizada, por ejemplo, la de Rosimunda (núm. 1266); de Crescencia, (números 1269-12-70); de Griseldis (núms. 1273-1275); de Valentín y Urson (núms. 1281-1282); núms. 1271-1272: *El estudiante de Córdoba*, que se abstiene de seducir á una monja porque se ve á sí mismo muerto y enterrado, parece ser una leyenda peculiar española. (Se halla en el *Jardín de flores curiosas*, de Torquemada, y tomándolo de aquí en los *Lays and legends of Spain*, de Thomas, pág. 63: *The Hell-hounds*, y como novela consta en las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, de Gaspar Lozano Montesinos, v. la vida de Juan de Mañara en *Hijos ilustres de Sevilla*, 1850. 8).

3.º Los de cautivos y renegados. Aun cuando este grupo regularmente numeroso tiene una razón local de nacimiento en la vecindad hostil de los berberiscos, hállanse entre ellos algunas antiguas leyendas nada más que localizadas; así, v. gr., en el núm. 1291-1292 *La princesa cautiva*, es la conocida leyenda que se nos presenta en muchas nociones, de una muerta insepulta ó mal enterrada, de la que uno se compadece procurándole cristiana sepultura, por lo cual el espíritu ya aquietado se le muestra agradecido y servicial en peligrosas aventuras y en la consecución de una novia rica (arreglada en inglés en el *Romance of Sir Amadas*, fundado sobre uno francés, en el *Metrical romances*, de Weber, III, 241 y siguientes; en alemán el relato de la *Fidelidad caballeresca*, en la *Gesamtabenteuer*, de Hagen, I, 6; y en español tratada también dramáticamente en *El mejor amigo el muerto*, de tres ingenios, entre ellos Calderón, y *Don Juan de Castro*, de Lope de Vega; véanse también los cuentos alemanes: *El hijo del mercader*, en Meier; *Deutsche Märchen aus Schwaben*, Stuttgart, 1852. 8, núm 42; Wolf, *El agradecimiento del muerto*, pág. 243; Pröhle, *Kinder- und Volksmärchen*, Leipzig, 1853, pág. 239, núm. 78, etc. Véa-

se sobre todo Simrock, *Der gute Gerhard und die Dankbaren Zotten*, Bonn, 1856, 8, pág. 46 y siguientes.

4.º Romances vulgares históricos. Durán no ha dado aquí más que seis, y tales, que tienen por objeto leyendas nacionales que sobreviven en boca del pueblo (dos de la conquista de Sevilla por San Fernando; dos de la sultana de Granada; una del triunfo del Ave María y de Garcilaso de la Vega y una de doña Inés de Castro), para mostrar de un modo claro y preciso en objetos tan amenudo cantados la diferencia en la manera de concebir y tratar los asuntos entre los viejos romances populares y los nuevos vulgares. De los vulgares sobre sinceros, modernos no contemporáneos, que Huber denomina muy acertadamente «romances de boletín,» de los cuales hay muchos, Durán insertó bastantes bajo el precedente título capital de los históricos.

5.º Los de leyendas, vidas de santos y de casos milagrosos, uno de los grupos más ricos, como es natural tratándose de un pueblo como el español, é interesante porque nos ofrece muchos puntos de comparación con un género propio del drama nacional, las *comedias de santos*. (Compárese, por ejemplo, los romances núms. 1311 y 1312, *Carlos y Lucinda*, esto es, la leyenda de San Julián, con *El animal profeta*, de Lope de Vega; los núms. 1314 y 1315, *La linda deidad de Francia*, la leyenda de *Abraham*, arreglada ya por Rosvitha, la monja de Gandershein, con *El ermitaño galán y mesonera del cielo*, de Mira de Mescua.) También aquí nos encontramos fabulosos, así el número 1323: *La baraja*, que concuerda hasta en los detalles con el cuento de *Un fanfarrón expone la baraja por buena parte*, que se halla en Pröhle, pág. 219, núm. 68.

FERNANDO WOLFF.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

El concepto de organismo social, discurso de D. VICENTE SANTAMARÍA DE PAREDES en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1896.

ENCARGADO el Sr. Santamaría de Paredes de llevar la voz de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la solemnidad celebrada por esta corporación el 24 del pasado mes de Mayo, día en que se conmemoraba la fundación del cuerpo, tuvo la acertadísima idea de elegir como tema de su discurso *El concepto de organismo social*. En cierto modo puede decirse que en el problema sobre si la sociedad es ó no un organismo, y de qué especie lo sea en caso afirmativo, se hallan contenidos todos los demás problemas sociológicos, grandes y pequeños, que hoy se discuten, y que la solución que al primero se dé tiene forzosamente que influir en la que se dé á los últimos. Sin duda por eso el Sr. Santamaría, queriendo dar á conocer á los miembros de la Academia referida, y al público estudioso en general, su concepción sociológica, ha escogido el tema indicado, como el que mejor se prestaba para la realización de sus propósitos. Yo no puedo menos de alabarle por ello, y ojalá hicieran lo mismo, cuando se les presentara ocasión, todos los escritores de materias sociales.

Revélanse perfectamente en este trabajo del Sr. Santamaría las mismas cualidades que en todos los restantes del propio autor: una gran claridad y mucho orden en la exposición de las materias, no muy poco conocimiento de la literatura refe-

rente al asunto, singularmente de los libros y escritos de uso más general y de los tocantes á las direcciones científicas de mayor significación; cierto empeño, laudable seguramente, pero á mi modo de ver de no fácil realización, por hacer compatibles, sin más que aproximar unas á otras, las ideas madres tradicionales, procedentes de concepciones primitivas, casi infantiles, con los resultados de la investigación moderna y con las concepciones consiguientes á tales resultados; y acaso, acaso también, no tanta dosis como fuera de apetecer de ese espíritu verdaderamente filosófico, orgánico y sintetizador que, ayudado por una sólida y amplia cultura, distingue por modo tan marcado la obra, lo mismo positiva que crítica, del hombre realmente de ciencia, de la del simple *amateur*.

El discurso se halla dividido en tres partes: general, histórica y crítica; además, contiene una introducción consagrada á demostrar la necesidad que hoy tenemos de definir lo *orgánico* por la vaguedad en que aún se halla este concepto, y el abuso que de la palabra se hace.

La parte general está, en efecto, dedicada á definir, en dos capítulos, los conceptos expresados por las voces «órgano» y «organismo», y la noción de ser «orgánico y de materia orgánica en las ciencias naturales». Por cierto que, á mi juicio, ni el trabajo del Sr. Santamaría nos enseña el concepto de lo orgánico de manera tal que el lector se quede perfectamente satisfecho, ni la idea que da de organismo me parece acertada, más que nada, por lo estrecha. Para el autor, «organismo es el sistema de órganos de un todo vivo»; lo orgánico supone «la diversificación de una actividad común entre varias partes componentes», ó sea la *cooperación de órganos específicos*; los seres orgánicos tienen que ser pluricelulares, no siendo orgánicos los unicelulares; «el organismo no existe en los seres desprovistos de órganos ó dotados de uno solo»..... Estas y otras afirmaciones semejantes que se hacen en el curso del trabajo del ilustrado catedrático de la Universidad de Madrid, demuestran que concibe de un modo harto limitado, y erróneo por consi-

guiente, el organismo. Pues, según lo que de aquí resulta, no es organismo sino el ser que ya está diferenciado, con órganos específicos, en un momento bastante avanzado de su evolución, ora ontogénica, ora filogénica, no siéndolo en los momentos anteriores. Por ejemplo, es organismo el hombre cuando ya tiene órganos; pero no lo será cuando el embrión está completamente indiferenciado en los instantes primeros de su vida. Ahora, ¿cómo es que se cambia de inorgánico en orgánico? ¿Y en qué momento ocurre esta metamorfosis? ¿Cuándo y de qué manera se verifica el tránsito desde la actividad anergálica (como la llama el Sr. Costa en *La vida del derecho*, obra que me extraña no cite el Sr. Santamaría) á la actividad realizada por órganos? Y cuenta que lo mismo que de los seres fisiológicos, se puede decir de los sociales, pues también aquí hay organismos rudimentarios, sin órganos específicos, y organismos ya más desarrollados. Todo esto exigiría mayores explicaciones y consideraciones de las que se pueden hacer en una nota bibliográfica, y que hubieran podido tener lugar muy bien en un discurso como el del Sr. Santamaría.

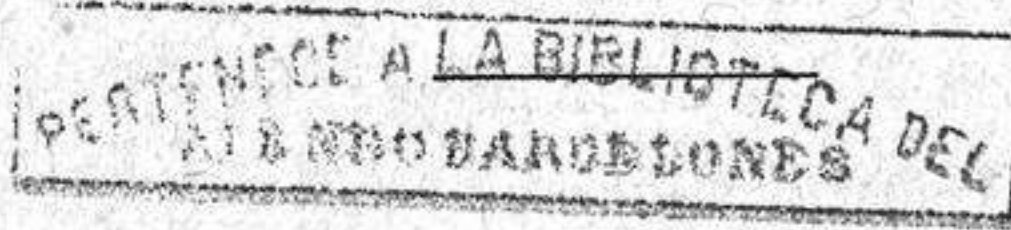
Tengo que abreviar. La parte histórica es bastante completa. El autor ha recogido en ella lo más saliente y conocido acerca de la consideración de la sociedad como organismo, tanto en el antiguo régimen (del que da escasas noticias) como después de la revolución francesa, señalando las capitales direcciones que se han producido tocante al particular, lo mismo en la esfera de la filosofía puramente especulativa y abstracta que en la esfera de la investigación naturalista, antropológica y sociológica. Creo, sin embargo, que quedan fuera del cuadro algunas escuelas y bastantes escritores que merecían muy bien figurar en él.

Y finalmente, en la parte crítica se ocupa el Sr. Santamaría de la posible aplicación de la idea de organismo á los conceptos de Estado y sociedad, y de la conciliación entre el organismo social y la libertad individual. La posición del autor en este punto es muy parecida en la forma á la de la dirección

intermedia ó crítica (de Fouillée y tantos otros), en cuanto admite á la vez el organismo social y la libertad individual; pero en el fondo es la misma posición de los escritores antiguos, la posición tradicional, pues las ideas capitales sobre que se asientan sus concepciones (las ideas de la libertad, el Estado, etc.), son más bien las del idealismo clásico y del llamado «liberalismo orgánico» (de Krause y sus discípulos), que las del «organismo contractual», que es en realidad determinista y naturalista. No me es posible, dentro de los límites en que tengo que encerrarme, dar ulteriores explicaciones.

En conjunto y en resumen, el discurso del Sr. Santamaría me parece un trabajo digno de que fijen en él su atención nuestros estudiosos de cosas sociales, mucho más teniendo en cuenta la escasa producción literaria de esta clase que suele haber en España.

P. DORADO.



Tratado de economía política, por CARLOS GIDE, traducido de la quinta edición francesa y prólogo por Ramón de Olascoaga, Profesor de la Universidad nacional del Paraguay.—Vol., 602 páginas. Madrid, 1896.—Librería de Victoriano Suárez.—Precio, 7 pesetas.

El Sr. Gide, uno de los sostenedores más constantes de la *Revue d'Economie politique* francesa, economista científico de gran empuje, representa en Francia la rotura más completa con las tradiciones de la escuela que por rara y extraña manera de intepretar las palabras, se ha llamado ortodoxa, individualista y liberal. Aunque, como advierte el distinguido economista español, honra del profesorado del Paraguay, Sr. Olascoaga, el *Journal des Economistes*, que no envejece y que como las solteronas se *plantan* en los treinta años, no pasó de Bas-

tiat—calificó de peligroso el espíritu que informa sus ideas; sin embargo, éstas se han abierto camino en la vecina república de un modo muy expansivo, sin que por fortuna ocurriera catástrofe alguna. El libro probablemente más importante del Sr. Gide, del cual se han agotado respectivamente hasta cinco ediciones desde 1884 en que se publicó por primera vez, es el *Tratado de Economía política* que hoy se publica entre nosotros traducido al español por el distinguido economista, nuestro querido amigo el Sr. Olascoaga.

El corte exterior del libro del Sr. Gide es el de un manual, verdadera obra didáctica, en forma de resumen sistemático del contenido de la ciencia que, con no muy exacta propiedad, se llama economía política, y que seguramente estaría mejor llamada *Economía á secas*, ó bien *Economía humana*, pues del contexto del libro del Sr. Gide se infiere que no se trata de la economía del Estado—política—sino de la economía en general, individual y social. El plan desenvuelto por el economista francés es el siguiente: en primer término comprende bajo el epígrafe de *nociones generales* algunos—no todos—de los problemas que suelen constituir el contenido de la *Introducción* á la ciencia, historia de la economía política, su objeto, divisiones; si la Economía es ciencia, el método y las escuelas económicas liberal, socialista, católica é histórica. Después, en libros sucesivos, estudia por su orden las cuestiones relativas: 1.º, al valor: las necesidades, el valor y el precio; 2.º, á la producción: el trabajo, la naturaleza y el capital, los sistemas de producción, sus formas, la asociación, la división del trabajo, el cambio, la moneda metálica y de papel, el cambio internacional, el crédito; 3.º, á la repartición, a) los partícipes, el productor económico, el patrono, el asalariado, el rentista, el indigente; b) sistema de repartición, sistema socialista, sistema individualista; y 4.º, el consumo, el gasto y el ahorro.

Sin entrar á criticar las ideas y el plan bajo que el Sr. Gide las expone, no vacilo en considerar el *Tratado de Economía política* del distinguido profesor francés, como uno de los mejor

pensados y más completos, dada la extensión, creyendo firmemente que el Sr. Olascoaga ha tenido muy buen acuerdo al acometer la tarea de traducirlo y publicarlo en español para difundirlo, tanto por la madre patria como por las repúblicas hispano-americanas. No ignoro que en España hay algún economista aventajadísimo capaz de hacer obra original del empuje de la del Sr. Gide; pero mientras los Piernas y los Buylla se contentan con escribir y publicar introducciones, y no se decidan á condensar en ordenadas exposiciones sistemáticas, didácticas, los resultados de su labor como profesores peritísimos, el *Tratado* del Sr. Gide puede desempeñar admirablemente el papel á que lo dedica nuestro compatriota el economista señor Olascoaga.

En cuanto á la traducción de este querido amigo nuestro, como tal traducción, sólo diré una cosa, que me ha parecido exacta, correcta, en suma, con todas las cualidades y condiciones apetecibles en una traducción de un libro de ciencias morales y políticas. Además, su prólogo, excelentemente escrito, es de gran interés. Sabemos que el Sr. Olascoaga pensaba poner al frente del libro de Gide, en lugar del prólogo, un trabajo de otras proporciones, acerca del *estado actual de los estudios económicos en España*, y que no lo ha hecho por no retardar la publicación del *Tratado* y porque iba esto á resultar demasiado voluminoso, proponiéndose hacer con él un libro independiente. Lo único que deseo es, que el Sr. Olascoaga, á quien felicito por su trabajo de buen traductor, nos dé á conocer pronto su obra original, que seguramente nos ha de procurar nueva ocasión de aplaudir su talento y laboriosidad (1).

ADOLFO POSADA.

(1) Esta obra del Sr. Olascoaga se ha publicado ya. De ella hablaremos en otro número de LA ESPAÑA.

Annales de l'Institut International de Sociologie publiées sous le direction de *Renè Worms*, II. Travaux du second congrès, tenu á Paris, en Septembre-Octobre de 1895.— París, Giard y Briere, un vol. de 462 páginas.—1896.—Precio, 7 francos.

I.

Merced á la iniciativa entusiasta de varios sociólogos, especialmente del Sr. Worms, constituyóse en París en 1893 una asociación con el nombre de *Instituto internacional de Sociología*, cuyo fin no es otro que agrupar los sociólogos de los diversos países al efecto de estudiar en común las graves cuestiones sociológicas. El Instituto se compone de cien miembros y doscientos asociados, como número máximo. Los principales medios que dicho Instituto emplea para cumplir su misión, altamente científica, son las reuniones periódicas—ordinariamente anuales—de los miembros y asociados en Congresos, y la publicación de los *Anales*. En los días 29 de Septiembre á 4 de Octubre de 1894, celebróse en París el primer congreso del Instituto. Fué un verdadero éxito, tanto por el número y calidad de los congregados, como por la importancia de los problemas debatidos y la elevación científica que presidió sus deliberaciones. Prueba palmaria de esto, la tenemos en el volumen primero de los *Anales*, publicado por la casa editorial Giard y Briere en Julio de 1895. Contiene este volumen trabajos de los Sres. Lubbock, Tarde, Simmel, Worms, Gumplo-

wicz, Novicow, Kovalewsky, Dorado y otros, habiéndose estudiado entre otros los problemas del método en sociología del derecho criminal, del socialismo, del anarquismo, del arte, etcétera, etc.

El segundo Congreso de tan importante asociación científica, celebróse también en París, en los días 30 de Septiembre á 3 de Octubre de 1895, y si lisonjero fué el resultado obtenido en el primero, el del segundo quizá le superó por todos conceptos. Asistieron á él veintiocho miembros y asociados, enviando diez más, memorias para ser leídas. Entre los asistentes estaban los Sres. Kovalesky (presidente en ausencia de Schäffle, enfermo), Letourneau, Worms, Lestrade, Espinas, Manouvrier, Novikow, Raffalovich, Steimetz, Tavares de Medeiros, Araujo, Bonnet, Collinet, Coste, Decugis, Golver, Grasserie, Heriot, Jaffé, Kergall, Kraus, Lambert, Limousin, Monin, Minzés, Rappin, y Zeltner, remitiendo memorias los Sres. Gumpłowicz, Ferri, Garófalo, Lelienfeld, Toenies, Westermarck, Abrikossoff, Piche, Puglia y Posada. Además, á las sesiones del Congreso asistió numeroso público de personas de todas las clases y profesiones sociales. Ahora bien, el volumen cuyo título va al frente de estas líneas, segundo de los *Anales del Instituto internacional de Sociología*, contiene gran parte de los trabajos leídos y discutidos en el referido congreso. No van en él todos, porque habiéndose acordado no celebrar congreso este año, se decidió publicar hacia el próximo mes de Noviembre un tercer volumen que comprenderá los trabajos no publicados y otros nuevos que los miembros y asociados preparan.

He aquí en breves términos los asuntos tratados en el congreso de sociología de 1895, y que el volumen de que hablamos contiene.

II.

Figuran en primer término los discursos del Presidente, Sr. Kovalewsky, y del Secretario, R. Worms. A continuación insértanse las memorias y discusiones relativas á los puntos siguientes: 1.º Concepto de la Sociología. 2.º El método en Sociología. 3.º La lengua de la Sociología. 4.º Matrimonio y familias. 5.º Formas de la propiedad. 6.º Evolución de las formas políticas. 7.º La ley de retrospección revolucionaria. 8.º Origen de las razas. 9.º El crimen como fenómeno social. No todos los temas que quedan copiados despertaron idéntico interés. Sobre cada uno de los temas primero, segundo, tercero, quinto, séptimo y octavo, sólo se presentó una memoria. Verdad es que todas ellas son de verdadera importancia, no siéndolo menos las discusiones á que su lectura dió lugar. Sobre las concepciones de la sociología escribió el Sr. Worms; acerca del método disertó el Sr. Steinmetz; el Sr. Combes de Lestrades trató de la Lengua; estudió el Sr. Kovalewsky el paso de la propiedad colectiva á la individual; el Sr. Krautz la Ley de la retrospección revolucionaria, y el Sr. Golberg el Origen de las razas y la división del trabajo. Acerca de los temas cuarto, sexto y noveno se presentaron varias memorias. P. Lelienfeld y Raul de la Grasserie escribieron respectivamente sobre si hay una evolución de las formas políticas, y acerca de la evolución de la vida de la aristocracia. Los temas más ampliamente tratados fueron los cuarto y noveno. Acerca del cuarto presentaron las memorias siguientes: una del señor Abrikossoff sobre el individualismo y las formas del matrimo-

nio; otra interesantísima de Ed. Westermarck sobre el matriarcado, y otra de Luis Gumploew sobre la familia, su génesis y su evolución. Por último, acerca del tema noveno, el crimen como fenómeno social, escribiéronse hasta cinco memorias de los Sres. J. Toenis, Ferri, Garófalo, Tavares de Medeiros, y Pughlia.

El carácter necesariamente sumarísimo de estas notas me impide detenerme más en estas indicaciones acerca del importante libro de que doy cuenta; libro que bien merece estudio detenido, tanto por la variedad de asuntos en él tratados, cuanto por la importancia de estos, la talla científica de los autores de las memorias insertas y de las discusiones habidas, y en fin, por ser la expresión sintética de las corrientes filosóficas reinantes entre los principales sociólogos, acerca de los más capitales problemas de la ciencia nueva, esto es, de la Sociología.

A. POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Balaguer (V.)—Instituciones y reyes de Aragón. En 8.º, 311 páginas. En tela: 4 pesetas.
- Blasco Ibáñez (V.)—En el país del arte. (Tres meses en Italia.) En 8.º, 288 páginas: 1 peseta.
- Campos Hidalgo (A.)—Sor María (poema filosófico en verso libre.) En 8.º, vi-30 páginas: 0,75 pesetas.
- Cebrián (P.) y LOS ARCOS (A.)—Teoría general de las proyecciones geográficas y su aplicación á la formación de un mapa de España. En 4.º, 2 hojas, 270 páginas, 2 láminas y un mapa: 8 pesetas.
- Cuentos y chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica, por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano. En 8.º, xxi-271 páginas: 3 pesetas.
- Datos relativos á la organización, mando y distribución del ejército. En 16.º, 119 páginas.
- Echegaray (J.)—Amor salvaje; bosquejo dramático en tres actos, original y en prosa. En 8.º, 74 páginas: 2 pesetas.
- Idem.—La cantante callejera; propósito lírico en un cuadro y en prosa, escrito para la señora Guerrero. En 8.º, 16 páginas: 1 peseta.
- Edo (C.)—Y va de cuentos. En 8.º, 309 páginas: 3 pesetas.
- Gómez Ocaña (J.)—Fisiología humana, teórica y experimental. En 4.º, 939 páginas: 16 pesetas.
- Greus (V.)—Idealismo. (Poema). En 12.º; xv-151 páginas: 0,50 pesetas.
- Guesalaga (A.)—Derecho internacional. Estudio de las leyes de la guerra. En 4.º, 164 páginas: 4 pesetas.
- López Tuero (F.)—Valoración de materias agrícolas. En 8.º, 65 páginas: 1 peseta.
- Malvert.—Ciencia y religión. En 8.º, 166 páginas: 2 pesetas.
- Manduca (F.)—El procedimiento penal y su desarrollo científico: traducción, prólogo y notas de Angel Pintós y Pintos, profesor de derecho en la Universidad de Santiago. En 4.º, 307 páginas: 5 pesetas.

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

- Martí y Folguera (J.)—Poemas catalanes. En 8.º, 194 páginas: 3 pesetas.
- Menéndez y Pelayo (M.)—Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días. *Tomo VI*. En 8.º, CDI páginas: 3 pesetas.
- Montalvo (J.)—Capítulos que se olvidaron á Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable; obra póstuma. En 4.º, CXXXIX-433 páginas y el retrato del autor.
- Montseny (J.)—Sociología anarquista. En 4.º, 203 páginas: 1 peseta.
- Muñoz Cuéllar (M.)—Prontuario de legislación militar. En 8.º, 271 páginas: 2 pesetas.
- Muñoz del Castillo (J.)—Filtros de porcelana de amianto. En folio, 23 páginas á dos columnas, con grabados: 1 peseta.
- Navarro Reverter (J.)—Proyectos de ley de Presupuestos generales del Estado para el año económico de 1896-97. En folio, 228 páginas y 6 hojas.
- Olmedilla y Puig (J.)—El sabio médico portugués del siglo XVI, García da Orta. En 4.º, 4 hojas.
- Oloriz y Aguilera (F.)—Discurso leído en la Real Academia de Medicina. Contestación de D. Benito Hernando y Espinosa. En 4.º, 131 páginas y un mapa.
- Ortí y Brull (V.)—Doña María Manuela Pignatelli de Aragón y Gonzaga, duquesa de Villahermosa. En 8.º mayor, 2 tomos, 287 y 413 páginas con 13 retratos, 3 láminas y 42 hojas de facsímiles diversos.
- No se ha puesto á la venta.
- Ortiz Cañavate (F. y M.)—Problemas agrícolas; cereales de secano; por D. Fernando y D. Miguel Ortiz Cañavate, ingeniero agrónomo. En 4.º, 99 páginas: 2 pesetas.
- Ossorio y Gallardo (A.)—Legislación mercantil terrestre. En 4.º, VIII-671 páginas: 8 pesetas.
- Palacio Valdés (A.)—Obras completas. *Tomo III*. El señorito Octavio. En 8.º, 295 páginas: 4 pesetas.
- Palau y Dulcet (A.)—El año artístico y literario en Barcelona, 1895. En 8.º, 224 páginas. 2,25 pesetas.
- Pedrell (P.)—Hispaniæ schola musica sacra. Opera varia (sæcul. xv. xvi, xvii et xviii), diligenter excerpta, accurate revisa seculo concinnata. Vol. iv. *Antonius a Cabezon*. En folio, ix-71 páginas: 8,50 pesetas.
- Idem. idem.—Vol. v. *Joannes Ginesius Pérez*. En folio, xxi-59 páginas: 8,50 pesetas.
- Pérez Nieva (A.)—Por la montaña; notas de un viaje á Cantabria. En 4.º, VIII-158 páginas: 1 peseta.
- Perogrul.—Insomnios (poesías). En 12.º apaisado. 100 páginas.
Tirada de 40 ejemplares.
- Pí y Margall (F.)—Diálogos y artículos. En 12.º, 189 páginas: 0,50 pesetas.
- Picón (J. O.)—Tres mujeres. (La recompensa, prueba de un alma, amores románticos.) En 12.º, 183 páginas: 2,50 pesetas.
- Ponte (M. M.)—Tratado elemental y práctico de patología y cirugía ginecológicas. *Segundo volumen*. En 4.º, XLIII-528-VII páginas.
- Puerta y Escobar (R. de la.)—Guía ilustrada de aguas minerales y balnearios de España. En 8.º, 135 páginas: 2 pesetas.

- Ramón y Cajal (S.)—Manual de anatomía patológica general. En 4.º, VIII-495 páginas: 15 pesetas.
- Reina (M.)—Poemas paganos. La ceguedad de las turbas.—El poema de las lágrimas.—El crimen de Héctor. En 8.º, 52 páginas: 1 peseta.
- Restrepo (V.)—Los Chibchas, antes de la conquista española. En 4.º, XX-239 páginas y un Atlas: 30 pesetas.
- Ríos y Serrano (D. de los).—La catedral de León. Monografía. *Tomo II*. Madrid. En fol., 244 páginas con grabados intercalados y 5 fototipias. En tela con plancha en oro: 12,50 pesetas.
- Robles Pozo (J.)—El Código Civil y su jurisprudencia hasta 1.º de Enero de 1896, 2 tomos. En 4.º, XXI-678 y 966 páginas: 22,50 pesetas.
- Rojas (F. P.)—La luz eléctrica y sus aplicaciones. Obra práctica y popular. En 8.º, 179 páginas: 3 pesetas.
- Ros Biosca (J. M.)—Legislación penal y procedimiento sobre contrabando y defraudación. En 12.º, 403 páginas: 1 peseta.
- Rovira y Rabasa (A.)—Tratado de gnomónica. En 4.º, XXI-271 páginas y un atlas de 24 láms. En fol.
- Sanz y Escartin (E.)—El individuo y la reforma social. En 4.º, 448 páginas: 6 pesetas.
- Sarasate de Mena (F.)—Cuentos vascos. En 12.º, 181 págs., 0,50 pesetas.
- Sardiña y Flores (F.)—Ensayo de economía política exterior. La ecuación económica. En 4.º, 215 páginas: 5 pesetas.
- Sasselli y Collar (J. M.)—Legislación fabril é industrial: estudio del derecho vigente. En 4.º, VIII-304 páginas: 4 pesetas.
- Serrano García Vao (M.)—Toreros, toreritos y torerazos: 202 semblanzas. En 12.º, 144 páginas y 32 retratos: 1 peseta.
- Slocker (M.)—Enfermedades simuladas y disimuladas; medios de reconocerlas. En 8.º, 600 páginas: 7 pesetas.
- Solemne acto religioso, literario, musical, celebrado en el Convento de la Merced de Lima. En 8.º, IV-80 páginas.
- Tineo Rebolledo (J.)—Rosa y Negro (Cuentos). En 8.º, 192 páginas: 1,50 pesetas.
- Torres Campos (M.)—Bases de una legislación sobre extraterritorialidad. En 4.º, 440 páginas: 8 pesetas.
- Tovar (C. R.)—De todo un poco. Quito. Impr. de la Universidad. En 8.º. 200 páginas.
- Ulecia y Cardona (A.)—Ensayos poéticos. En 8.º, 110 páginas. 2 pesetas.
- Uriel Hancock (A.)—Historia de Chile. En 4.º, 446 páginas: 8 pesetas.
Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Valbuena (A. de).—Ripios ultramarinos. *Monton* 3.º En 8.º, 289 páginas: 3 pesetas.
- Vargas (J.)—Viaje por España, *Alicante y Murcia*. En 4.º. 363 páginas: 5 pesetas.
- Vergara de Prado (A.)—El peluquero; deberes para el cumplimiento de la profesión. En 12.º, 31 páginas: 0,50 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Los señores de Hermida</i> , novela, continuación, por Juan Ochoa...	5
<i>Un insigne pintor de historia</i> , don José de Méndez; por el Marqués de Valmar.....	35
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo</i> , natural de Borja, por un Soldado viejo.....	57
<i>Las generaciones políticas</i> , por Rafael Salillas	80
<i>La prensa internacional.—El celibato moderno</i> , por S. G.— <i>La Aérea</i> , por Emilio Zola.....	91
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	104
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar, de la Academia Española.....	117
<i>Sobre la poesía de los romances de los españoles.—III. Del carácter principal y la base material de los romances</i> , continuación, por Fernando Wolff, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	150
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	195
<i>Obras nuevas</i>	205